

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XI—TOMO LIX.

SETIEMBRE — OCTUBRE 1885



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1885

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado bajo



DIOS



UÁNTAS veces se ha dicho lo importante y delicado que es el nombre de las cosas, porque llega á constituir las con el uso y como á encarnarse en ellas, generalizando sus conceptos!

Por eso los nombres de las cosas que no son materiales las exponen, cuando menos, á la ambigüedad de sus significados.

No hubieron á la mano los pueblos latinos, cuando llegaron á comprender al Creador, un nombre original, sino que empalmando sus antiguas creencias mitológicas con las despertadas por el cristianismo, continuaron nombrando Dios á la idea que les elevaba á otro cielo racional y grave, la misma que antes les encaminaba hacia algunos de los fingidos tronos de sus dioses familiares.

¿Sería por estar acostumbrado el pueblo á pedirlo todo á aquellos dioses, y para que les fuera más fácil el cambio impuesto de una religión á otra? Es posible que muchas generaciones así trasladadas, tan sólo por eso del nombre, pasaran de esta vida atribuyendo á alguna revolución de las cortes celestes aquel cambio y unificación.

Dios, en el sentido más filosófico y elevado, es una ex

presión del eterno principio que nos revela la universal existencia; de un fundamento en que penden las ideas de razón y justicia; de una causa que nos demuestra á simple vista la creación, con sus leyes y sus infinidades.

Para significar la sublimidad y la supremacía de esta idea, cualquier nombre abstracto ha podido adoptarse entre los nombres; pero como todos los altos conceptos al descender á la multitud, menos pensadora, han tenido que comunicarse en fórmula y que trasladarse en jeroglífico, el nombre del Eterno, que nunca ha podido caber en la mente de los humanos, ha venido sellándose con los tiempos en todas las imaginaciones, y sin embargo, grabando en cada una, con la palabra Dios, impresión distinta, en la inmensidad de los ideales.

Aunque la palabra Divinidad, de donde se sigue el nombre de Dios, no fuera común y sí sólo expresiva de la más excelsa fantasía del paganismo, es indudable que así como los dioses mitológicos estaban personificados con particulares caracteres para el concepto de sus creyentes, al emplear el mismo nombre los creyentes más filosóficos y racionales para expresar la entidad altísima del principio creador, han personificado su objetivo. De aquí se ha propagado á la generalidad de las inteligencias un error; porque tras el concepto del Sér personal se han tenido que concebir en Él cualidades atribuibles por analogía á las que son propias de la naturaleza humana; y nada más absurdo que este cálculo comparativo, aun considerando al Hacedor el más alto dechado y singular modelo.

La generalidad de las civilizaciones y de los pueblos de la antigüedad profesaba el politeísmo; la primera raza en donde la adoración á un Sér único se formalizó con caracteres religiosos, es la del pueblo hebreo, en cuyas tradiciones, escritas por Moisés, da el nombre de Jehová al Dios único, desde la primera vez que dice habló á Adam y desde que en el llamado *pacto* con Abraham aparece instituída aquella creencia. El nombre de Jehová y el de Dios se funden en una sola idea al desarrollo del cristianismo, prevaleciendo éste y no aquél por el predominio del idioma y la influencia romana,

cuyo imperio dió valor á la nueva idea. Mas ha de observarse que ambos nombres, expresión de ambos caracteres, vienen trasladando á la preocupación del hombre, de suyo supersticioso y asombradizo, un poder, una entidad, que por una parte traía una historia de grandes batallas libradas contra *sus enemigos* por mano del pueblo hebreo, sin estar desautorizadas aquellas tradiciones horrorosas, no obstante de la contradicción de este carácter con el que los evangelistas dan á conocer con superior juicio. Allí representan al absoluto celoso en acción constante de prodigios y obras sobrenaturales para darse á conocer, para vengar en pueblos enteros los agravios inferidos por algunos de sus habitantes, un protector en las guerras de sus partidarios, un padre apasionado que tolera las maldades de una parte de sus hijos, en quien parece tener puestos sus parciales afectos, fomentando sus prosperidades, y el exterminio de sus otros hijos, los hombres, separados por ignorancia ó por sucesión involuntaria de los que le rindieran el culto á ellos revelado.

Si esto, abreviadamente, es lo que aparece en la religión mosaica, aparte de la imposición de ritos y ceremonias estériles, consagrando á los cultos materiales toda la solemnidad de sus vanos sacrificios, no es extraña la atribución de un carácter especial al Sér que se suponía dictar aquellas providencias propias de hombres, y no del Dios creador y padre universal.

El ideal Jehová, pues no es otra cosa, aparece como el genio ó el dios de una parcialidad; su concepto personal para los adeptos de aquella grey está explicado fácilmente; y así se comprende que los primeros cristianos, siendo de origen hebraico, al pasar sus ideales del Jehová al *Padre celestial*, que les revelara Jesucristo, hubieron de traer á la nueva creencia parte de la antigua filosofía, ó sean los moldes en que estaban vaciados sus conceptos de divinidad, grandeza y poder; si no en un grado tan absurdo como antes suponían á la entidad divina, con algo todavía de personalismo, y anejo á este personalismo cualidades que el hombre nunca puede concebir fuera del orden de su naturaleza; pues como dijo oportunamente un poeta griego, «si los leones y los toros

hubieran tenido que pintar sus dioses, los habrían representado con sus propias figuras de toros y leones.»

Coinciden, por otra parte, con el tránsito á la nueva filosofía de los hebreos convertidos, los griegos y los romanos, que tantas efigies habían levantado á sus divinidades ficticias, consagrando en cada una la advocación á cuyos atributos especiales elevaban un culto.

Ni aquéllos ni éstos carecían de las costumbres inveteradas en el ánimo, que es idólatra de las grandes impresiones que cautivan y encienden el corazón humano, en inclinación relativa al grado de civilización.

Y ¿qué civilización podremos atribuir á la generalidad en aquellos tiempos en el orden conceptual, cuando vemos lo que pasa en éste; cuando sus sociedades estaban educadas en la filosofía mitológica; cuando el concepto racional nació varios siglos después, y se tenía que transigir en los principios de Roma cristiana con la sustitución de las imágenes paganas, trasformándolas en los nuevos ideales de santidad, para que inspiraran el mismo entusiasmo á los sentidos?

Verdaderamente que la mejor intención debió presidir en la propagación del culto cristiano á la forma de imágenes realizadas con un arbitrio opuesto al Decálogo: (No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, etc. Exodo, capítulo XX) pero no se pueden conciliar los grandes respetos que el cristianismo guardaba y aún guarda al antiguo testamento en la parte no abrogada por Jesús, no reprobada por la razón, como es aquella ley, hija de sabia y sublime inspiración, que júzguese como se quiera por los historiadores y filósofos, constituye la esencia del Bien, tomárala ó no Moisés de anteriores religiones orientales, pero que de cualquier modo era la cláusula más digna de cumplirse del testamento antiguo.

Mas no es del caso extendernos en estas consideraciones; repetimos que verdaderamente el cristianismo obró de buena fe; pero concediendo á sus neófitos insignia adecuada á sus costumbres, y protegiendo á las artes esculturales y pictóri-

cas, que no podían renacer al calor de otro ideal más elevado que en la concepción de las sublimidades celestiales, fundó el personalismo de la Divinidad y arraigó en las multitudes el absurdo. A Dios no puede pintarse ni describirse, porque se extravía lastimosamente la imaginación; á Dios puede sentirse, comprenderse, con las facultades espirituales que el humano posee; mas no suplantarse con el mezquino remedo del mísero mortal, que es un animal como otro cualquiera en su forma. Por muy bella que sea la figura, ¿cómo ha de sustraerse de un organismo en el que todo es expresión de leyes materiales y descomposición de miserias?

Si obró de buena fe el cristianismo, autorizando la adoración de las formas humanas, tal vez prometiéndose perfeccionar en otra época este culto, y tuvo que ceder luego á la continuación por intereses de otro orden social, que no se sustente esa tolerancia por algunos bajo la teoría del versículo 26, cap. I del *Génesis*: «Hagamos al hombre á nuestra imagen, conforme á nuestra semejanza, etc.» Pues aunque estas relaciones históricas puedan ocupar el mismo lugar que el que se otorga hoy por toda clase de sabios á los demás versículos anteriores y posteriores, hay mucho que exponer acerca de dichas palabras, que no pueden comprenderse en otro sentido que en el eterno é inmortal de aquél á quien se le atribuyen; esto es, no en lo que el hombre había de tener en lo material y transitorio, sí en lo que había de ser digno de aquella obra postrera; no en lo que correspondía al creado, sí en lo que había de asemejarse al Creador. Y el que no esté conforme con esta apreciación, habrá de sostener que Dios, espíritu esencial, centro de toda virtud, que es una abstracción del tiempo y del espacio, sea una entidad personal constituida en un cuerpo organizado como el del hombre. Creemos que á esta aberración no habrá de descender ningún juicio, por extravagante que fuere.

De esa analogía que resulta en el erróneo concepto de considerarse á Dios por muchísimos cristianos un *Señor*; esto es, una persona poderosa, omnímoda, susceptible de los mismos afectos que agitan y conmueven al hombre, por muchas virtudes que se le reconozcan por los que vienen educados en

esas ideas, ha de comprendérsele en acción constante como autor de ese fantasma injustificable llamado *suerte*, que unas veces arrastra por el cieno de la injusticia al inocente, y otras eleva á las alturas del placer y del lauro con los frutos de la usurpación ó la crueldad toda la existencia de un afortunado. Y esto es una verdadera ofensa que hace la ignorancia, no á Dios, que es inofendible, sino á la conciencia pública, que se nutre de las opiniones.

No consiente la lógica el suponer que la alta y sublime justicia haya de imponer un castigo sin culpa; no autoriza á conjeturar siquiera que por vía de prueba se someta á la criatura á un martirio inmerecido, aunque se invente la peregrina idea de que así se anticipa un mérito para compensación del premio que después ha de otorgarse á cambio del mal hecho sufrir. La razón rechaza ese juego que no empieza por la equidad, y nunca osará atribuir al Dios perfecto, que es todo amor y grandeza, lo que depende de fuerzas y leyes que vagan en la naturaleza con el antifaz llamado *casualidad*, por no llamársele desconocido.

No somos inclinados por condición ni por escuela á ningún linaje de exageraciones; no participamos del furor de los *Iconoclastas*, y siempre estimamos justo, ilustrado y moral, el homenaje que rinda un pueblo, una sociedad ó el mundo entero, elevando efigies ejemplares en honor de héroes virtuosos. Ya sabemos que el tributo que debe rendírseles nunca habrá de ser la adoración, pues en esto tienen que estar conformes todos los religiosos de opiniones distintas; y aunque la explicación que se da á esta tolerancia de adoración en templos cristianos, de que sólo Dios es adorable y que los ejemplos de santidad humana allí colocados sólo representan la mediación que se invoca por los creyentes para acercarse más bien al alto Juez, parecen satisfacer la parte doctrinal de rigor, no así se interpreta por la generalidad de los fervorosos devotos, pues creen que reside en aquéllos el poder en una virtud *propia* para otorgar la merced que de ellos se impetra. Esta es la distinción que se nos ofrece respecto á las efigies. Pero en éstas, por lo menos, hay realidad, tratándose de una cosa tan seria; no hay falsedad ni

absurdo; sabemos que existió un San Francisco de Asís, un San Juan de Dios, un Santo Tomás de Villanueva, que se nos representan con sus propios retratos, como fueron y bajo el carácter de los méritos á que se hicieron acreedores, por más que ninguno fué perfecto ni dejó de estar sujeto por un instante á la condición deleznable de su frágil materia. El hacer de esta colección de sabios y benéficos varones, y del de las gloriosas vírgenes, de los mártires y de los inocentes, en unión con el mismo Dios, una especie de clase nivelada en los altares por el tránsito del sepulcro, es un delirio; la distancia ó diferencia al Sér Supremo será menor que la de los malos; pero aun siendo aquellos raros ejemplares de este mundo inferior, tan inferior, no es lícito suponer ya salvado el puente de un salto. Es incalculable aún la inmensidad que separa lo uno de lo otro.

Fijándonos en el objeto principal que mueve nuestras consideraciones presentes, á saber: la base del criterio común, desarrollado en los cultos y por medio de las expresiones aparentes respecto del ideal Dios, séanos permitido, á fuer de la recta intención que únicamente puede alentarnos, de combatir preocupaciones populares inconvenientes á la fe, el asegurar con sentimiento que una gran parte de las sociedades cristianas enfrían cada vez más sus relaciones religiosas, convirtiéndose, al fin, en esa masa enorme de indiferentes; que entre las clases menos versadas se realiza otro movimiento peor, pues la falta de instrucción *racional* religiosa las hace convencibles por el ateísmo á pocos esfuerzos, en el momento en que tienen ocasión de pensar y reconocer cualquier absurdo puesto ante sus ojos, acaso con la sana idea de moverles é infundirles creencias en el Dios del universo con el retrato de un hombre como otro cualquiera.

La piedad ingénita en la criatura acude en todos los momentos difíciles por que atraviesa su existencia á la plegaria de sus necesidades; este sér ha concebido á Dios una persona que todo lo puede, pero que es preciso interesarlo, con moverlo, no en virtud de la razón, sino en fuerza de las lágrimas, de las súplicas y las exigencias, acaso también de las promesas de algún culto especial; todo su conato se fija

en rendirle mucho homenaje, como si esta fuese la mayor satisfacción á su agrado, prefiriendo siempre como cosa indiscutible el practicar ejercicios de devoción ante su imagen y sacrificios de intereses en su culto, que cualquiera otra acción correctiva de sus procederes ó conducta social y que las obras fecundas de fraternidad. Interpreta torcidamente el cristianismo creyendo que cualquiera acto de sumisión devota en el templo, es superior á la mejor obra de caridad fuera de él. Lo mismo pretende interesar á Dios pidiéndole justicia en una aflicción, cuando la cree de su parte, que cuando se trata de otros anhelos en los que el amor propio no es juez competente. Aspira siempre á apasionar, más bien por el amor que por la equidad, y cuando menos por la conmiseración.

Nada de esto se enseña, ni aun se predica por los ilustrados; pero es una costumbre encadenada por las causas de que hemos hecho mérito.

¿Qué frutos sociales de progreso moral se reproducen con estas pobres creencias, y con el pábulo poco severo concedido á estos hábitos?

Si nosotros fuéramos como los leones y los toros, enhorabuena que soñáramos á nuestros dioses tan frágiles y apasionados como nosotros y que nos los representáramos susceptibles de parcialidad; pero si tenemos un alma que nos sustrae á nuestro albedrío de los afectos de la materia y podemos concebir la justicia en toda su elevación, y á Dios como eterno centro inalterable de majestad y orden destellando las creaciones en lo infinito, y á este sér humano como uno de tantos infusorios de una de las infinitas naturalezas, como un grano de arena de alguno de los innumerables planetas, ¿con qué fundamento hemos de volver á creer dentro de estas religiones de luz que debían ser sabias, que Dios no es el mismo padre amante de los moros y de los indios como de los europeos; y que sus leyes han de suspender arrepentidas el grave indefectible impulso que imprimió el Hacedor á sus destinos, ante la frívola pretensión de algún mortal lamento, y que en la lucha de la contradicción, origen del mal, que sostiene el contraste de todas las violencias, no existe la fór-

mula del triunfo en el bien, que es una fuerza superior de progreso *verdadero*, á cuya constante obra y realización definitiva tiene que contribuir el elemento voluntad en todas sus esferas?

De esto podrá dudar sólo el que crea que toda la existencia del hombre se reduce á esta breve vida de la tierra.

¿A quién se le confunde lo estéril al lado de lo útil?

¿Qué necesita Dios de los hombres?

¿Qué perfección ó premio puede esperar el hombre, por sus obras inútiles, de Dios?

Bastaría esta consideración para resolver el conflicto de decadencia que señalamos en la civilización de nuestros días, porque se queda atrás en la armonía que ha de guardar la moral con la filosofía religiosa de cada época.

Los símbolos sirven para formalizar la memoria de los niños. Las ideas únicamente pueden hablar á las inteligencias.

Dios no admite representación de formas ni figuras groseras; si se quiere que las gentes piensen y conciban á Dios como su alta significación se nos impone; si no se quiere que los hombres le conozcan como las legendarias huestes que calmaban las iras de Jehová degollando en su loor pueblos de hermanos, como reses en el tabernáculo; ó como le conocían los griegos y romanos en sus altares mitológicos, ó como aún le conocen los salvajes, sacrificándole inocentes en holocausto.

Dios, para el hombre, no puede ser más que una idea: la idea del bien (1).

RAFAEL GONZÁLEZ JANER.

GRANADA 1.º de agosto de 1885.

(1) Cristianos ilustrados y muy católicos, nos dicen que esta manera de discurrir es de verdad; pero que la Iglesia (y entiéndase ésta, no en su expresión lata, sino esencial), la Iglesia científica no puede autorizar ni prohibir lo que respecta á la *imaginación* de figuras venerables. Que nada ignora en cuanto á los errores antiguos, confusiones modernas, importancia religiosa ó literaria é investigaciones respetables de los libros que constituyen el Antiguo Testamento; en suma, que la Iglesia tiene una misión especial de conciliación

entre las costumbres, y que nunca es responsable de la falta de tacto ó de ilustración de una parte de su ejército activo, en quien reside la acción propagandista de sus principios.

Por último, que es conveniente, y hasta que habrán de agradecerlo muchos, que se traten estas cuestiones en publicaciones honrosamente caracterizadas, pues no faltará un erudito que aproveche la ocasión de discutir este punto con diverso criterio, aceptando el luminoso fuero de libertad que la Iglesia sostiene, más que otra institución alguna.

Con tan buenos anuncios y esperanzas nos abstenemos de objetar hoy ni una palabra más.





EXCURSIONES ARTÍSTICAS

ALREDEDOR DE VITORIA

Á MI PREDILECTO HERMANO EN LAS LETRAS VASCONGADAS
FERMÍN HERRÁN



ON extraordinaria fortuna llegué, en marzo del año pasado de 1878, al pintoresco llano de Salvatierra, deseoso de estudiar los restos prehistóricos de nuestro pueblo, en los siglos correspondientes á la invasión de la guerrera gente céltica. La misma tarde de mi arribo, indicando yo en amistosa tertulia á mis antiguos é ilustrados amigos Ibarreta, Landazábal, Nafarrate y Vicuña, el objeto especial de mi viaje, cogiéronme ufanos de la mano, y tierras adelante, como quien va á caza á las faldas de la arrogante cordillera de Encía, me llevaron á las inmediaciones de Arrízala, para que viera si la *Casa de las Brujas* era un dolmen, de los que yo andaba buscando. Dolmen, y magnífico y esbelto, un modelo en su género, era en efecto, el que se ofreció ante mis ojos, en medio de las tierras de labor, destacándose sobre el terreno, como una construcción fantástica, que ha merecido al través de los siglos y desde lo antiguo el nombre de *Sorguiñ-eche* (casa de las brujas), con que los habitantes de aquellas aldeas la bautizaron, en su propia lengua vascongada, que hasta hace pocos más

de un siglo se conservó todavía en aquella región alavesa. ¿Para qué he de ocultar el placer que sentí al descubrir el monumento celta, no descrito jamás, ni jamás reproducido por el lápiz? Idéntica satisfacción que la que el cariñoso narrador vascongado, mi compañero querido Sotero Manteli y yo, tuvimos al visitar y descubrir los dólmenes de Anda de Cuartango en 1870; así fué la que experimenté ante el monumento de *Sorguñ-eche* en el para mí inolvidable campo salvaterrano. Álzase el dolmen á la izquierda del camino del pueblo de Arrízala al de Eguileor, en la unión de cuatro heredades, y no está solo, sino que á la distancia de 140 y 74 pasos respectivamente al N. y al S. de él yacen, semienterradas en el suelo, las colosales losas de otros dos. Fórmanle seis grandes piedras, puestas en pie, constituyendo una especie de pirámide truncada, sobre cuyas puntas descansa la piedra de la cubierta, de gran tamaño también y que vuela bastante sobre el circuito cerrado, dando al conjunto esbelta y agradabilísima forma. Su entrada, como la de todos los dólmenes, está abierta al Oriente, y dentro del sepulcro caben perfectamente seis ú ocho personas, que alzando las manos pueden alcanzar al fondo de la piedra que le cubre. La losa primera de la derecha de la entrada está caída; son casi todas ellas de naturaleza caliza, y parece que proceden de la inmediata cantera de *Arrigorrista* (Banco de piedras rojas), que, situada en la tierra de Encía, constituye una de las formaciones de piedra de construcción más ricas y más estimadas de todo el país vascongado.

Hize cavar á unos labradores en el suelo del dolmen, por si parecía algún resto; pero la niebla y la noche se echaron encima, y con harto sentimiento hubimos de dejar la tarea. Al día siguiente, y muy de mañana, cuando el sol no había alumbrado aún el boquete de la Borunda, fuimos á hacer la visita de cumplido, que su majestad é importancia se merece, el gran dolmen de Eguilaz, que describí y dibujé hace diez y siete años, cuando, estudiante del Instituto de Vitoria, la amistad de los Vicuñas me hizo conocer por primera vez esta curiosa comarca. Con verdadera ansiedad, dejando la carretera de Pamplona, pocos pasos antes de llegar á Eguilaz,

tomamos la senda que va á Zaldueño, al principio de la cual y á cuya derecha está el montículo de 168 metros de circunferencia, que aún conserva entre los arbustos las cruces que indican que ha servido de Calvario, y que durante muchos tiempos se conoció en el pueblo de *El Cementerio*. En medio del montículo, ahondado y en su fondo, descúbrese, imponente, solitario y colosal, el gran sepulcro descubierto, por casualidad, en 1830, época en la que, no dándose importancia á estos monumentos, y menos á su contenido, desaparecieron cuantos huesos y objetos se hallaron dentro de él.

Mientras volvía á dibujar con cuidado el resto celta, mis compañeros se embelesaban en la contemplación del precioso paisaje que desde el montículo se descubre. A dos pasos del dolmen, mudo pero elocuente testigo de los esfuerzos de una generación que viviera hace treinta y cuatro siglos, cruzaba un tren de viajeros de Vitoria á Irun, símbolo, el más asombroso, del poder humano de nuestros tiempos. Sobre la empinada roca de Araya álzase el ruinoso conjunto de su castillo de Murutegui, imagen de la Edad Media; y al pie de sus torreones humean las gigantes chimeneas de las fábricas de Urigoitia, en las que, en numerosos hornos, la mena de Somorrostro da miles de toneladas de purísimo hierro, derretido al calor de las leñas de los mejores montes de Alava. Sobre la izquierda, distínguese Mezquia; más al Norte cerrando el horizonte, los altos de Udala; al frente Zaldueño; al lado nuestro Eguilaz; sobre la carretera, en lo alto, San Román; al pie de las peñas Albeniz (Pico ó punta de la tierra de Alba), y, cerrando todo el paisaje, la imponente, magnífica sierra de San Adrián, donde aún viven en Urbia (Dos Aguas) razas de pastores nómadas, como los de los primitivos tiempos, sin más trato con el mundo que el del comercio de sus quesos, tan exquisitos como los más afamados de Europa.

Terminados los croquis de los dólmenes de Sorguñ-eche y Eguilaz, para la sección de antropología de la Exposición de París, subimos á Vicuña á recordar mejores días de nuestros tiempos de estudiantes.

Allí, mi memoria presentía haber visto diez y seis años

atrás las ruinas de un palacio inmenso, en cuyo centro, dobles galerías de esbeltos arcos, destacándose entre el frondoso ramaje de las arboledas del bosque, cautivaron sobremodera mi imaginación de chico; allí tuvo sin duda sus casas y haciendas el insigne alavés Conde de Salvatierra, jefe perínclito de los comuneros. ¿Era suya aquella mansión suntuosa, situada como por encanto en tan apartado y pobre lugar de la provincia? Tal era el interés de la visita que íbamos á hacer. Subido el alto repecho, sobre el que se alza Vicuña, las ruinas aparecieron ante la vista; ¡pero en qué lastimoso estado! Las arcadas elegantes del gran patio de honor habían desaparecido, y sólo quedaba en pie un ángulo del palacio, todo pulidamente labrado, en piedra sillar, con un rarísimo ingreso, constituyendo la vivienda, pobre en extremo, de unos labradores. Triste desencanto sufrí al ver caído por el suelo y esparcido, aquel artístico conjunto que algún gran señor erigiera á mediados del siglo XVII. Por las armas que campean sobre la puerta, que son las de Ordoñana, con aspas en la orla, dos medias lunas unidas por una cadena, en faja y dos estrellas en los campos opuestos me convencí de que no tenía ninguna relación aquella suntuosa fábrica con la casa de Ayala.

En la iglesia, que conserva un curioso altarcito del renacimiento, de muy raro mérito, nos esperaba una sorpresa agradable. En una capilla situada á la derecha del altar mayor encontramos la estatua en mármol de un caballero de la época de Felipe II, de tamaño natural, puesta de rodillas, tan admirablemente concebida y trabajada, tan sentida y tan bien tocada por el cincel del artista, que, con admiración de cuantos la vimos, unánimes declaramos que dábamos por bien empleado el viaje, aunque en él nada hubiésemos llegado á ver más que tan rico trabajo. La expresión y detalles de su aristocrática cabeza, de un fino y expresivo rostro, el correcto trazado de sus miembros y la valentía de sus ropajes, adorno y atavíos llamaron extraordinariamente nuestra atención. ¿A quién representa aquella magnífica estatua, digna de figura en un regio museo? He aquí lo que se lee en el epitafio del sepulcro que la sostiene: «Aquí está el muy

magnífico señor Rodrigo Saez de Vicuña, Fundador de esta Capilla y memorias, partió de esta peregrinación con la esperanza católica que debió; espera la Resurrección de su cuerpo que aquí fué sepultado hasta el juicio Final, el año del señor 1572.» A las investigaciones que más adelante hemos de hacer en la ampliación de la historia de Alava, corresponde el trabajo de averiguar quién fué y en qué se distinguió tan magnífico caballero.

Aceptamos en la aldea de Munain un descanso cariñoso, en el pacífico hogar de los López de Vicuña, y volví á Vitoria haciéndome sin cesar estas preguntas, durante todo el camino. ¿Es posible que, habiendo tal extenso espacio entre los dólmenes de Eguilaz y de Sorguñ-eche, se puedan encontrar en el llano de Salvatierra más monumentos celtas, no explorados todavía? ¿Son montículos fúnebres los que se ven al poniente de la villa sobre el camino de Zuazo, inmediatos al cementerio? ¿Lo son los que, de gran tamaño, se descubren camino de Eguileor, inmediatos á Andra María Arana (Nuestra Señora del Espino)?

Sin disponer de tiempo suficiente, pero animado á hacer una exploración ligera, he vuelto al año siguiente á la villa de Salvatierra para ver si podía contestar á tales cuestiones. Los montículos inmediatos al cementerio, cuya forma y dimensiones convienen por completo con las de los que contienen dólmenes, no son artificiales, son de capas de cayuela natural, circunstancia que me hizo creer que era inútil todo trabajo de exploración, como lo creyeron mis queridos amigos de la villa al intentarla hace algunos meses por cumplir mis deseos. Sin embargo, no abandoné muy conforme aquellos sitios, porque también es natural y sigue el ascenso del terreno el montículo de Capelamendi, y tiene en su fondo un dolmen. No estará de más, pues, el que, cuando las horas y el descanso les sobren á mis amigos, prosigan su trabajo, hasta que partan ambos montículos, como se parte por medio una manzana. Tampoco la visita al Mendizorrotz (Monte puntiagudo) de Andramariarana me dió resultados. Aquellos altitos son indudablemente derivaciones naturales de las faldas de Encía.

Disfruté en cambio muy felices horas en Salvatierra ocupado en la tarea de tomar nota de la heráldica de su vecindario, de las obras de arte de sus templos, del estado actual de la instrucción pública, y en saborear las delicias de la amistad de antiguos y excelentes compañeros, á quienes, así como á otros muchos de la tierra vascongada, debo la gratísima atención, que con toda mi alma estimo, de que me reciban siempre con los brazos abiertos.

Tomé en mi álbum para las notas de la historia del país las copias de los escudos siguientes: *El de Zuazo*, una banda con el lema *Verdad*, sostenido por dos dragantes, sobre ella el águila aprisionando un conejo, y debajo una mano señalando el mote. Dos leones sostienen las armas. La capilla de esta casa está en Santa María, en la que se ven los retratos de los fundadores, cuyos nombres y armas se ven también en la fachada del cementerio. El de *Zumálburu*, precioso escudo sostenido por dos sátiros en la calle de Zapatari, lleva las aspas en la orla, está dividido en cuatro cuarteles, los opuestos barreados diagonalmente y en los otros campean dos estrellas y aparece unido con el de la casa de *Ordoñana* ya descrito. El de *Luzuriaga*, sostenido por dos heraldos, ostenta un castillo, con dos perros y varios tallos de plantas simétricas. El de *López de Andoin*, con un árbol y dos lobos. El de *Gauna* con dos calderos y dos flores de lis. El de *Ochoa de Chinchetru*, con la banda y los dragantes entre la flor de lis y el sarmiento. La iglesia de Santa María tiene un bellissimo coro del renacimiento, de muy escogido gusto plateresco, y en él campean muy acabadas las armas del Emperador D. Carlos, cuyos grifos apoyan las garras en las armas de la villa. Merece verse la portadita ojival del segundo período que, coronada por una bellissima imagen sentada de la Virgen, tiene esta iglesia á los pies de su nave principal. Muchas de las piedras que la forman llevan signos lapidarios. Inmediato á la iglesia, hay un huerto yermo y triste, circuido por una tapia de poca altura, entre cuya desconcertada mampostería se ven las bolas de piedra de antigua y suntuosa ornamentación. Triste detiénese el ánimo á contemplar aquel olvidado sitio, hoy barrido por el viento y lleno

de soledad. No es para menos. Allí se alzó orgulloso el palacio del jefe de los Comuneros, del Conde de Salvatierra.

Después de las jornadas de Durana y Villalar, el alcázar fué arrasado y picados los escudos, y nadie osó tal vez poner su planta en el solar del desventurado Conde, maldito por el Emperador que Dios maldiga. En mi viaje al castillo de la Torre Mormojón, en esta tierra de Campos en que escribo, también encontré en las almenas de la insigne fortaleza, propiedad de aquel nuestro valeroso paisano, picados los escudos, en afrentosa memoria de aquellos días, jamás olvidados.

Recomiendo al curioso que no deje de visitar en la iglesia de San Juan, en la capilla de los Zumálburus, la admirable estatua de San Francisco, que merece, por sí sola, una visita á Salvatierra. El altar mayor de este templo es también de lo más notable que tiene la ornamentación religiosa de las provincias.

II

ESCALMENDI

Prescindiendo de la significación histórica que en el llano de Alava tienen, para los siglos correspondientes á la época romana, visigoda y siguientes los restos y recuerdos que se conserven ó que pueden recogerse, la representan muy grande los hallazgos prehistóricos de la dehesa de San Bartolomé y el estudio detenido de los dólmenes de Capelamendi y Escalmendi. No he podido, por circunstancias casuales y con mucho sentimiento mío, acompañar al entendido y animoso veterano de Vitoria, D. Juan José de Ugarte, á pasar unas cuantas horas en su dehesa de los montes de Vitoria, en los que hubiera disfrutado del doble placer de continuar instruyéndome con las curiosísimas noticias de su ilustrada conversación, siempre inclinada á estos estudios, y del de exa-

minar la numerosa colección de objetos prehistóricos que posee, y que pueden formar un rico capítulo acerca de los primitivos tiempos de la población de estas montañas. Algunas de las hachas de piedra que en Vitoria conserva, dibujé y remití á París el año pasado; pero ni por su número ni por su importancia, significan lo que en las que en San Bartolomé ha recogido y guarda con especial cuidado.

Tengo la esperanza de que muy pronto, y en detenida visita, hemos de examinar la curiosa colección, y que se han de realizar los constantes deseos del Sr. Ugarte, dedicándonos, tal vez juntos, á hacer determinadas exploraciones, ya proyectadas que, conforme con sus fundados cálculos, han de ser de grande importancia, en este desconocido, poco estudiado y nada vulgarizado ramo de nuestra historia patria. Y no sólo en las localidades prehistóricas inmediatas á la dehesa, y en las exploraciones secundarias correspondientes á épocas de ayer que se pueden llevar á cabo en Zaldiaran, sino en puntos ya señalados en los inmediatos valles que se avecinan en la cordillera de Peñacerrada se podrán encontrar notables reliquias de las generaciones antiguas que amplíen nuestra historia, por el mismo tenor y método con que gran número de provincias de Suiza, Normandía, Bretaña, Gales, y comarcas del Rin han ilustrado las suyas, gracias á la propaganda y vulgarización de estos conocimientos, que aquí son punto menos que ignorados y que en ninguna facultad ni carrera se han estudiado ni se estudian.

Habíame formado decidido empeño, desde hace mucho tiempo, de saber á punto fijo si el montículo de Escalmendi era decididamente un sepulcro celta, después de haberme convencido en 1878 de que el de Capelamendi lo era, y con esta idea tomé tres operarios el día 11 de agosto, y previo el permiso de mi querido condiscípulo y amigo D. Julián Quiroga, dueño de la fábrica y terrenos de aquel nombre, empecé el trabajo de exploración. En la huerta de la fábrica y detrás de la posada, que está sobre la carretera de Francia se alza un montecillo de figura elipsoidal en su planta y en su forma, formado artificialmente, á pocos pasos del río Zadorra, y que tiene las dimensiones comunes que los monteci-

llos fúnebres suelen tener. Llámase Escalmendi y ha dado nombre á todo aquel término. La etimología de ese nombre es para mí muy clara; y no procede de Escallumendi (Monte de los peces); porque esto no tiene razón de ser de ningún género, sino que debe haberse formado de *Euscal-mendi* ó *Euscara-mendi* (Monte euskaro ó de los euskaros), ya que, casi íntegra, se conserva toda la palabra, y ya que, siendo estos montículos mortuorios enterramientos alzados después de las grandes luchas de la invasión entre celtas y euskaros, bien pudo ser este sitio el del sepelio de los euskaros muertos en algún combate, alzado por los celtas vencedores en él, y el del inmediato Capelamendi, cuya etimología es: *Gaelac Mendi*, monte de los celtas, fuera el de los principales celtas que sucumbieron en el encuentro. *Euscalmendi* es, de todos modos, una genuina palabra vascongada y así creo que debe llamarse aquel sitio.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que cuando los señores Arana, Marqués de Alameda y Duque de San Fernando se hallaron en el planteamiento de la fábrica de harinas que se alzó en aquel sitio, donde antes había un pobre molino, hace poco más ó menos unos treinta años, empezaron á sacar tierra del montículo, por la parte de la carretera, para llenar las oquedades del suelo en que había de cimentarse el edificio. Y, al ir levantando la tierra, dióse con una enorme piedra, la entrada del dólmen, que fué deshecha, hallándose de bajo completamente enterradas las puntas de las demás piedras que la componían. Al encontrar entre la tierra algunos huesos, abandonóse la excavación, que desde entonces nadie ha vuelto á intentar. Desgraciadamente, cuando los operarios han necesitado piedra, han acudido al dolmen, y en más de una ocasión han hecho saltar á barreno trozos de las que formaban el sepulcro. Pero habían pasado los años; los restos permanecían ocultos, y sólo asomaba al pie del montículo un trozo informe de losa arenisca. Mi primer cuidado fué mondar por completo el principio del dolmen tan maltratado, vaciarlo y estudiar sus condiciones. Levantada una capa de tierra, de más de metro y medio, aparecieron las megalíticas masas cortadas, formando el circuito propio del sepulcro.

Todas las piedras eran areniscas y procedían sin duda de las lejanas canteras del pie de la sierra de Elguea. Al ahondar como medio metro en el interior, empezaron á aparecer restos humanos. Lleno de gozo y de febril curiosidad, recomendé á los operarios que los fueran extrayendo con exquisito cuidado. En el mismo ángulo O. de dos piedras apareció un cráneo: el resto del esqueleto estaba tendido en dirección E. Los huesos se deshacían casi al tocarlos, de modo que con gran trabajo logré conservar entera la tapa de un cráneo, varios huesos largos, una mandíbula con casi todos los dientes y varias vértebras. Al lado del primer esqueleto, aparecieron otro y otros hasta cuatro, colocados en la misma dirección. Debajo de ellos había una capa de piedras de cayuela. Debajo de esta capa, otra nueva serie de cuatro ó cinco esqueletos, y debajo, como formando el pavimento del dolmen, nuevas piedras colocadas con cierta simetría. Como no pude conservar más que muy pocos huesos enteros, dejé gran número de ellos en el fondo, ya limpio del sepulcro. No hallé en estos despojos humanos ni un solo objeto de metal alguno, ni de pedernal, ni de ninguna clase. El hallazgo de los esqueletos me satisfizo sobremanera. Jamás explorado el dolmen hasta entonces, desconocida por completo su existencia hasta hace treinta años, los restos que tenía delante pertenecían á la época de la construcción de estos monumentos remotísimos, que según los cálculos, de los más concienzudos historiadores, datan de los siglos XIV y XV antes de Jesucristo.

La brevedad del tiempo de que yo disponía no me permitió hacer una extensa labor de excavación en la gran masa del montículo, que aún está intacta y que de seguro encierra uno ó varios dólmenes enteros.

Su hallazgo sería de la mayor importancia histórica, así es que mi sentimiento es grande, por tener que vivir lejos de Álava y no poder hacer tan curiosa exploración. Tal vez el ilustrado dueño de la posesión, Sr. Quiroga, se decida á hacerla, y yo se lo aconsejo así, porque el descubrimiento en Euscalmendi de nuevos dólmenes celtas daría gran importancia á la finca, que sería en adelante una estación prehistórica.

de mucho renombre, que visitarían cuantas personas doctas pasaran por Vitoria. Del montículo están intactas las tres cuartas partes; ¿no es, pues, lógico creer que tan inmensa cantidad de tierra, aún no tocada por nadie, encerrará alguno ó algunos ejemplares como el descubierto?

A corta distancia de Euscalmendi, y á la derecha del camino de Arzubiaga (Puente de Piedra), hay otro montículo sobre las heredades que se elevan un tanto sobre aquella parte. Conviene averiguar cómo se llama aquel término, porque los nombres vascongados dan mucha luz en estas cuestiones, y catar por dos ó tres sitios la altura, para ver si es artificial, en cuyo caso habrá dentro otro sepulcro como los de Euscalmendi y Capelamendi.

En este montículo último, ya explorado hace muchos años, aunque de mala manera, se conservan dos grandes piedras areniscas, cuya posición y hueco circundante debía restaurar en lo posible la Comisión de Monumentos.

Dada la existencia en Alava de las regiones de dólmenes de Salvatierra, Vitoria y Cuartango, ¿existirán más monumentos de este género en los llanos y valles intermedios? Sin ningún género de duda puede asegurarse que sí, y el día en que estos estudios tomen carta de naturaleza entre nosotros, habremos de ver tal vez que la juventud instruída añade al catálogo de los que ya se han descubierto y descrito otros muchos, que hoy mismo, en breve plazo, podrían encontrarse, si las academias y comisiones nos dieran los medios y el tiempo necesario para realizar una detenida exploración en aquel país. De todos modos, en ningún catálogo histórico, ni en ninguna Memoria se ha dado cuenta detallada de la existencia de los dólmenes de Sorguiñ-eche, Euscalmendi, Capelamendi y Anda, hasta que nosotros hemos tomado á nuestro cargo la ingrata tarea de andar por los muy amados é inolvidables campos de Alava, en busca de semejantes vejees.

III

SALINAS DE AÑANA

Hay pocos espectáculos más notables en las provincias españolas que el que ofrece el *Valle Salado* de Añana. Para el veraniego errante que anda de la Ceca á la Meca, con el corazón y la cabeza ávidos de emociones, pocas ó ninguna sorpresa pueden complacerle tanto como las contemplaciones de la inesperada perspectiva que Salinas ostenta, desde donde quiera que se la mire. Habíala oído ponderar muchas veces, y con la esperanza de hacer el viaje «el día menos pensado,» pasábanse los años, sin haber anotado en las hojas de mis álbums excursión tan deseada. El día menos pensado fué el 12 de agosto último, en que reposaba, en la sombra apacible, los baños de sol á 42 centígrados, que había tomado en las termas prehistóricas de Arrízala y de Escalmendi, y en que el salinero Fermín Herrán me comunicó la orden de marcha para su pueblo natal. Movíale á tanta precipitación, además de la que lleva ingénita en la sangre, la circunstancia de que el hábil fotógrafo vitoriano, nuestro amigo Eduardo Moreno, tenía preparados sus ingredientes químicos para hacer una colección de fotografías del valle, proyecto desde hacía largo tiempo acordado por los más ilustrados salineros, deseosos, con justicia, de que el arte maravilloso reprodujera las bellezas rarísimas de aquel suelo, para que sostuvieran las fotografías en su testimonio la fama que han esparcido las palabras.

Y como el viaje tenía para mí gran interés geológico é industrial, dí treguas al descanso, afilé mis lapiceros y tomé asiento en el tren carruaje del simpático é incansable Chon, servidor veterano de la casa de Herrán, que nos ha conducido á todos los sitios históricos, á todas las cacerías, á todas

las sierras y á todos los llanos del país, con el mismo humor que tenía á los diez y ocho años, cuando corría como pirata callejero tras de las arrogantes mozas de Teruel.

Contemplamos, desde la divisoria de los caminos de La Puebla y de Salinas, los famosos campos de las batallas de 1813 y de 1875, y con una tarde triste, como el humor de un filósofo escéptico, subimos el valle que las gargantas de Ollábarre y Montevite por el Norte, y la sierra de Tuyo por el Mediodía, dejan en medio. Iba yo atento, al parecer, á la conversación de mis amigos, pero ocupado realmente en contemplar la formación curiosa de aquellos contornos.

De la cresta del terreno secundario del llano de Alava habíamos pasado al terciario, perfectamente determinado frente al boquete de Subijana de Morillas y en el resto del camino. Los cantos rodados, los conglomerados de pudingas, formando grandes masas, dan al paisaje bien distinto aspecto del que hasta allí tiene. A las margas azules sembradas de miles de *Spatangus* ó *Micraster brevis*, suceden las margas claras, en que abunda el fósil *Annanchytes*; á las altas calizas duras que coronan las cimas sustituyen las pudingas numulíticas, y en vez de los bancos horizontales de la cayuela común del llano, cubre el suelo la arcilla terciaria. Así es que, mirando el almendrado de las rocas, entre cuyos duros riñones brota la vegetación más lozana, me olvidé, al saludar al río Bayas, y al dejar atrás el gran portillo de Techa, del asesinato de Sancho López Iñiguez, quinto señor de Vizcaya á mediados del siglo XI, del pintoresco valle de Cuartango y de sus dólmenes celtas, y del animado aspecto que aquellos lugares presentarían cuando puso su cuartel general en ellos lord Wéllington la víspera de la memorable batalla de Vitoria.

Cruzamos en Pobes el río y la vía férrea de Miranda á Bilbao, y aunque la tarde continuaba desapacible y húmeda, nos distrajo la belleza sencilla, pero original, de aquel paisaje que se descubre en el hondo valle del Bayas, en la Ribera alta, donde Mimbredo en sus ventas guarda la cuna del primer Marqués cubano de Álava, y donde, más al Mediodía, Carasta conserva los vestigios de los grandes campamentos romanos, con cuyos despojos tiene la Comisión de Monu-

mentos asunto sobrado para fundar una excursión y distraer útilmente un par de días en interesantes exploraciones, que podrán enriquecer el Museo vitoriano. *Caristia* se llamó gran parte de la región alavesa, en la época celtíbero-romana, y bien pudo ser Carasta el punto ó población de donde tomara nombre. Pasamos por Arbigano (lugar de los nabos), y empezamos á subir á pie el áspero puertecito de la Tejera, en medio de la misma formación terciaria de pudingas y margas, que dejo señaladas. Saludamos en un rincón de aquellos montes á la aldea de Paul, que hoy empieza á hombrar con la posesión de un manantial de aguas sulfurosas, situado á muy pocos pasos de la carretera, cuyo descubrimiento no es el único en su género que se acaba de hacer en esta parte de la provincia, porque ya anda pregonando también la fama las excelencias y virtudes excepcionales de las aguas de Zuazo de Cuartango, admirablemente situadas en el pintoresco valle, sobre la vía férrea de Bilbao á Miranda y á orillas del río Bayas, que además de los principios sulfurados contienen arsénico y otros elementos muy estimables. Yo deseo próspera fortuna á este futuro centro balneario vascongado, que puede hallarse, si se dirige bien, en incomparables condiciones para constituir, al pie de la eminente y deliciosa cordillera de Badaya, un punto de recreo de los más bellos del país. Mucho ha de influir en ello la inteligente actividad y especiales condiciones del médico de Salinas D. Crispín Ramos y Balza, encariñado desde hace largo tiempo con el proyecto.

En lo alto del puerto nos esperaban el ex-alcalde de Vitoria, mi antiguo y cariñoso condiscípulo Joaquín Herrán y otros varios amigos. Muy pronto dimos vista al Valle Salado. El espectáculo que se descubre es tan inesperado como sorprendente. Dentro de un estrecho valle, contorneado por pequeñas alturas, apenas aciertan á distinguir los ojos un cuadro que, á ignorar la industria á que sirve de base, ni el diablo mismo pudiera llegar á explicar. Figuraos una monstruosa cantera de mármol blanco, abierta en el seno de verdes alturas; suponed los cortes verticales, marcados con oscuros tonos, y salpicada de miles de pies derechos que sostienen los ocho pisos de bancos horizontales de nivea blan-

cura, en cuya cristalina superficie brilla el sol con extraños resplandores; concebid este raro panorama dividido geométricamente en multitud de figuras rectangulares, sembrado de pozos de color azulado verdoso, interrumpido á trechos por largas perchas sostenidas en sencillos caballetes, por arroyos, cuya cuenca es de madera y cuyo caudal cristalino corre á nutrir tantas superficies, y por un animado concurso de obreros que tan pronto aparecen al borde de un plano como se hunden debajo de las galerías, como avanzan por las divisiones de la cantera, como cruzan los puentes que unen las faldas del valle. Figuraos, si no, una ciudad escondida en un hondo repliegue del terreno, agrupadas sus calles en múltiples escalinatas, á la que en un día de terrible desgracia hubieran anegado las aguas, dejándola, después de su paso, sin tejados, pero con agua sobre los techos; sin paredes, pero con el esqueleto de sus puertas y ventanas; sin pavimento, pero con el rastro de las corrientes en el suelo, y con cualquiera de esas imágenes tendréis una idea aproximada de la que á la mente acude, cuando por primera vez descubre el viajero, desde lo alto de la carretera, la original perspectiva de Salinas de Añana. La palabra vascongada Añana procede de *Añoa nebuloso*; de modo que con la terminación local *ana* quiere decir: pueblo ó sitio ó comarca nebulosa, húmeda, como lo es realmente el valle.

No pudimos disfrutarla á nuestro gusto al llegar á la villa, porque la noche se echó encima, y porque la amistad nos brindaba los placeres del descanso. Hallámoslo, muy cumplido y atento en la gran casa de los Herranes, que es todo un palacio señorial del siglo XVII, con amplia escalinata realzada por áltiva media naranja; con vastos salones y dependencias llenos de hermosos cuadros al óleo, algunos de relevante mérito, con una pequeña capilla en la que hay un altar bellísimo de fines de dicho siglo, admirablemente esculpido y conservado, y con los retratos de los Zambranas, de la corte de Carlos II, fundadores de la casa. Allí, en el seno de cariñosa familia, pasamos agradabilísima velada.

Muy de mañana, y desde la casa nativa de Fermín Herrán, mientras todo el mundo dormía aún, púseme á mirar

detenidamente el valle. Examinada una de las *eras* de la elaboración de la sal, pueden darse por comprendidas todas.

El agua salada ó muera, á la concentración de 21 grados del areómetro Beaume, llega por una cañería de madera llamada royo ú arroyo á cada una de las *eras*. Abrese el orificio lateral que está obstruído con greda, y la corriente inunda la superficie hasta la altura que señala su perímetro de madera, que es de unas dos pulgadas. La superficie de cada *era* es próximamente de doscientos cuarenta pies cuadrados. Su suelo está formado por dos capas de greda impermeable y por un empedrado menudo, perfectamente unido por aquélla, y están sostenidos, en general, por un subsuelo de madera que se apoya á su vez en armazones y pies derechos de pino ó de chopo, únicos materiales que resisten la acción de la sal. El líquido, en cuanto alcanza á la temperatura de treinta grados centígrados, ó en cuanto transcurre el tiempo proporcional para que se verifique en toda la superficie la evaporación lenta, *se cuaja*, empezando la solidificación de la sal, que aparece primero en una especie de eflorescencia, y que cristaliza después en blanquísimos, puros y delicados cubos. Es un sistema de elaboración primitivo, absolutamente sencillo, en el que la naturaleza da la sal disuelta y el sol y el aire el calor necesario para la solidificación. El hombre no ha hecho más que disponer artificialmente los planos de evaporación, convirtiendo las faldas inclinadas del estrecho valle del río Añana en una gradería de ocho pisos, con objeto de aumentar, hasta donde ha sido posible, la extensión de la superficie evaporatoria, que hoy tiene un área de un millón ciento cuarenta y dos mil pies cuadrados, distribuídos en cuatro mil setecientas cincuenta y cinco *eras*, de los cuales dos mil trescientas cincuenta y una pertenecen á vecinos de la villa y dos mil cuatrocientas cuatro á propietarios forasteros.

Hay bastantes *eras* altas, colocadas á superior nivel que el del manantial que las nutre, cuya alimentación se hace á viva fuerza elevando la muera desde los pozos internos inferiores, á donde llega la corriente de agua salada, á los pisos superiores, por medio de un sencillo aparato, usado ya entre los primitivos pozos egipcios y empleado aun para el riego

en las huertas de Vitoria. Consiste en un pie derecho ahorquillado en su parte superior que sostiene el eje y punto de apoyo de un largo cábrío, terminado en su parte posterior por una piedra contrapeso y en la anterior en un gancho, del cual pende una vara de bastante extensión, á cuya parte inferior se agarra el operario para dar movimiento al *trabuquete*, como en el valle se llama. De su extremo pende una singular vasija, el *escuerzo* formado por un saco de piel de cabra, única sustancia de poco peso que resiste la acción de la sal. Con este simple aparato, suben el agua salina de un pozo á otro y de éste á las eras, de modo que, en gran parte del valle se ven enhiestos los palos de los trabuquetes, con sus varas pendientes sobre los orificios de los pozos llamados *boqueras*. Poco antes de que toda la sal se haya solidificado se recoge en montones con una especie de pala llamada *rodillo*, y se conduce al piso inferior de las eras, hasta que llegue el día de almacenarla ó *entrojarla*. Los espacios donde la sal se deposita hasta su almacenaje se llaman *terrazos*. Como es natural, la elaboración del rico producto solo se hace en el buen tiempo del año, cuando la evaporación es posible, mientras no reinan la lluvia ni los fríos.

A las personas curiosas á quienes interese el conocimiento de mayores detalles respecto á esta especial industria, les aconsejo que lean la *Memoria de las fábricas de las Salinas de Añana*, debida á la pluma del distinguido hijo del valle don Adrián de Herrán, en la que el respetable y dignísimo consultor de la provincia relata con atractiva naturalidad y sin omitir una sola noticia cuanto puede saberse de la vida y particularidades del *Valle salado*.

En la esperanza de que el nublado sol de la mañana dispersara al fin las nubes, acompañamos al fotógrafo Moreno á la altura de la caseta del Cubo, desde donde debía tomar algunas de las principales vistas. Excelente perspectiva ofrece desde allí el valle. Cierran el horizonte por el Norte las peñas primera y segunda, al pie de las cuales avanzan sobre la villa los verdes términos de La Ventosa y el diminuto barrio de Peruchico con sus altas casas y sus agrupadas arboledas. Más allá, hacia donde termina el cielo por la iz-

quierda, se ven los altos de la Hormilla, y delante, en segundo término del paisaje, el hermoso mirador de San Cristóbal, solar de un antiguo y magnífico templo destruído en la guerra de la Independencia, al pie del cual se alza la única parroquia de la villa. El caserío de ésta, asentado sobre la pendiente de la orilla derecha del río Añana, ocupa la mitad del paisaje, sobre las argentinas superficies de las eras de sal, que forman la banda Norte de la hondonada. Al extremo se ve el almacén de la Revilla, que tiene una cabida de 28.000 fanegas, y más arriba, sobre la carretera de Vitoria, que sube á perderse entre el verdor de los montecillos, se ve el antiguo asiento de la exermita de Santa Ana. Allí alza también su arrogante masa la Atalaya rodeada de nieblas, que el viento mueve. Por el Oriente y entre los terrazos y las eras de este lado, avanza un riachuelo de agua dulce, que en el punto de Entrambasaguas se une al Añana. Dominando á las salineras se ve la oscura masa del almacén Grande ó del Medio, que guarda 78.000 fanegas, y como coronación de aquel bello conjunto de blancas eras y de verdes ondulaciones, entre caprichosas líneas de árboles, ceñido por viejísimos muros, se ve el convento de monjas de San Juan de Acre, tan artísticamente colocado en aquel punto, que si no existiera, habría necesidad de que la imaginación del poeta lo creara, como detalle necesario del pintoresco conjunto. A un lado se alza el Almacénico de 22.000 fanegas; más allá, sobre una mota, la choza de El Muñeco, y completamente al Sur, donde las faldas del valle se unen en el término de Santa Engracia, está el sitio de los manantiales que sostienen la riqueza de la comarca. Sobre nuestras cabezas se ve la línea de los altos de las Encinillas, y á nuestra izquierda avanza el término de Terrazo. De allí descubríamos todo el sistema arterial de alimentación de las eras. Derívase del manantial, que da un caudal de agua salina de *nueve cántaras por minuto*, que se reparte en dos grandes canales ó arroyos: el del S. E. y N. llamado *Royo Suso*, del cual deriva á su vez el central llamado *Meadero*, y el del O. y N. O. que se denomina *Royo Quintana*. Además del manantial grande, que es una maravilla natural por la pureza y limpidez de las aguas, por el movimiento

constante de las burbujas de aire que acompañan á las corrientes que ascienden de su suelo y por su abundancia, tiene el valle otras dos fuentes de agua salada de menor cuantía, llamadas Fuente Ontana, Fuente Riva y Callicos. Mientras Moreno buscaba al sol por todas partes, emplazando su batería fotográfica en El Cubo, manchaba yo algunas hojas del álbum de Aurelio Herrán, futuro militar salinero, hoy cursante de los conocimientos preparatorios de su carrera. Subió á saludarnos á aquellas alturas el cariñoso coadjutor de la parroquia, mi constante cicerone, D. Valentín Ortega y Resga, y subieron otros cuantos amigos, con los que pronto formamos un animado grupo de expedicionarios. Sorprendimos muy agradablemente la llegada del Sr. General D. José María Loma, natural del valle, que venía á celebrar el familiar aniversario fúnebre de un malogrado hijo que perdiera en Salinas, en lo más florido de la vida hace algunos años. Cuántas y cuán sencillas atenciones debimos todos, durante la estancia en la villa, al brávo soldado alavés, al valeroso campeón de la libertad, no hay para qué decirlo, ya que es sabido que constituye el fondo de su entero carácter la más afectuosa naturalidad.

Al fin quiso el sol ayudar al fotógrafo, y éste con una actividad pasmosa, trasladándose del Cubo al Muñeco, de aquí á Revilla, de la Revilla al Convento, de las Salinerías al pueblo, y del pueblo á las alturas, fué amontonando clichés artísticos, á maravilla enfocados y definidos, que forman hoy una curiosa colección de vistas, llamadas á tener gran aceptación. Mientras tanto los demás descansábamos cerca del gran manantial, á cuyos lados brotan otros dos de agua dulce muy caudalosos, y yo trazaba el croquis de un alto *trabuquete*, cuyo escuerzo subía y bajaba con bíblica resignación una muchaca descalza de pie y pierna, la Catalana, que también fué á pasar á las hojas del álbum, en compañía del demandero de las monjas y guarda salinero del valle, fray Gerónimo de la Berruga. Brota el manantial en el seno de la formación terciaria, á unos 18 grados centígrados, entre una mezcla de terrenos formados por margas verdosas rojizas, por nacimientos de sulfato cálcico, de calcáreas oquerosas y

por una especie de masa dura trapeana, verde oscura rayada de serpeadas venas blanco-amarillentas, muy semejantes al mármol ophético. (Ofita.)

Salinas no guarda entre sus maravillas naturales el manantial solamente, sino que á ningún viajero deja de brindar con la visita á *El Lago*. Fué, pues, de necesidad que dedicáramos una tarde á hacer la excursión. Sobre los altos del manantial y tomando al Oriente á lo largo de un regular y solitario camino, bordeado en gran parte por un profundo barranco hoy seco, pero por el que saltarán ruidosas las aguas durante el mal tiempo, avanzamos subiendo casi siempre, por espacio de media hora, hasta llegar á un término peñascoso, desde el cual se descubren, el alto pueblo de Arreo, pintorescos bosques de robles y hayas, un solitario caserío de nuestro amigo el ingeniero Juan José de Herrán, y el fondo de un valle encenagado y lleno de juncos, que desde luego anuncia la proximidad de las aguas. Al trasponer una cuesta llena de cantos rodados y por entre el follaje de los robles, distínguese allá abajo, en una especie de abismo, extendiéndose por el verde llano el famoso lago, rodeado de monte por todas partes, menos por la de Alcedo, á cuyo pueblo pertenece. Aquella vasta extensión de aguas, sin entrada ni salida visibles, produce en el ánimo un efecto proporcional ó en consonancia con el estado del día en que se le contemple. Nosotros habíamos llegado en una tarde nebulosa y triste: el paisaje estaba solitario, sin animación; no había claro oscuro en las tintas del cielo, ni del suelo; la superficie del lago, suavemente alterada por un poco de brisa, aparecía de color negro azulada, y algo así, como una sombra densa proyectada por los grandes árboles de la orilla, daba un tono aún más oscuro al paisaje. Aquella tinta antipática, aquel depósito de aguas contenidas en medio de los montes; la gran profundidad de sus escondidos senos; la falta de toda habitación y de todo movimiento en los alrededores, y las tristes tradiciones de arrieros ahogados y de gentes desaparecidas en las aguas, me hicieron el mismo efecto, que si por arte de magia me hubiera hallado de repente asomado á la ribera de la laguna Estigia. Tanta soledad y tanta agua en medio de una región

de suyo pintoresca, me causaron penosa impresión. Yo no dudo que, en los días hermosos del estío, cuando el sol abri-llante aquellos campos de esmeralda, y haga destacar el relieve de las copas de los miles de árboles que pueblan los bosques, y las ondas rizadas por el vientecillo fresco reflejen el azulado horizonte, y vuelen las palomas de una á otra ladera, aparecerá *el lago* lleno de belleza y de poesía, y mucho más si contribuyen á sentir las la incomparable compañía de graciosas y elegantes amigas y alguno que otro aliciente, que dé salud al cuerpo y al alma si le conviene, no lo dudo; pero la verdad es, que en tarde nublada, en la soledad, y con el ánimo y el cuerpo un tanto discordes, aquel paisaje es fiel trasunto de un mar maldecido, en el que sólo faltan barcas pintadas de negro, movidas por tiznados remeros, que boguen mansamente hacia la orilla que los árboles ocultan, y donde un letrero fijo sobre la maleza, podría decir: «¡Por aquí se va al infierno!»

Saltando charcos, haciendo forzosa gimnasia sobre el enfangado suelo y sufriendo un chubasco de agua muy sostenido, volvimos á desandar lo andado, no sin distinguir sobre el terreno, á corta distancia del lago, y en la vertiente opuesta de la de Salinas, un pequeño manantial de muera, que demuestra que todo el subsuelo de aquellos altos está formado por bancos de naturaleza sódica, suficientes á nutrir los cursos de las aguas subterráneas que van á desembocar al valle salado. ¿Tiene alguna relación con sus manantiales el lago referido? ¿Sostiene por presión el empuje de las salidas de las aguas opuesta de la cordillera? Todo puede ser; lo único que yo debo apuntar aquí, es que, según mi barómetro de expediciones, el nivel del lago está cerca de 40 metros más alto que el de los manantiales del valle.

Amistosa y entretenida noche siguió á la expedición de la tarde, y durante ella, en la numerosa tertulia que se convocó en honor al Sr. Loma, por éste obsequiada, distrajeron al concurso inolvidables relatos, en los que tomó principalísima parte el animoso y veterano guerrillero y profesor, coronel Sr. Valluerca. Volví á examinar detenidamente al otro día las salinerías, y en la solitaria contemplación que de ellas

hice, imaginé cuán variada estaría semejante industria si se hallara en alguno de los países extranjeros, en los que de seguro no se perderían ni una pulgada cúbica de muera, ni un solo día de beneficio al año, obteniéndose multiplicados los productos. Es verdad que, comparado el actual sistema de fabricación planteado desde fines del siglo pasado por el comisario regio, arquitecto Sr. La Vallina, con el antiguo, que consistía en esparcir la muera sobre terrazos naturales, se ve ya un adelanto notable; pero son tantos los procedimientos industriales modernos para el aprovechamiento rápido y completo de las sales; nacen tantas industrias secundarias á la sombra de una fabricación de tanta valía; se han encontrado tantos medios para dar renombre, concurrencia, atractivos y gran salida á estos centros productores, que, de seguro, á la industria salinera ordinaria hubieran añadido uno ó varios establecimientos de elaboración permanente, almacenes vistosos, baños á diversas temperaturas, y cuantos elementos sabe plantear la iniciativa de los pueblos extranjeros con objeto de sacar dinero de todos ellos. Alguna de estas ideas excelentes persigue con cariño el joven y estudioso farmacéutico de la villa D. Ramón Ruiz de Huidobro, y es claro, como de la gente joven han de salir estas excitaciones beneficiosas, no tardarán en unírsele otros que empiecen por fomentar la propaganda y concluyan, con el tiempo, por plantear las reformas. Hoy se cogen en el valle unas 600.000 fanegas de sal cada año, y se cree que para cada fanega de sal se necesitan catorce cántaras de agua muera, de modo que el producto aproximado del manantial grande es de dos fanegas de sal sólida por cada tres minutos. La comunidad de *Herederos propietarios de las salinas de Añana* tiene, para su gobierno y administración, un excelente reglamento, y está dirigida por la Junta general, que se reúne al día siguiente de la popular fiesta de San Cristóbal, y al siguiente también de la Virgen del Rosario; y por un diputado y su teniente, cargos gratuitos, honoríficos y obligatorios.

No olvidaré en mis recuerdos de esta expedición, que con harto sentimiento relato á la ligera, la visita que el atento D. Valentín y yo hicimos al convento de las monjas comen-

dadoras de San Juan de Acre. Ya en el siglo XI existía en aquel delicioso mirador del valle un monasterio, tal vez de otra orden. Todo es allí reducido y modesto, pero todo respira una alegría y una calma que se advierten con complacencia en cuanto se pasa el umbral de su patio de entrada. El templo es sencillo y de construcción moderna. Por doquier se ve en él la cruz famosa de los valerosos caballeros que ilustraron la historia de las expediciones á la Tierra Santa. En el altar principal está el *Propheta altísimi*, entre dos originales y grandes esculturas que representan á sus padres. A un lado, una Dolorosa, delicia de las monjas, y al otro un San Pantaleón, cuya imagen no había visto jamás en ninguna parte. En el fondo de la pequeña nave, el coro con sus fuertes rejas y sus tejidas celosías; dentro, á media luz, las comendadoras, que rezan inmóviles ó que cruzan rápidas como sombras. Pasamos al locutorio; allí está *la Presidenta* rodeada de algunas religiosas. El traje es severo y majestuoso, sobre todo el de gala. Mantilla ó velo de raso, gola bordada, la cruz de Malta en el pecho; el gran cordón de la orden, de seda amarilla labrada en negro con los atributos de la Pasión; un manto (símbolo de la piel de camello que usaba el Bautista) con tres nudos en su extremo en recuerdo de los tres votos que hacen las monjas: obediencia, castidad y pobreza. El hábito es de larga cola. Tres días de gala tienen estas pobres señoras: el de su profesión, el de la elección de priora y el de su muerte. Allí les dejé con mi lápiz un ligero recuerdo.

Al pasar por una estrecha ventana distinguí el poético rincón de un jardinillo, en cuyo centro se eleva un hermoso ciprés, símbolo de la resurrección, y en cuyo suelo cubren las flores algunas tumbas. Espiemos un poco: una monja ha muerto; sus compañeras la conducen en andas hasta aquel sitio; todas van llorando y con la vista fija en el suelo; entre dos han cavado la fosa, las cuales permanecen de rodillas sobre el montón de tierra húmeda; depositan á la muerta en el suelo; la difunta comendadora parece dormida; ha pasado cuarenta años dentro de aquellas paredes pensando en la otra vida, y al llegar á ella no ha hecho más que

cerrar los ojos y cambiar de sepulcro. Tiene las manos cruzadas al lado de la cruz histórica de su hábito, como las ha tenido casi medio siglo, como las tendrá hasta que, deshechas en polvo, nutran los rosales y los lirios que brotarán en las grietas de su sepulcro. Sus compañeras terminan el rezo fúnebre; después se arrodillan una tras otra y besan en el rostro á la que ya no puede devolver los besos. ¡Hermoso grupo de cariños digno del pincel de un artista poeta! ¿Quién pensará, al asomarse al valle, que sobre tanta faena rutinaria é industrial, hay en lo alto, dentro de aquellas viejas paredes, ese nido de amores que no se relaciona con el mundo más que por los saludos que le envía con el argentino, vibrante y agradable timbre de su única campana? Después del coro de besos, el cadáver es depositado en la fosa, en la cual arroja cada hermana su puñado de tierra. Nivelado el suelo con la pala, la comunidad se retira rezando: todo queda en calma; el ciprés señalando el camino de las incomprensibles alturas, D. Valentín y yo asomados al estrecho tragaluz de la ventana; él contándome esta escena como si la viera y yo viéndola con los ojos de la imaginación. Los amigos salineros no saben que he pasado este rato de tan placentera contemplación. Pues qué, ¿he venido al valle tan sólo á examinar la constitución de las rocas y la riqueza de los manantiales para que la razón se solace, y no he de conceder un poco de *sal* espiritual á mi imaginación? Sin estos contrastes tan benéficos y tan queridos, que en todas partes y en todos los momentos de la vida abundan, ¿cómo hubiera yo logrado armonizar, en mi pícaro oficio de escritor, la árida prosa de las realidades científicas con la engañosa pero complaciente y necesaria poesía de las aficiones literarias?

Sonó la hora de marchar. Los amigos, ¡cuánto siento no recordar sus nombres! nos despidieron á la puerta de la casa de Fermín. Allí quedaban, hasta Dios sabe cuándo, los recuerdos de tres días, los de las simpáticas personas que nos acompañaron en nuestros paseos por las calles de la Carrera, Real, San José, el Reló, las Cercas, Peruchico, por la plazuela de las Ozpinas y por las Salinerías. Regresábamos á Vitoria deseosos de pagar á los buenos amigos del *Círculo*

Vitoriano, con la lectura de *El último invento*, la cariñosa muestra de atención que les debía, y deseosos también de volver á saludar á nuestro amigo muy querido, á mi distinguido compañero el insigne catedrático de la Universidad central D. Manuel de la Revilla.

En su compañía hicimos pocos días después entretenida excursión al histórico pueblecito de Armentia, cuyos restos románicos deseaba conocer el incomparable y sabio crítico, el inspirado autor de *Dudas y tristezas*.

Allí, sentados á la sombra del viejo ábside del siglo XII, departimos largamente sobre política y literatura, admirando Herrán y yo una vez más el poderoso talento de Revilla, un tanto oscurecido en aquella fecha, por las ligeras ráfagas de perturbación que cruzaban por su cerebro, y que habían de anublarlo por completo algunos meses después.

Allí, por última vez, le contemplé, enamorado yo de su genio, y entristecido por ver que, sin duda alguna, se malograba; y tan hondamente se me grabaron los recuerdos de su persona y de sus palabras, que sin cesar parece que le veo y que le escucho, cuando traigo á mi memoria nuestra visita al viejo pueblo alavés.

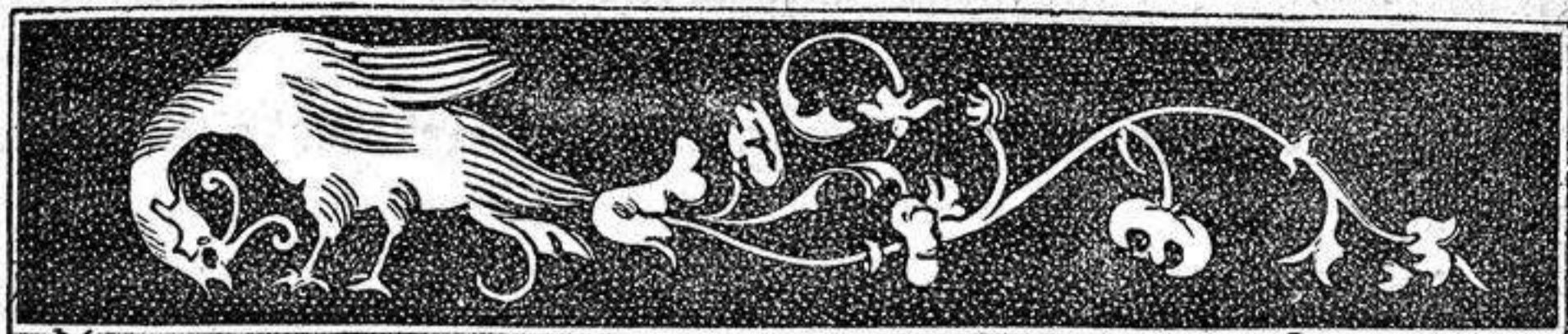
Grandes y sinceras alabanzas le merecieron mis *Historias increíbles* y mis humorísticas narraciones, y de aquellos días conservo, como un tesoro querido, el cariñoso y concreto juicio que de ellas hizo en una de sus cartas periodísticas.

Al salir de Salinas, mi última mirada en la despedida fué al borroso escudo que campea en la clave de la puerta de Herrán. ¡Coincidencia singular! Unidos Fermín y yo con fraternal empeño, cada día más decidido y desde hace muchos años, en las aficiones literarias y en el cariño al país, él me mostró, en este viaje á Salinas, la leyenda que está grabada en la cinta del escudo de su familia, y que dice en vascuence: «Aurrerac eta Beti-beré.» Pues bien, cuando en 1867 colaboraba yo con los Sres. Moraita, Sánchez Pérez y otros amigos en el periódico democrático madrileño *La Reforma* (después *La República Ibérica*), adopté como símbolo de mis pobres tareas una pluma y un lápiz cruzados, con el lema: «Aurrerac eti Beti-bat.» «¡Adelante y siempre el mismo!»

Instintivamente nos ha guiado, pues, el mismo espíritu; á él por haberlo recibido de herencia y á mí por haberlo hallado simpático, desde mis tiempos de estudiante y de aprendiz de periodista. Sobre el escudo de Herrán pusieron los tiempos que pasaron para no volver, un yelmo feudal; sobre el mío, adoptado en un siglo que se ha de imponer á todos, puse el yelmo de lana de la Frigia para mayor honra y gloria de la Cofradía vascongada.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.





LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO

Continuación (I)

XXXVI

EL pueblo griego, famoso por sus guerras y triunfos, tiene más fama y celebridad por sus poetas y artistas, ¿Cómo la oda heroica, el canto de la patria y del valor, había de quedar olvidado en la tierra de Epaminondas y Tirteo, de Solón y Leónidas, de Aquiles y Homeros?

El pean, oda de los tiempos primitivos, resonaba en los mismos campos de batalla. Los aedos antehoméricos, Tami-
ris, Femio, Demodoco, que cantaban al son de la forminge, son poetas épicos. El padre de la epopeya dice del segundo: «cantaba el funesto regreso de los aqueos, cuando volvieron de Troya, expuestos á la cólera de Palas Atenea.» La elegía, así llamada de los versos pentámetro—*elegos*—y exámetro—*epos*—de que se componía, ofrece algunas muestras de lirismo heroico. En odas elegiacas de alientos bélicos y pa-

(1) Véase la pág. 433 del tomo LVIII.

trióticos hay que buscar ejemplos del carácter que perseguimos.

Calino de Efeso, siete siglos antes de J. C., excita á sus conciudadanos, indecisos y débiles, á luchar contra los bárbaros cimerianos y treros. Esta ardiente y sentida elegía pertenece, según algunos críticos, toda ó la mayor parte el famoso Tirteo, contemporáneo de Calino.

¿Hasta cuándo en vil ocio? ¿Tan sufridos
será, mancebos, que la Grecia os vea?

¿Cuándo alzaréis los ánimos caídos?

Ya la comarca toda que os rodea
tiene Mavorte, ¿y la quietud infame
pensáis ilusos que guardada os sea?

A las armas volad, la trompa clame;
quien no combata hasta dejar la vida
que sufra la deshonra y vil se llame.

Esta elegía se llama canto IV de los de Tirteo en la reciente colección de líricos griegos, traducido por Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga-Argüelles y Castillo y Ayensa, que ha publicado la Biblioteca clásica de Luis Navarro.

Los otros del poeta de Afidne son: 1.º La Eunomía llamada también Legalidad, Politeía, ó constitución; 2.º, 3.º y 4.º cantos animando el valor de los lacedemonios.

En la colección citada no aparece la Eunomía. Este es su origen y argumento. Los espartanos habían perdido ó abandonado las tierras conquistadas en la Mesenia, y pedían con revolucionaria agitación una nueva repartición agraria, añadiendo esta dificultad á las dificultades de la guerra con los mesenios. Tirteo, en su elegía, pinta el origen divino de la constitución espartana, fundada por Zeus, que entregó la dominación á los Heráclidas: el oráculo de Delfos, con suma equidad, repartió el poder entre los reyes, los ancianos del Consejo y los hombres de Demos, en la asamblea popular. No convenía alterar la vida legal de Esparta, sino adquirir grandes riquezas en la lucha con los mesenios, y con sus

pingües despojos restablecer y elevar la prosperidad y grandeza de la república.

Esto predicó en la Legalidad á los espartanos el poeta elegiaco, y ganó la batalla calmando los espíritus. Lacedemonia, con el acero y la lira, venció á sus enemigos. Píndaro, hablando de Lacedemonia, dice que «allí se ven consejos de ancianos, y de valientes guerreros con la pica en la mano, y coros, y cantos, y fiestas.»

El poeta ático se aprovechó de estas disposiciones felices. Y exclamó en su canto I (ó II si se cuenta la Eunomía):

¡Oh qué bello es morir por la querida patria!
Varón, en los combates fuertes,
con los primeros expondrás tu vida.

Tiene la oda elegiaca, después de ponderar el destino acerbo del fugitivo de su campaña natal, una parte verdaderamente técnica.

Mantén la fila y denodado hiere;
mantenla firme; oprobio á aquel cobarde
que á la fuga en la lid principio diere.

Pero este breve rasgo de tecnicismo no debilita el lirismo de esta valiente composición, el brío de sus expresiones y la viveza de sus imágenes.

Más consejos técnicos hay en la elegía que empieza:

Animo, raza del invicto Alcides,
mírate fausto Jove en su alta cumbre,
¿y tú salir al campo no decides?

Afirma enérgicamente que es indecoroso el cadáver con la espalda atravesada por el hierro, y añade:

No, que ignominia tal no te suceda.
Da un paso y ¡firme! Clávate en el suelo,
muérdete el labio y tu furor no ceda.

Aguarda el duro choque sin recelo:
un ancho y grueso escudo te defiende,
que de los dardos pára el raudo vuelo.

Pero la diestra mano es la que ofende;
blande tu lanza, y el penacho altivo
sacude, y corre, y las falanges hiende.

Con señalados hechos en el vivo
combate se acredita el buen guerrero,
y entre los dardos discurriendo activo.

Llega á las manos y descarga fiero
sobre algún enemigo el ancha espada,
y á tu campo lo lleva prisionero.

Y basta de citas, porque habría necesidad de copiar hasta el último verso si todo lo técnico de esta poesía lírica se hubiera de marcar y señalar. Este arte de mezclar el elemento científico con el poético sin daño alguno, solamente lo hemos observado, con admiración, además de Tirteo, en el moderno autor de *La Campana*.

El canto III es el siguiente:

No el de robustos pies, que la victoria
consiga en el luchar, nombrado sea,
ni de él se haga la menor memoria.

.....

Ensalza con entusiasmo la gloria del valiente en esta vida
y en la inmortalidad que logran sus hazañas.

Poesías estas llenas de fuego, enardecieron el corazón de los lacedemonios, y, aun extinguido el rumor de las guerras que inspiraron canciones tan fogosas, no fueron olvidadas por los agradecidos espartanos. Vencedores de los mesenios, declararon que debían la victoria al poeta-soldado Tirteo, y de sus cantos hicieron los himnos nacionales.

Cuando los guerreros espartanos se hallaban en campaña, ya que habían hecho la comida de la tarde y cantado el pean en honor de los dioses, recitaban las elegías de Tirteo, unas veces á coro, y otras á una voz sola. Si algún cantor se dis-

tinguía, recibía mayor cantidad de ración como premio de su habilidad filarmónica. ¡Tal era la modesta frugalidad del espartano!

Estos himnos no se cantaban en la marcha de las tropas ni durante el combate. Otros cantos gozaban de ese privilegio.

Arquilocó, que arrojó en una batalla el escudo para salvarse, se inspiró también en Marte. Los fragmentos de sus elegías no desmerecen de las ardientes de Tirteo y Calino. Pero su fama está unida á la sátira, que tan sangrientos recuerdos llevó consigo.

Un hijo de Esmirna, el autor de la primer elegía erótica, Mimnermo, se cita también por sus yambos amorosos más que por su elegía en honor de la victoria alcanzada en otro tiempo por los esmirnios sobre Giges.

Simónides (n. Ceos 556 a. de J. C., y m. Siracusa 467) es un poeta heroico. Suyo es el epitafio para los héroes de las Termópilas:—«Caminante, ve á decir á los lacedemonios que estamos aquí enterrados por obediencia á sus leyes.» Se han perdido todos los cantos de Simónides en elogio de los triunfadores en los juegos públicos. Se sabe que en ellos no tiene la rapidez lírica de Píndaro, por entretenerse en pormenores del triunfo. En el certamen con que se celebró la gran victoria de Maratón, ganó el premio en competencia con Esquilo. Una estrofa se ha conservado de la oda con que glorificó el heroísmo de Leónidas y de los trescientos espartanos. Nada subsiste de sus canciones á las grandes victorias de Salamina, Artemisa y Platea. Aunque Simónides vendía su musa, y á buen precio, su fama de poeta le ganó la amistad de Pausanias, de Temístocles y de los personajes de su época. Sin la pasión de Arquilocó ó Safo, sin la elevación ni los arrebatos de Píndaro, sin la nobleza de Esquilo, sin la vehemencia de Alceo, sobrepuja á todos en la admirable ductilidad de su numen poético, que se despliega en cánticos de duelo, coros de vírgenes, cantatas para bailes, peanes, himnos, epigramas y cantos de victoria.

Suyo es este elogio «De los que murieron en las Termópilas:»

De los que en muerte generosa y clara
 en los altos Termópilas cayeron.
 y venturosa suerte así tuvieron,
 se venera el sepulcro como un ara.

No le oscurecerá la edad avara
 que todo lo consume; y los que fueron
 capaces de un tal hecho, y tal pudieron,
 gozan una alabanza eterna y rara.

La religiosa tumba do hora posa
 de estos varones ínclitos la llama,
 que en lúgubre silencio y paz reposa,
 á una jamás precedera fama
 elevará la Grecia gloriosa
 doquier que el nombre de la patria se ama.

Es el fragmento indicado de la oda á Leónidas y á sus heroicos amigos.

Un sobrino de Simónides y también hijo de Ceos (472 a. de J. C.), Baquilides, de estilo parecido al de su tío, aunque de sentido moral menos elevado, compuso ditirambos, himnos y cantos de victoria, que ha devorado el tiempo.

La hazaña de las Termópilas fué evocada también por Parmenión, que vivió en el siglo 1.º de J. C.

Todo anuncia á los griegos su destino
 infausto y espantable,
 á este pueblo de héroes amenazan
 del persa las falanges.
 La tierra se estremece bajo el numen
 de tan temibles haces.
 Bajo sus mil bajeles poderosos
 Neptuno fué á ocultarse;
 bajo el polvo han quedado ya trescientos
 intrépidos mortales.
 Su gloria, su ambición, sus esperanzas
 con ellos también yacen.
 Inútiles barreras de la Grecia,
 oh montañas y valles,

turbulento oceano, para siempre
sonrojados os hallen.

También floreció en el siglo primero de la era cristiana Filipo de Tesalónica, y cantó el valor del héroe de las Termópilas:

Al gran Leonidas contemplaba Jerges,
á cien heridas muerto: con la púrpura
cubrióle, en vez de fúnebre sudario.

Airada aparecióse y tremebunda
del gran héroe la sombra: «de un cobarde
es tal ropa (exclamó); no es la armadura
de la fuerte Betona: de un escudo
haced que en el instante se me cubra,
porque al verme con solo este atavío
Plutón, llegando á su mansión oscura,
la patria en que nací luego conozca,
y que me dió Lacedemonia cuna.»

Otros muchos líricos griegos cantaron las heroicas virtudes de su patria; pero de sus canciones muy poco se puede añadir á las notas apuntadas. Como útil curiosidad, y en elogio de tan insignes poetas, vamos á cerrar este capítulo con la versión (hecha del griego por A. Lasso de la Vega) de

Los nueve poetas líricos de Grecia.

Boca sagrada de las bellas musas,
oh Píndaro; Baquílides,
locuaz sirena; y apacibles gracias
de Safo la infelice;
de Anacreonte los alegres himnos;
y tú, grave Stesícore,
que á las altas, homéricas corrientes,
llegar solo pudiste;
de Simónides versos deliciosos,

que en la memoria viven;
 el que la dulce flor segó discreto,
 la persuasión difícil,
 casi en temprana adolescencia, Ibico;
 espada, que temible
 en manos de un Alceo tantas veces,
 de los tiranos viles
 vertió la sangre por salvar la patria;
 Alcman dulce, sensible,
 cuya voz aseméjase en dulzura
 á las auras sutiles,
 á la voz de los dulces ruiseñores
 que cruzan los jardines;
 propicios sedme, pues: sédmelo todos,
 los que el estudio abristeis
 y cerrasteis después, donde del lírico
 brillara el arte insigne.

Y por cierto que no es esta la única poesía griega donde se nombra, con adecuados y laudatorios calificativos, á los nueve poetas líricos griegos más notable: otra breve composición recuerda á Píndaro, Simónides, Ibico, Estesicoro, Baquílides, Anacreonte, Alcman, Alceo y Safo.

XXXVII

CANTO LATINO HEROICO

Roma, conquistadora del mundo, en cumplimiento de la misión que le atribuyó Virgilio, ¡cuántos himnos de la guerra debió inspirar á sus vates, admirados de la soberana grandeza del pueblo-rey!

Hasta en los juegos infantiles se reflejó el entusiasmo marcial de Escipiones y Césares. Desde la edad de la inocencia, el clamor iracundo de Marte hizo latir el corazón de

los romanos. Vopisco tuvo el acuerdo de recoger dos cantares de baile, que, según Thcocio, solían cantar los muchachos en sus juegos bélicos, á saber: 1.º himno de guerra contra los sármatas, y 2.º himno (en rimas,—dato interesante para la métrica—)de la guerra contra francos y persas. Recomiendo uno y otro himno á los folkloristas.

En la época 2.^a de la literatura romana, aun las musas latinas en su infancia, Lucio Accio, ó Attio, escribió poesías celebrando las victorias del cónsul Décimos Bruto sobre los españoles.

Estos versos se inscribieron á la entrada de los templos y monumentos consagrados *ad hoc*.

Horacio, el lírico por excelencia entre todos los del Lacio, es también el autor de odas patrióticas y guerreras más insignes.

1) A Augusto (II del I).

Ya el Padre omnipotente
cubrió de nieve y de granizo el mundo,
y con su mano ardiente
batiendo el sacro alcázar sin segundo,
á Roma puso en un temor profundo.

Creyeron, prosigue, que volvía el siglo que anegó á las gentes en copiosas aguas. Mejor que ver al Tíber invadiendo las campiñas romanas, fuera volver el acero contra el parto feroz. Hecho ese estrago, ¿á quién encargará el Padre sumo curar tan largos males? Venid, pues, Apolo, anunciador de alegrías, Venus graciosa, Marte iracundo, y mirad por este pueblo. Y tú, á quien placen los alaridos y las celadas, tú descendiste de lo alto y te dejaste vencer de este bello joven.

Gustando de llamarte
de César vengador, oh joven claro,
al cielo, que es tu parte,
muy tarde vuelvas; y con gozo raro
des al romano pueblo eterno amparo.

.....

Ten por blásón honroso
 ser dicho padre y Príncipe extremado,
 y al medo belicoso
 no consientas correr en campo armado,
 sin la pena debida á su pecado.

2) A Clio (XII del I).

Invoca á Clio, y, en rasgos breves, celebra á Jove, á Baco, Febo, Alcides, Rómulo, Numa, Tarquino, Catón, Regulo... hasta parar en el César, que reina con Jove Saturnio, como segundo en poder. Una de las odas más líricas de Horacio.

3) Contra la guerra civil (XIV del I).

Esta sí que es oda patriótica. Alegoría de la nave lanzada al golfo: la traducción del hispano-americano Bello,

¿Qué nuevas esperanzas
 al mar te llevan? ¡Torna,
 torna, atrevida nave,
 á la nativa costa!

en ese fácil y gallardo romance corto, que recuerda el de Lope de Vega,

¡Pobre barquilla mía!

es una traducción manchada de conceptismo, indigno de Horacio y del mismo Bello en su época de madurez.

4) Profecía de Nerco (XV del I).

Más heroicas que la anterior. Se estudia aparte.

5) *Cælo tonantem...* (V del III).

Es de las más entonadas, y más en la traducción de Cienfuegos, que comienza:

Alzase Jove, y á su augusta planta
 truena el Olimpo retemblante. ¡El cielo
 es el trono del Dios! Pronuncia Augusto,

y á Britania y á Persia, omnipotente
en el imperio encierra.

¡César, César es Dios sobre la tierra!

6) A Druso (IV del IV).

Elogia al héroe en esta larga canción:

Así, Druso, del Alpe en las vertientes
guerrear victorioso

te vió el grisón y el bávaro selvoso.

.....

Y el consejo y la ingénita osadía
sus empresas corona

en los sañudos trances de Belona.

7) A Augusto (V del IV).

Ensalza la prosperidad de Roma, efecto del gobierno de
Augusto.

Nutren Ventura y Céres mieses blondas;
seguro el buey pausado
por ti pace en el prado;
seguro entre las ondas
por ti el mercader vuela
y de su buena fe nadie recela.

No ya el vicio el hogar casto inficiona;
del hijo, parecido
al esposo querido,
se engríe la matrona;
ley y costumbre enfrena;
compañera del crimen es la pena.

¿Quién los hijos de la hórrida Germania,
ni al medo enfurecido,
ni al escita aterido,
de la feroz Hispania
quién tomará la guerra,
mientras que César rija la ancha tierra?

A los olmos las vides enlazando,

para el labriego el día,
 en su grata alquería,
 y á su casa tornando
 en la mesa postrera
 reconocido tu deidad venera.....

8) A Augusto (XIV del IV).

Esta oda celebra las glorias guerreras del tiempo del César.

Ya al vindelicio agreste
 más de una vez terror tu nombre impuso;
 que al brenno con tu hueste
 y al germano feroz domeñó Druso,
 en las cumbres alpinas
 sus fortalezas trasformando en ruinas.

.....

A ti, de Roma grata
 numen visible y del potente estado,
 repetuoso acata
 el cántabro feroz no antes domado,
 el vagoroso escita,
 y el que en la Media, y cabe el Indo habita;
 y el fecundoso Nilo,
 ocultador de su primer venero,
 y el Danubio tranquilo,
 y el Tigris despeñado, y el mar fiero,
 que de monstruos hirviendo,
 en torno muge del britano horrendo...

9) A Augusto (XV del IV).

Canta la paz, la cultura, la riqueza de la época augústea.

Y vió cerrar de Jano
 el templo, siempre de contiendas lleno;
 con saludable freno
 de la licencia contener abusos,
 desterrar demasías,
 y puros renovar y antiguos usos...

Es más suave esta canción que la que le precede.

10) A los Romanos (VII, Epodos).

Breve y enérgica excitación á no luchar unos con otros. En castellano (traducción de Rafael Pombo) ocupa solo cinco cuartetos, y en el último expresa el vate la razón moral de aquellas intestinas discordias:

Así es, yo lo sé. Quiere el destino
que pague Roma la fraterna muerte.
La sangre que vertió golpe asesino
Dios sin cesar sobre nosotros vierte.

11) Al pueblo romano (XVI-ep.).

Se lamenta de ver á Roma despedazada por la mano de sus hijos...

..... la invicta Roma
hoy á su propio esfuerzo se desploma.

Generación impía, sangre consagrada al furor celeste, destruirá su propia ciudad. Sus cenizas hollarán los bárbaros vencedores.....

..... y aun los huesos de Quirino,
que aire ni luz hoy toca irreverente,
esparcirá ¡qué horror! su pie insolente.

¿Qué remedio? Huir lejos, muy lejos, como los focios, que abandonaron su ciudad á los jabalíes y lobos. ¿Hay otro camino?

¿Os place? ¿algo hay mejor?..... Nadie lo sabe.
Buen agüero, y con él á henchir la nave.

Pero conviene, antes de partir, jurar no volver nunca, regresando solo

cuando grata al león la grey se entregue,
y pez la cabra por las ondas juegue.

Hecho el juramento, huyan los que aventajen al vulgo:
quédense los que no saben esperar ni probar mejor fortuna.

..... Vos, en tanto,
que habéis virtud, no así como á mujeres
os apesaren pérfidos placeres.

Allende la orilla toscana, aguardan islas pingües, donde,
entre varios frutos,

..... la hueca encina
destila miel, y de los montes altos
el sonoro raudal descende á saltos.

Allí hay bienes en abundancia y clima templado...

..... que el Rey supremo
templa benigno el uno y otro extremo.

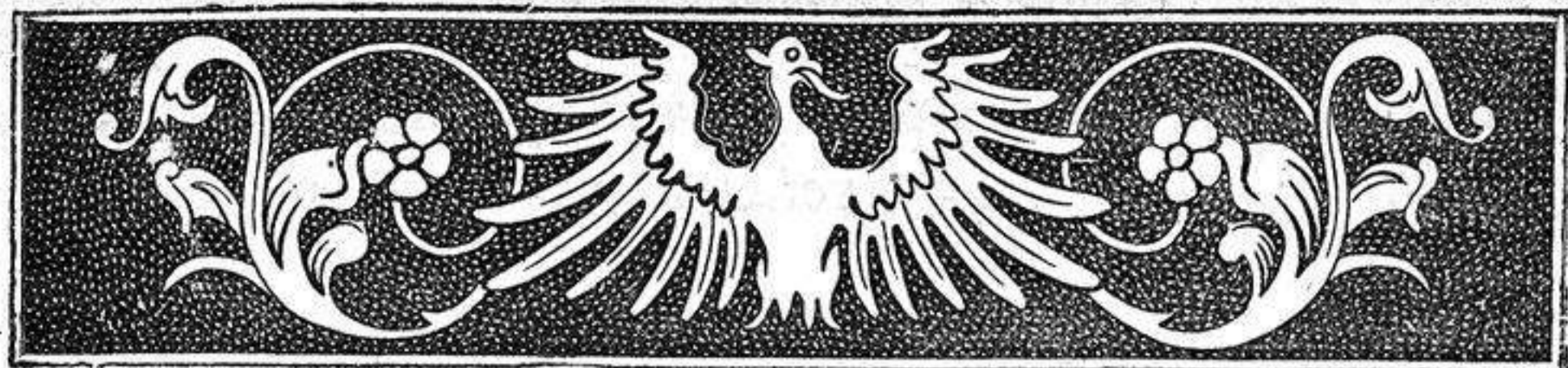
Los navegantes más atrevidos no han pisado aquellas pla-
yas venturosas. Júpiter las segregó del mundo para asilo y
morada de los buenos.

Pero creed al vate: allí os predigo
que aun se reserva al justo un dulce abrigo.

Leyendo esta bellísima canción, bizarramente interpreta-
da por Rafael Pombo, dan ganas de ir á aquella feliz Améri-
ca descrita por el venusino, y, saborcando tan hermosos ver-
sos, los que no gusten de Horacio, se le aficionarán de segu-
ro, y le encontrarán, una vez siquiera, vehemente, apasiona-
do, pintoresco, y hasta «moderno» y con vislumbres de...
«romántico.»

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Se continuará.)



EL LUJO

Y

SUS DESASTROSAS CONSECUENCIAS ⁽¹⁾

CAPÍTULO III

EL LUJO SOCIAL

§ I

PARA acabar de formarnos idea acerca de la noción del lujo no basta con su definición, es necesaria una explicación más extensa. Entiéndense como cosas superfluas ú objetos de lujo, las que no sirven para llenar un fin útil. Como quiera que el concepto de utilidad es sumamente vago, conviene aclararlo con algunos ejemplos. La comida, el vestido y la habitación son de todo punto indispensables para la conservación de la vida individual y social, y los gastos que ocasionan son reproductivos, pues reparan las fuerzas físicas y nos defienden de las inclemencias del cielo. Esto es lo útil, necesario y preciso. En cambio no reviste tales caracteres el

(1) V. la pág. 385 del tomo LVIII.

comer en vajilla de plata, vestirnos de seda y pedrería ni habitar suntuosos salones. Quien se dedica al cultivo intelectual necesita libros que le ayuden en su trabajo; el mercader, capital circulante; el industrial, herramientas; el labrador, instrumentos agrícolas, y á este tenor las demás profesiones. Esto no es lujo, puesto que satisface necesidades perentorias. Lujo sería, por ejemplo, más ó menos censurable, según la fortuna del que lo gastara, tener en un mueble riquísimo, de maderas incrustadas, libros profusamente encuadernados, así como sería vituperable siempre construir arados de plata y martillos de oro.

Cúmplenos ahora examinar la parte más delicada de la cuestión, que es la que se refiere á las Bellas Artes. ¿Deben ser éstas consideradas como objeto de lujo? A mi juicio no. Cierto es que su utilidad no salta á la vista de un modo tan claro como el de la satisfacción de las necesidades anteriores y cierto es también que los pueblos salvajes no las conocieron; mas no lo es menos que vienen á llenar grandes vacíos en el orden espiritual. Con la belleza se recrean nuestros ojos, y este purísimo deleite contribuye á perfeccionar nuestros instintos. Las obras de arte de que se enorgullecen las naciones, son uno de los medios más poderosos para la educación de los pueblos. Todas nuestras facultades se desarrollan con la contemplación estética. Nuestro corazón se abre para los sentimientos dulces; nuestra inteligencia adquiere mayor conocimiento de la naturaleza, en cuanto tiene de más agradable; nuestra voluntad nos inspira reglas de bien obrar antes desconocidas. En una palabra, se ensancha el círculo de nuestros actos psíquicos, dejándonos entrever horizontes ilimitados tras de los cuales está Dios, suprema belleza, verdad y bondad suma.

Pero esto no quiere decir que se haya de destinar el dinero á la compra de objetos de arte, con preferencia á cosas más urgentes. Las necesidades están escalonadas, y su satisfacción lo ha de estar también. El orden que entre ellas se observa es el siguiente: primero las materiales, después las económicas que nos proporcionan elementos de trabajo, y por último las estéticas que procuran al ánimo grato esparci-

miento. Sin aplacar las físicas, nunca pudo vivir el hombre; las económicas nacieron más tarde, y como coronamiento de éstas, las estéticas, tenidas al principio como un lujo, pero que hoy no deben ser consideradas como tal, so pena de condenar grandes adelantos. Es, pues, conveniente, y más que conveniente necesario, destinar parte de nuestro caudal á la satisfacción de las necesidades artísticas, cuyo gasto nos será compensado con creces; mas sólo en el caso de poder atender á la más apremiante. Sería chocante en extremo y daría muy triste idea del que esto hiciese, ver una casa con las paredes cubiertas de cuadros de Andrés del Sarto y Guido Reni, y esculturas de Alonso Cano y Montanés, mientras los dueños se estuviesen muriendo de hambre.

Alguna vez sucede esto, aunque por desgracia no es tan frecuente como lo que voy á relatar. Y digo por desgracia, contradiciéndome al parecer con lo que expresé más arriba, porque este desorden económico probaría al menos pasión por el arte, que es una de las que más ennoblecen al hombre, siquiera elevada al grado de monomanía. ¿Pero qué diremos de la afición extremada á las chucherías indignas de una persona seria, que ha desarrollado la moderna industria? ¿Qué del afán inmoderado de lucir costosísimos trajes, alhajas de gran valor y deslumbrantes salones, y de ostentar en la mesa sibaritismo refinado? Contestamos á todo esto que tan desmesurado apego y ostentación de los bienes, y un ansia tan desenfrenada de gozar de las riquezas improductivamente, insultando al pobre y llamando á la vez á gritos la miseria, son impropios de una sociedad que se dice cristiana; añadiendo, además, que la religión, la moral, la economía política y los principios más elementales de la ciencia sociológica, condenan de consuno tan impotentes muestras de una vanidad pueril y ridícula.

§ II

El erudito abate D. Lorenzo Hervás, en su *Historia de la vida del hombre*, capítulo II, del libro 5.º, zahiere el lujo de

su tiempo, simulando la resurrección de un español del siglo XIV, en elocuentes párrafos, de los que tengan mayor aplicación á las cosas del día.

Dice así: «Si el resucitado se acercaba á observar en sus creídos nacionales ó paisanos la fisonomía y las acciones, ¿las distinguiría ó conocería? Nada menos; pues que en su tiempo habría visto á las mujeres con su color natural; y ahora las vería llenas de afeites y colores postizos: antes habría visto á los hombres con caras de hombres y ahora los vería con caras de eunucos ó de mujeres. En éstas habría visto antes el pundonor y recato, el retiro y la compostura honrada en sus vestidos y acciones: y en los hombres, brío varonil, gravedad y aplicación á sus empleos; y ahora en todos vería ociosidad, desenvoltura y ligereza en hablar y obrar. ¿Los conocería por el metal de su voz? Sin duda alguna que no los conocería; porque al oír hablar á las mujeres con boca repulgada y voz desmayada, creería que eran de nación naturalmente perlática ó enferma. ¿Y qué disonancia le causaría el metal de voz de los hombres? Estos, por sus melindres y por su modo de hablar, le parecerían las mujeres de su tiempo.

»¿Los distinguiría por el idioma? No sé si los distinguiría. Ciertamente un español del siglo VI, oyendo hablar á sus nacionales, por el acento de las letras guturales los equivocaría con los árabes. Si el español fuera del siglo XV, oyendo hablar á sus paisanos, ignoraría el sentido de muchas palabras y expresiones de ellos, si no entendía el francés, inglés é italiano, á quienes deben su origen. Vería un esqueleto del antiguo idioma español en que la moda había introducido nuevas palabras, no para enriquecerle, sino para desterrar otras tantas nacionales; no para que las palabras introducidas correspondiesen á nuevas ideas, sino para que explicasen las antiguas.

«¿Conocería el resucitado á sus nacionales por el modo de tratarse, dándose á cada momento los vanos é hinchados títulos de excelencia, ilustrísima y señoría? En mi tiempo, diría, se usaba el título de meser (á mi señor), aún sonaba bien el de rico home (al que hoy se ha sustituido el de noble), y

por distinción particular, y debida á los hijos del Soberano, se les daban los títulos de excelencia é ilustrísima.

»Si el resucitado entrase en las casas de sus nacionales y los viese comer, ¿los conocería? ¿Cómo es posible que los conociese al ver en sus mesas tanta variedad de manjares y salsas á la francesa, á la china, á la malabarica y á la americana? Antes bien, en este caso, volvería á confirmarse en su primer pensamiento, juzgando que él había resucitado en un país en que todas las naciones del mundo, menos la española, habían concurrido.

»¿Y qué diremos, si observase bien sus costumbres, y su modo de pensar? Se puede juzgar que el resucitado, al ver y oír tantas cosas ni vistas ni oídas en su tiempo, quedaría confuso y atónito, dudando si la nación española había desaparecido del orbe terráqueo, y si en España había entrado á sustituirla una nueva nación, de que en su tiempo no había memoria, ni hacían mención Plinio, Mela, Estrabón, Tolomeo, ni otro geógrafo antiguo.»

§ III

Creemos que la mejor clasificación de los objetos en superfluos y necesarios, consiste en no asignar utilidad á los primeros y concederla á los segundos.

Se nos dirá, y es así, que las cosas menos útiles son las que tienen más valor; pero esto no prueba nada. Varias circunstancias influyen notoriamente en los cambios que experimenta la valuación de las cosas, singularmente tres, que son su rareza, lo difícil de adquirirlas ó elaborarlas y la influencia de la moda. Estas diferencias entre el valor útil y el inútil ó suntuario las distinguen los economistas con los nombres de valor en uso y valor en cambio. Podemos aclarar esto con algunos ejemplos. El agua, el pan, la carne tienen un gran valor en uso, mientras que su valor en cambio

es insignificante, comparado con el primero. Los metales, las piedras, telas y maderas preciosas tienen un valor útil casi nulo, puesto que sólo satisfacen una necesidad ficticia, al paso que su valor suntuario es excesivo, por las causas que hemos indicado escasean en la naturaleza, cuestan mucho de extraer ó de fabricar y se hallan favorecidos por la moda. Débese esta sabia clasificación que tanto facilita el examen de materia tan delicada, al insigne Adam Smith, creador de la *Economía política*.

Estudiando los objetos de lujo, vemos dos valores en ellos; el primero muy atendido, el segundo no tanto. Consiste el uno en su natural escasez y en los esfuerzos que hacen para obtenerlos y trasformarlos con fin artístico, hombres que ganan la vida honradamente dedicados á esos trabajos.

En las costas del mar de las Indias hay grandes criaderos de perlas, las cuales se encargan de pescar varios buzos robustos y vigorosos que llegan á permanecer cinco minutos debajo del agua. Todos mueren jóvenes, arrojando sangre por la boca y narices, síntomas evidentes de la enfermedad llamada hemoptisis. El capricho insensato de algunas mujeres vanidosas cuesta la vida á centenares de hombres llenos de fuerza y de salud. ¿No se podría dar á esa concreción calcárea el nombre de Haceldama ó precio de la sangre? ¡Ah! Ya sabían lo que se hacían los árabes al poner á la entrada del mar Rojo la poética denominación de Bab-el-Mandeb, que significa Estrecho de las lágrimas.

El segundo valor de las cosas suntuarias es aún menos justificable, porque aumenta incesablemente sin más razón que la demanda grande que se hace de ellas. El trabajo del buzo mencionado y el del bracero ocupado en las minas de oro, se empleará en fines más ó menos económicos, pero es trabajo lícito, y por lo tanto, respetable. Pero el que todos se disputen lo que ha de servir no más de mera ostentación, es digno de censura. Si de común acuerdo nos propusiéramos menospreciar los objetos suntuarios, los que con ellos especulan, serían más moderados en sus pretensiones, y acaso muchos se dedicaran á más productivas industrias. Entonces se pagaría sólo la rareza, los esfuerzos de adqui-

sición y la mano de obra, disminuyendo en gran manera el lujo.

Considerando atentamente la esencia de las piedras y metales preciosos, tropezaríamos con grandes decepciones. El diamante sólo se diferencia del carbono en la distinta proporción atomística; la perla es una especie de grano ó excrecencia de ciertas conchas; la esmeralda es un silicato de aluminio, y las demás piedras preciosas pueden reducirse á combinaciones de minerales de valor escaso ó nulo. El oro y la plata, se me replicará, son cuerpos simples é irreductibles por lo tanto, mas no por eso valen más en uso, pues salva la utilidad que les presta la moneda, sus aplicaciones son bien pocas. Puede asegurarse, sin temer á ser desmentidos, que en la balanza de la industria moderna pesen mucho más el hierro y el carbón de piedra que el oro y el diamante.

§ IV

Muchos economistas ponen gran empeño en dar al lujo carácter relativo, siendo así que es una idea absoluta, que representa la ninguna utilidad de la cosa suntuaria. Dije páginas atrás: «el lujo de ayer es necesidad hoy, y el lujo de hoy será necesidad mañana;» pero fué en el sentido de que la órbita de acción del hombre se ha ido ensanchando en cuanto á las necesidades, no refiriéndome á lo que sólo sirve para realizar ensueños de ilusoria grandeza, no aumentando ni un ápice nuestra comodidad, nuestras fuerzas, ni nuestros adelantos. El lujo es vituperable siempre, siempre improductivo, siempre ruinoso.

Esto no impide que cada uno coma, vista ó habite conforme á sus medios de acción, marcándose de esta manera su diferente condición ó clase. El decoro y la decencia imponen reglas tanto más estrechas, cuanto más alta está la persona en la esfera social. El labrador, el artesano, el fámulo no han de llevar los mismos trajes que el hombre de carrera, el co-

merciante, el propietario y el revestido de alguna autoridad. Admitir lo contrario sería introducir una gran confusión y una perturbación económica muy sensible. Esto sucede ahora en que todos quieren parecer señores y aparentar más de lo que son en el vestido, por más que coman pésimamente y aunque vivan en una miserable buhardilla. Lo que sería gasto prudente en unos, es derroche lamentable en otros y trae por lo común funestas consecuencias, sin alcanzar el resultado apetecido, pues la educación, los modales, no se improvisan. Mas no por esto es el lujo idea relativa, no; el lujo es siempre el consumo improductivo, por más que si un vestido liso de seda es lujo para el pobre que se muere de hambre, lo es para el rico que tiene saciadas sus necesidades perentorias uno bordado y cubierto de pedrería.

¿Cuáles son las causas del lujo? Las hay de dos clases, de orden individual y de orden social. El móvil más poderoso que en particular nos inclina al lujo, es la vanidad; sentimiento, como se ve, pueril y pequeño é indigno de hombres formales.

Pase que el salvaje del Africa Austral, de las selvas americanas ó las islas de Oceanía, mire como objetos extraordinarios las cuentas de vidrio ó las telas de vivos colores. Lo que no se comprende es que personas que se tienen por ilustradas, se contenten con cualquier chuchería, como fajas, bandas, placas *et ejusdem furfuris*. Bien dice D. Melitón Martín, que los hombres son unos niños grandes.

La causa social del lujo puede indicarse por la ley que regula el trabajo productivo, cual es la de la concurrencia aplicada al consumo. Así como en la producción y distribución de la riqueza se establece una lid honrosa cuyas consecuencias suelen ser la baratura de los productos y la perfección de los servicios, en el gasto inútil se origina igual competencia, cuyos resultados son por demás desastrosos. Inicia la moda en una de sus caprichosas vueltas un vestido extravagante y costosísimo, que comienzan á usar las clases de posición más favorecida, y al poco tiempo se extiende por la sociedad como mancha de aceite, llevándolo ya hasta las personas de inferior condición. Esto sucede con todas las

prendas de vestir, desde la cabeza á los pies, con el peinado, muebles y costumbres suntuariás. Como es natural, unos pueden cómodamente seguir esas innovaciones; mas hay otros, y son los más, á quienes cuestan bien caras.

Hemos examinado rápidamente las causas que ocasiona el lujo, condensando las principales en dos, como son la vanidad y el deseo de igualar á los que tienen mayores medios. La primera causa es la que da origen á la aparición de este hecho antieconómico, y la segunda, la que contribuye á su gran difusión. Si desapareciera esta última y cada cual se contentara con lo que por su altura social le corresponde, sin envidiar á nadie, no diremos que se borrara para siempre el nombre de lujo, ya que la vanidad es innata en el hombre, pero amenguaría muchísimo, quedando como un incendio reducido y localizado.

§ V

Pasemos á tratar de las consecuencias del lujo. Éstas hemos también de considerarlas en el individuo y en la sociedad, y dentro de ésta en las clases consumidoras por excelencia y en las clases productoras. Los efectos individuales del consumo suntuario son económicos y morales.

Efectos económicos. Pueden expresarse por medio del siguiente dilema: ó el consumidor tiene lo suficiente para atender á lo más perentorio, que son las necesidades materiales, industriales y estéticas ó aun prescindiendo de estas otras últimas, ó no lo tiene. En uno y otro caso son sumamente desastrosas.

Si carece de lo necesario, salta á la vista que el desorden económico será mucho mayor, porque mermadas las fuerzas del trabajador por una alimentación insuficiente, se resentirá su salud y padecerá la producción por lo tanto, aparte del cuantioso déficit que advertirá en sus fondos. La angustia y el desaliento se apoderarán de su ánimo al ver que se halla

en la pendiente de la ruina y la miseria. Un obrero con cuerpo enfermo y con alma enferma también, ved ahí las terribles consecuencias del lujo.

Si del que carece de todo pasamos al que nada en la abundancia, observaremos en mayor escala al mismo fenómeno. Figurémonos un potentado criado en la holganza y entregado á los vicios, con palacios adornados profusamente, ricos carruajes y espléndida mesa, servido por multitud de criados y adulado por varios amigos, liberales con la hacienda ajena. Dan grandes fiestas y saraos, banquetes ruinosos y cenas á lo Lúculo, derrochando en una noche toda una fortuna acumulada en largos años de vigiliias y privaciones. Si supieran lo que cuesta ganar el dinero, á buen seguro que no harían tan criminal ostentación. ¿Sabéis cuál suele ser el fin del que, así desconoce los más vulgares principios de la economía política? Pues es bien sencillo. El sastre, el ebanista, el tapicero y demás industriales, contando entre ellos el usurero si se quiere, se enriquecen á su costa, y el fastuoso Epulón, el pródigo Creso, el Anfitrión incorregible, pasa el resto de sus días en la más oscura estrechez y perseguido por los acreedores. Y esto es muy obvio: cuando los gastos son superiores á los ingresos ó éstos son nulos, se camina á la bancarrota. Si ganas cuatro, gasta dos y ahorra otros dos; esta es la regla prudente y salvadora.

Se me pueden hacer dos objeciones. Primera, el rico hace bien en gastar, pues así se desarrolla la industria. Este es un grave error patrocinado por eminentes estadistas. No constituye adelanto ni aumenta el bienestar de una nación el incremento de las industrias que elaboran objetos de lujo, sino el de aquéllas que se dedican á satisfacer necesidades urgentes. Segunda objeción: ¿en qué ha de emplear sus riquezas el opulento que tiene satisfechos sus menores caprichos, como no sea en hacer ostentación de su poder? Aún nos parece más deleznable este argumento. ¿El rico se alimenta bien, viste bien, se rodea de comodidades? Convenido. ¿Por qué no ahorra para el día de la adversidad? ¿Por qué no adquiere libros que le ilustren ú obras de arte que le eduquen? ¿Por qué no compra tierras ó fincas que aseguren

el porvenir de sus hijos? ¿Por qué no crea industrias nuevas en el país ó protege las existentes? ¿Por qué no hace limosnas á los establecimientos benéficos? ¿No sería preferible todo esto á arrojar las riquezas, según dice la locución familiar, por la ventana?

Efectos morales del lujo en el individuo: se manifiestan de un modo negativo y de un modo positivo. Consisten negativamente en sustraer al bien muchas fuerzas y facultades. Se advierte en el hombre, dado el boato, cierto decaimiento en la parte ética, un sentido moral muy elástico, una indiferencia punible y un olvido completo de los móviles generosos que impulsan hasta el heroísmo á los corazones nobles y honrados. Despiértase la codicia y se marca la utilidad como fin de nuestras acciones. Prepondera el egoísmo y no se presta servicio alguno con desinterés. Flaquea la fe religiosa, pues sólo se cifra la ambición humana en poseer grandes riquezas, gozar y divertirse. En la parte moral positiva aún se ven más á las claras tan tristes consecuencias. En el hombre, el engaño, la estafa, la trampa y el juego, como medios inmorales de adquisición, y por remate el cañón de una pistola y una familia sumida en la miseria; en la mujer, la deshonor y la prostitución, el desprecio social, y para postres la cama de un hospital y el grito atronador de la conciencia. No se crea que estas líneas son vanas declamaciones ni fantasmas poéticos; son una copia muy pálida de la realidad.

Aumenta el pauperismo, el vicio en todos sus aspectos y los crímenes más inconcebibles, como el infanticidio y el suicidio, debiéndose tan fatales resultados que la moralidad deplora á la extensión desmesurada del lujo. Vence una letra de cambio, que el comerciante no puede pagar, y antes de quedar deshonrado, se da la muerte. ¿Y por qué no tiene fondos en su caja para satisfacer aquel crédito? Porque acometió empresas temerarias, á causa de que los gastos de recreo ó tal vez viciosos absorbían su capital.

Las consecuencias sociales del lujo han sido muy discutidas por los economistas, dándoles diferente solución. Para algunos, el lujo es la exuberancia de vida económica, producto de la paz y del regalo y estímulo de las industrias.

Para otros, y son los más, el lujo es un ídolo de oropel cuyo brillo no ciega; pues esconde gran podredumbre, y es germen de pobreza moral y física. Creemos tenga más razón Say al estudiar unidos el lujo y la miseria, que Hilangieri cuando dice «que el lujo no corrompe las costumbres, sino que las costumbres corrompen al lujo.»

No sólo la sociedad en general experimenta los terribles efectos del lujo, sino que también se hacen éstos sensibles á las diversas clases. Ricos y pobres participan de su maléfica influencia, ya considerados individualmente, ya en colectividad.

Para las clases ricas es la magnificencia un incentivo poderoso que les mueve á los placeres y á la ociosidad, desarrollando en ellos los más vergonzosos apetitos. Todas sus aspiraciones se cifran en gozar, como si fueran habitantes de Sibaris ó de Sodoma. Con tener bien abastecida su mesa, toda clase de diversiones, y un amor más ó menos puro á quien consagrar, ya están satisfechos. La vida de café que hoy se hace en las grandes capitales, imitada por los pueblos con su multitud de casinos, contribuye á animar el cuadro.

¿Cuáles son los resultados de tan manifiesto desorden? Aparte de los que hemos asignado al individuo, son los principales un hastío profundo, un continuo desasosiego, tibieza religiosa, la mala fe y el egoísmo triunfante, y disgregada la familia. Cunde por doquiera la desmoralización, revistiendo forma de escándalo.

A las clases productoras ataca el lujo por distintos caminos. En primer lugar, el gasto excesivo de cosas inútiles encarece las necesarias, que á veces se adulteran produciendo enfermedades, ya que es el fraude el que rige la sociedad. Entonces, el poder es víctima inocente de la general disipación. Pero ¿y cuando es él un factor importante del lujo? En ese caso, se crea necesidades que no puede satisfacer, las que le impulsan á la mendicidad ó al robo. Uno de los efectos más fatales que esta preocupación social acarrea al obrero, es el de que mata el ahorro, esa fuerza viva, esa palanca de Arquímedes de la clase trabajadora. En resumen, produce el

lujo incalculables perjuicios morales, religiosos y económicos al individuo pobre y al individuo rico, á las clases superiores y á las clases inferiores, y en una palabra, á la sociedad entera.

CAPÍTULO IV

EL LUJO EN LA HISTORIA

§ I

Nada nos demostrará mejor la influencia social del hecho antieconómico que analizamos que una rapidísima ojeada histórica. Los imperios de Oriente, asirio, meda y persa se entregaron al más desenfrenado lujo. Nínive, Babilonia, Ecbatana y Persépolis eran ciudades populosas notables por su magnificencia. Los trajes y las habitaciones respiraban ese fausto que hemos convenido en llamar asiático. Fácilmente se comprenderá que aquellos naturales de imaginación exaltada sólo se saciaban con suntuosos vestidos de seda adornados de piedras preciosas, con alfombras y tapices de alto precio y olorosos perfumes. Y sin embargo, la gran masa de la población yacía en la mayor servidumbre y miseria, contraste muy común por desgracia.

Un puñado de trescientos hombres detuvo en las Termópilas la inmensa mole de las tropas de Jerges, y el pequeño ejército griego los derrotó en Maratón, Platea y Salamina, en donde sólo resistió la nave de la Reina Artemisa, por lo cual se dijo «que en aquella ocasión los hombres habían peleado como mujeres y las mujeres como hombres.»

Lo propio que en las naciones grandes, sucedió en las pequeñas. Creso, Rey de Lidia, cuyas riquezas se han hecho proverbiales, que tenía carrozas de marfil, tiradas por leones, y vajilla de metales preciosos, fué vencido por el joven Ciro, de costumbres más rígidas. El Reino hebreo llegó al colmo

de su prosperidad en tiempo de Salomón, cuya ostentación es bien conocida, tanto en la construcción del templo de Dios como en la de su palacio; y al ocurrir su muerte, sobrevino la división de la Judea, aclamando unas tribus á Roboam, hijo del Rey sabio y desconociéndole otras.

Los griegos en un principio, y especialmente los espartanos, aleccionados por Licurgo, habían sido parcos en sus aspiraciones y moderados en sus gastos; presto cayeron en la disipación más censurable. Es verdad que el lujo helénico revistió, como su religión y todos sus actos, un carácter artístico, mas no por esto sus efectos fueron menos desastrosos. Un pueblo más atrasado, pero más varonil, el macedónico, los dominó, y toda la elocuencia de Demóstenes, no pudo sustraerles al yugo de Filipo.

§ II

Roma, la nación sintética que condensa en sí á todas las del mundo antiguo, se distinguió en sus comienzos por el patriotismo, la sobriedad y las virtudes heroicas. Horacio Coclés defendiendo él solo el paso de un puente contra infinitos enemigos; Mucio Escévola quemándose la mano que erró el corazón de Porsenna; Junio Bruto condenando á sus hijos; Cincinato regresando á su huerta, después de haber vencido á los volocos; Lucrecia dándose muerte por no haber podido resistir á Lucio Sexto, y Virginia, sacrificada por su padre, son los grandes ejemplos cívicos que nos presenta la República romana. Pero bien pronto se fueron maleando las costumbres.

La antigua aristocracia, al quedar sin poder político, no perdió por eso sus tierras y esclavos, agregándosele bien pronto la aristocracia militar, debida á las grandes conquistas. Acostumbróse el pueblo á ver entrar en Roma á los Reyes vencidos acompañando el séquito de los Generales ven-

cedores, y se dió á la molicie, el ocio y los más degradantes vicios.

Todas las clases se vieron envueltas en la perversión general. Las aspiraciones de la plebe se encerraban en la célebre frase *panem et circens*; las de los patricios eran aún más criminales. Los nobles sólo ansiaban alcanzar el gobierno de alguna provincia para dejarla por completo esprimida. Los ejemplos de Verres, en Italia, de Galba, en España, y de otros muchos, son bien elocuentes. Tanto estos nobles como los que permanecían en Roma, vivían en orgía continua. Solían reunirse en las termas ó baños públicos, sitios en donde se pactaban las mayores iniquidades. Las cenas de Lúculo se han hecho famosas por los miles de sextercios que en ellas se gastaban y porque de allí no salía ningún convidado que pudiera tenerse en pie. En semejantes banquetes se tomaban sustancias que provocaran al vómito por poder empezar de nuevo. Llevábase el refinamiento hasta la crueldad, habiendo romanos que arrojaban sus esclavos á las murenas para que su carne fuese más sabrosa.

Como consecuencia de esto, se extendió la inmoralidad de un modo alarmante. El incesto y el adulterio cundieron por doquier, perdiéndose por completo el ejemplar de la primitiva matrona romana, tan severa y tan digna. Ya no hay Porcias, ni Cornelias; todas son Mesalinas y Julias. Desarrollóse la aversión al matrimonio, no contenida por las leyes de Augusto, y fomentada por el repudio y un vicio repugnante contrario á la naturaleza.

Habíanse rebajado tanto los caracteres, que Catón de Utica, no obstante dedicarse á la usura, fué tenido como «el último romano.» Y eso que al morir destruyó de un solo golpe todas sus doctrinas, exclamando: «Virtud, eres una vana palabra.» Claro es que, obrando y hablando de ese modo se preparaba convenientemente el terreno para la monstruosa y sangrienta tiranía de los doce Césares prototipo de maldad y estupidez.

Los poetas reflejan tan lamentable estado. El dramático Plauto, con sus liviandades y el poco respeto con que saca los dioses á la escena, nos da muestras muy claras de la gran

perversión y el no menor descreimiento de aquella edad. Verdad es que ya había pasado la época de las apariciones de Cástor y Pólux en los combates, pero en cambio se creía en agüeros, achaque común de las sociedades ateas y que acredita en nuestros días el espiritismo.

Conviene advertir que en el teatro romano, ninguna parte cabía á las mujeres, ni como actrices, ni como público, formando sólo parte de este último, las vestales junto á los senadores y las *detaire* entre el populacho, es decir, los dos puntos extremos de la escala femenina, el de la pureza por voto religioso y el de la incontinencia.

Del contagio inmoral, sólo se salva entre los vates, Virgilio, á quien Roma entera daba el nombre de virgen, si bien dejando alguna lana entre las zarzas de sus Églogas que á veces nos disuenan traducidas por Fray Luis de León. En cuanto á los demás, no tienen desperdicio. Horacio con su moral acomodaticia; Marcial y Catulo, con sus picantes epigramas; Tibulo y Propercio, con sus alusiones harto transparentes, y sobre todos ellos, el cínico y desvergonzado Ovidio, á quien hizo muy bien Augusto en desterrar al Ponto, por sus bellaquerías, acusan una decadencia en los sentimientos generadores de la sociedad que asusta y da lástima al mismo tiempo. Los poetas satíricos Juvenal y el citado Horacio, atacan, éste con dulzura y aquél con rudeza, tan capitales vicios, mas para ello tienen que revolver un cieno que exhala pestilentes olores.

El Imperio romano, después de muchas alternativas, se fraccionó en dos, el de Oriente y el de Occidente. Dejemos el primero entregado á sus luchas intestinas, y ocupémonos del segundo. Este se hallaba puesto en gran aprieto por los ataques de los bárbaros, y gobernado por Príncipes débiles y favoritos ambiciosos, resistía más con los regalos que con las armas á los invasores, alguno de los cuales llegó á vestir el manto imperial. Por fin, en 476 desapareció para siempre aquella sombra de poder á manos de Odoacro, Rey de los hérulos, juntando el último Emperador, por un raro capricho de la suerte, los nombres de los fundadores de la ciudad y del Imperio.

Los pueblos que vinieron á sustituir á los romanos, en la dominación de los diversos países de Europa, como visigodos, astrogodos, francos, sajones, lombardos, etc., eran de costumbres sencillas, poco dados á la ostentación y de cultura inferior á la romana. Mas gracias á su sobriedad, eran fuertes y valerosos, demostrando en todos sus actos su educación guerrera. Si á esto se añade el haberse infiltrado en ellos las máximas cristianas, se comprenderá fácilmente que lo que en el orden material aparecía como retroceso, en el orden moral era adelante marcadísimo. Estas naciones, nómadas en su origen, aliadas con el elemento latino más ilustrado, son las antecesoras de los actuales pueblos que hoy van á la cabeza de la civilización.

§ III

En España también se observa, registrando su historia, que á períodos de esplendor y de lujo, siguen otros de decadencia y barbarie. La raza romana, debilitada por el ocio y los placeres mal llamados de la paz, pues debieran llamarse del vicio, se rindió al poderoso empuje de los visigodos, vándalos, suecos y alanos; y en la repartición del botín cupo la mejor parte á los primeros, que acabaron por enseñorearse de todo el país. Bien pronto cayeron los godos en el defecto de los romanos, que los condujo á su ruina.

La institución real electiva entre ellos se rodeó de honores y aparato, tendiendo á su estabilidad, hasta el punto de que los últimos Reyes fueron casi hereditarios. El clero adquirió gran preponderancia, en especial por satisfacer los escrúpulos de legalidad de los usurpadores. Los nobles usaban trajes de púrpura y diademas de oro, trocado el espíritu batallador en ansia de riquezas y goces, afeminación y sensualidad. Atestigua el grado de perfección de los godos en las artes suntuarias, el tesoro de Guarrazar, ó sea la colección de coronas pertenecientes á Sisebuto y otros Reyes encontrada en dicho pueblo de la provincia de Toledo.

Dice el padre Mariana en su historia: «El Rey desde un carro de marfil vestido de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los Reyes godos tenían cuando entraban en batalla, habló á los suyos en esta manera, etc.» Claro es que quien iba de este modo á la guerra caminaba á una derrota segura.

Así sucedió, en efecto, aprovechándose Tarik con los árabes de una victoria que les hizo dueños de España. Después de ocho siglos de tremenda lucha, los descendientes de los godos é hispano-romanos volvieron á arrancarles la presa. Es de advertir que el lujo había enervado á los árabes y la lid fortalecido á los cristianos.

§ IV

Otros muchos ejemplos pudiéramos traer aquí, relativos á la influencia fatalísima que en todos tiempos y países ha ejercido el lujo. Por ahora nos contentaremos con añadir á los citados el patente y no muy lejano de Francia. Era ésta en el reinado de Luis XIV la nación más poderosa del mundo; respetada en el exterior, rica y floreciente en el interior, había llegado á ser árbitra de los destinos de Europa, gracias á la fortuna de sus Generales y á la sagacidad de sus diplomáticos. Sin embargo, entregóse en demasía al lujo y á los goces sensuales, apurando hasta las heces la copa del festín de Babilonia. Los Reyes precedieron á su pueblo en la inmoralidad, satisfaciendo como brutos las más innobles pasiones. Cortesanas sin pudor rodearon su trono, como La Valliere, la Montespan, la Maintenón, la Pompadour y otras muchas, dándose con ello un escándalo continuo, no frecuente por fortuna en España, cuyos Monarcas han sido más cautos en tales ocasiones.

La clase patricia, no era más arreglada en sus costumbres, cubriéndose, en sus fiestas del grande y el pequeño Trianón, la más desenfrenada lujuria con el nombre de galantería.

No estaba la Iglesia francesa en un grado mayor de perfección. Aduladora humilde del poder real, vió relajada su disciplina, quebrantadas sus tradiciones y aflojados sus vínculos con Roma. Aún se conserva en nuestros días el recuerdo del abate francés de aquella época, tipo ridículo y caricaturesco, vano, ambicioso, interesado, casi ateo, ligero hasta la insustancialidad, profano hasta el vicio, metido en los retretes de las damas, teatros y tertulias. El pueblo mientras, gemía en la opresión y en la miseria.

En los Estados generales de 1789, separóse el elemento popular de los dos anteriores, constituyendo la Asamblea nacional. Esta nueva retirada de los plebeyos al monte Aventino, fué la señal de la revolución. Estallaron los odios, reprimidos por largo tiempo, y no se respetó ni lo más sagrado. Matar nobles y sacerdotes y quemar palacios, iglesias y castillos eran las empresas que se proponía la terrible sociedad de los Pancobas, que tan bien nos describe Dickens. Los excesos de los grandes disculpan, ya que no justifiquen, las venganzas de los pequeños.

§ V

El fruto que hemos de sacar de nuestra breve excursión histórica puede contenerse en la siguiente proposición:

«Todo pueblo que se da en demasía al lujo y á los vicios, encierra en sí grandes gérmenes de ruina. En castigo de su trasgresión de las leyes económicas y morales, ó sufre el yugo de otra raza más sobria y civil, ó frecuentes discordias interiores, grandes cataclismos trastornan su manera de ser.»

A quien nos diga que estas razones son hijas de la fantasía ó del sentimiento y que no debe haberlas en cuenta el estadista al gobernar á las naciones, le invitaremos á que abra al azar el libro de la Historia. ¡Cuántas enseñanzas no hallaría en sus páginas! ¡Cuán terribles ejemplos! Uno de los más notables, lo hemos indicado ya, es la rápida conquista

de España por los árabes. Causa asombro que un país tan extenso y de accidentes tan variados, que costó tantos siglos á los romanos de sujetar, y que los godos, con ser una raza, por esencia, guerrera, y haberlo invadido en el siglo V, hacía escasamente cincuenta años que lo habían dominado por completo, fuera enseñoreado por los árabes, salvo los ingratos riscos de Asturias en menos de un lustro. Varias causas influyeron en este resultado, como la viciosa Constitución electiva de la monarquía, la no asimilación de los elementos romanos, el apoyo que prestaron los judíos á los invasores, y la división de los visigodos; pero ninguna en tan gran escala como el estado de laxitud moral en que el ocio y los deleites habían colocado á los próceres godos.

Iban á la batalla como á un convite, cubiertos de oro y pedrería y perfumados los cabellos; peleaban, no por defender su patria, sino por poner á cubierto sus riquezas de las asechanzas del extranjero. Y así no era dudoso el resultado. Cuando más bajo es el móvil que inspira nuestros actos, más lejos estamos del heroísmo y el valor. Los árabes combatían exaltados por el fanatismo; los godos abatidos y debilitados por la inacción y la molicie, sin fe que los sostuviese ni ideal que los alentase.

El lujo en sus trajes y en sus viviendas los había apartado de los hechos heroicos, de las altas y nobles acciones, despertando en sus pechos la codicia y la ostentación.

Es muy agradable entre el festín y la orgía entregarse al más desenfrenado sensualismo; mas luego, cuando el enemigo invade la patria, cuando resuena el clarín bélico, se huye cual miserables hembras.

En la Historia se ha repetido muchas veces el ejemplo de los visigodos.

Si de la Historia pasamos á la naturaleza, también ésta rechaza el lujo, puesto que si bien da á cada individuo lo necesario para su subsistencia y para atender á la propagación de la especie, no es pródiga más que en la apariencia. En todos sus actos, en los cuales se trasparenta la suprema inteligencia del Sér, hay orden, armonía, proporción, que es precisamente lo contrario del lujo.

Tampoco sancionan éste las Bellas Artes, donde, por regla general, la sencillez es norma de belleza. Tomando como tipo la arquitectura, ¿cabe, dentro de los órdenes clásicos, estilo más hermoso que el jónico? Pues se halla tan distante de la proligidad corintia y compuesta, cuanto de la severidad toscana y dórica. En una palabra, la Historia con sus ejemplos, la Naturaleza con sus armonías, el Arte con sus creaciones, condenan el lujo.

FRANCISCO DE P. VILANOVA Y PIZCUETA.

(Se concluirá.)





VARIEDADES



ENETRACIÓN DE LA LUZ EN EL AGUA.—Los señores Fol y Sarasín efectuaron varias experiencias á fines del año pasado, con el objeto de determinar el límite de la penetración de la luz al través del agua. En marzo último repitieron análogas experiencias á bordo del aviso *Albatros*, en las inmediaciones del cabo Ferrat. Se introduce para ello una placa de gelatinobromuro de plata á una profundidad dada en el aparato, que permanece abierto durante algún tiempo. Para preservar á la capa sensible de la acción química del agua del mar, se la cubre con un barniz. Las conclusiones obtenidas por los físicos antes citados, son las siguientes: que en marzo, y en el centro de un día despejado, se detiene la luz solar á los 400 metros de la superficie del mar Mediterráneo; que la dispersión de la luz solar producida por una ligera capa de nubes no ocasiona disminución notable en la profundidad á que llega en el interior del agua. Repitiendo los experimentos en el lago de Ginebra, se ha visto que por el verano apenas penetra la luz en el agua unos 30 metros más que los 200. á que próximamente alcanza en el invierno. A estos resultados agregan los Sres. Fol y Sarasín la observación que sigue: «Comparando—dicen—con las series de placas expuestas en el lago, la serie que hemos traído del Mediterráneo, choca su gra-

duación más lenta y regular. Esto hace sospechar, que mientras en el lago es la luz interceptada prontamente por capas profundas más ó menos turbias, en el Mediterráneo la absorción propia del agua pura es el principal, ya que no el único factor de la detención de los rayos solares.»

*
* *

OBSERVATORIOS DE LAS MONTAÑAS.—Desde que en 1845 se estableció el gran reflector de Lord Rosse, han notado los astrónomos que influye grandemente en el alcance y claridad de las observaciones la situación del telescopio, confirmándose, principalmente en la célebre expedición al pico de Tenerife, que importa mucho colocarse en sitio elevado para disminuir el espesor de la capa atmosférica que han de atravesar los rayos visuales. El doctor Smyth opina que el alcance del instrumento que usaba aumentábase en *treinta y nueve veces*, por el solo hecho de librarle del cuarto inferior de la atmósfera. En otros términos (puesto que la intensidad de la luz disminuye en razón directa del cuadrado de la distancia), que se sextuplicaba el alcance de la visión. A esto contribuyen el aumento de la calma del aire y su mayor transparencia.

En estos últimos años se han modificado notablemente los métodos y aspiraciones de la astronomía, hasta el punto de constituir una ciencia nueva que inquiere la *naturaleza* de los cuerpos celestes, al paso que la antigua sólo estudiaba sus *movimientos*. Quiérese averiguar de qué se componen el sol, la luna, las estrellas y las nebulosas; qué manantiales de calor poseen estos cuerpos; qué cambios se verifican en su sustancia, y qué vicisitudes han experimentado y están llamados á experimentar.

El estudio de la composición del sol y de la clase de procedimientos mediante los que se alimenta su inmenso gasto de luz y calor, forma hoy una ciencia aparte. Este estudio es siempre muy arduo para que no absorba todas las fuerzas de los que á él se dedican, y los problemas que trata de resolver son los fundamentales de la nueva astronomía física.

Todos convienen en la imprescindible necesidad de que las investigaciones solares se verifiquen á mayores altitudes que hasta ahora.

El espectroscopio y la cámara oscura son actualmente los principales instrumentos para las investigaciones solares, y los más expuestos á sentir la influencia de los vapores y ondulaciones de la atmósfera.

El profesor Young demostró las prodigiosas ventajas que ofrecen las altas altitudes para esta clase de trabajo, merced á los brillantes resultados que obtuvo con sus observaciones efectuadas durante el estío de 1872 en las montañas Pedregosas. Gracias á un trabajo perseverante de siete años, dicho astrónomo había formado una lista de 103 líneas ó rayas distintas, visibles por intervalos en el espectro de la cromósfera. En setenta días en Sherman (á 2.533 metros de altitud), elevóse aquella lista á 273. Y eso que el tiempo había estado bastante nuboso y el sitio (una estación del ferrocarril Unión Pacific en el territorio del Wyonig), no era de los más convenientes ni aun para un simple *reconocimiento astronómico*.

Para un estudio solar muy diferente, se organizó en 1881 la expedición del monte Whitney. El profesor S.-P. Langley, director del Observatorio de Alleghany en Pensylvania, se dedica desde hace mucho tiempo al estudio de las radiaciones emitidas por el sol; á este fin ha inventado el *bolómetro*, instrumento veinte veces más sensible á los cambios de temperatura que la termopila. Pero el espectro solar, tal como se le ve desde la superficie de la tierra, es muy distinto de como aparecería si pudiese evitarse la modificación atmosférica. Porque no solamente, en efecto, priva nuestro aire á cada rayo de una porción de fuerza considerable (pérdida total que se evalúa en 20 á 25 por 100 cuando el cielo está despejado y el sol en el cenit), sino que además obra de manera distinta con cada uno de aquéllos, velando á unos más que á otros, y alterando así su importancia relativa. Langley se ha propuesto evitar estas causas de error y reconstituir las cosas tales como en sí son, para lo cual cree que basta efectuar observaciones simultáneamente en la cúspide y en la base de una montaña elevada. Siendo conocido por medio del boló-

metro el efecto que una determinada capa atmosférica produce en la trasmisión de cada rayo diferente, basta un cálculo muy sencillo para eliminar los efectos restantes y obtener así un punto de observación extra-atmosférico.

Entre los principales resultados conseguidos por Langley en el monte Whitney (á 4.525 metros de altitud) de Sierra Nevada, merece citarse la enorme extensión que alcanzó el espectro solar en la región invisible por bajo del rojo. El primero que estudió estos rayos oscuros fué el capitán Abney, quien obteniendo una sustancia—el *bromuro azul* de plata—sensible á su acción química, pudo conseguir impresiones fotográficas de rayos que poseen la longitud de onda relativamente grande de 1.200 millonésimas de milímetro. Esto se aproxima mucho al límite que teóricamente estableció Cauchy para esta extremidad del espectro. Súpose, en consecuencia, no sin sorpresa, que el bolómetro señalaba efectos de calor absolutamente incontestables de vibraciones de la longitud de onda de 2.800.

Por otra parte, antiguas ideas han debido ceder su sitio á otras nuevas y mejor fundadas, deducidas de aquella fructuosa serie de investigaciones. El profesor Langley ha efectuado una nueva distribución de fuerza en el espectro solar. Los primeros investigadores colocaron el máximum de calor en la extensión oscura, situada por debajo del rojo; Langley lo traslada á un punto del anaranjado que coincide aproximadamente con el punto de mayor intensidad luminosa.

Europa no se ha quedado detrás de América en este movimiento. En 1882 se terminó un Observatorio astronómico, meteorológico y seísmico en el monte Etna, sitio muy notable por el gran horizonte que se descubre y lo despejado de su cielo. El profesor Langley, que permaneció veinte días en la montaña (en 1879-80) con objeto de determinar exactamente las ventajas de aquel sitio, ha deducido que un telescopio de dos pulgadas de abertura, situado sobre el Etna, deja ver tanto como uno de tres pulgadas en Inglaterra.

El Observatorio del Etna está á 3.282 metros de altura sobre el nivel del mar, y á 451 sobre el monasterio del San Bernardo. En su recinto contiene la famosa *Casa Englese*, en

que los viajeros acostumbraban pernoctar antes de concluir la ascensión del cono; ocupa un punto al abrigo de la lava. Los trabajos astronómicos se verifican desde junio á setiembre. Posee una ecuatorial de Merz de 35 centímetros de abertura. El objeto por excelencia del Observatorio es el estudio del sol, dedicándose también buena parte á la espectroscopia estelar. En este establecimiento son muy bien recibidos los astrónomos extranjeros que desean hacer observaciones, para lo cual hay dispuestos instrumentos y salas.

Ocho años han trascurrido desde que el General Nansouty, auxiliado por el ingeniero Vausselat, se estableció por el invierno en la cúspide del Pic du Midi. Llevóles allí el plausible deseo de aumentar nuestros conocimientos en meteorología, y en su amor á la ciencia han llegado á exponer bravamente sus vidas, sobre todo cuando estuvieron sitiados por las nieves durante seis meses. Resultado de esta aventura ha sido la creación en uno de los picos más altos de los Pirineos de un observatorio meteorológico permanente, que se estableció en 1881. Trátase ahora de aprovechar también esta estación para los estudios astronómicos.

El Almirante Mouchez, director del Observatorio de París, convencido de la urgente necesidad de un establecimiento suplementario bajo un cielo menos brumoso, encargó á los Sres. Thollon y Trépied que estudiasen la posibilidad de los trabajos telescópicos en el Pic du Midi. Habiendo permanecido en este punto desde el 17 de agosto al 22 de setiembre de 1883, dicen aquellos señores en una Memoria, que resume los resultados obtenidos, que nunca han visto nada tan maravilloso, ni aun en el alto Egipto. El sol se presentaba recortado en arista viva sobre un cielo azul oscuro, y tan débiles eran las trazas de difusión, que en su borde, se aproximaban sus condiciones á las de un eclipse total. Estas ventajas se confirman por el hecho de que en vez de la ocho líneas ordinariamente visibles en el espectro de la cromósfera, se revelan más de treinta en sólo sus partes verde y anaranjada. Hecho todavía más notable: percibíanse las protuberancias distintamente con sus formas, aunque debilitadas, sobre el disco mismo del sol. Además, en las mañanas de los días

19 y 20 de setiembre, fué visto Venus sin instrumento á dos grados del sol.

A consecuencia de esto, se resolvió instalar una buena ecuatorial en esta situación, á 2.849 metros sobre las agitaciones de la atmósfera inferior.

Para concluir: en las tres ramas principales de la astronomía moderna (física solar, espectroscopia estelar y fotografía), es indispensable el auxilio de los observatorios de las montañas.

*
* *

PUDRICIÓN SECA DE LA MADERA.—En una reunión de naturalistas y médicos alemanes, celebrada últimamente en Magdeburgo, el Dr. Poleck, catedrático de la Universidad de Praga, leyó una interesante Memoria sobre la vida de la excrecencia denominada «pudrición seca» ó *meritius lacrymans*, cuyos daños han adquirido terribles proporciones. Es indispensable conocer la historia de la vida y costumbres de este *fungus* para impedir que se propague, investigaciones que pueden servir también para explicar el hecho curioso de que mientras rara vez ataca á la madera de las construcciones antiguas, ha puesto en peligro la estabilidad de gran número de casas edificadas recientemente.

No se sabe dónde se produce primero, porque nunca ataca á los árboles vivos, y tampoco se le ha encontrado en los árboles que se pudren en el monte mismo. Al parecer, sólo se le encuentra en los entramados de las casas, principal, si no exclusivamente, cuando la madera es de pino ó pinabete. No es muy propio el nombre de «pudrición seca,» porque es preciso cierto grado de humedad y oscuridad para el desarrollo de los esporos. Estos dan origen á una serie de células alargadas que se extienden con prodigiosa rapidez, cubren la superficie de las maderas y de las paredes, y penetran en las fibras y células, produciendo una masa ligera y frágil.

La composición química del *meritius* no difiere de un modo sensible de la que tienen las excrecencias análogas. El agua varía de 50 á 70 por 100, y entre las materias secas hay 5

centésimas de nitrógeno y 5 de grasa. Aparte de los ácidos, hay una sustancia amarga é indicios de un alcaloide. Los constituyentes minerales, de los que el potasio y ácido fosfórico son los más importantes, arrojan alguna luz respecto á la acción de la «pudrición seca» en la madera; á medida que aquéllos se agotan, se extienden las células.

Así se explica por qué la «pudrición seca» se ha generalizado cada vez más en estos últimos años. Sábese que para facilitar el descortezamiento, se acostumbra apear los árboles durante la primavera y primeros días del verano, habiendo demostrado el análisis que en esta época la madera de las coníferas, además de contener más agua, que difícilmente se seca, contiene cinco veces más potasio y ocho veces más ácido fosfórico que en invierno, condiciones muy favorables para el desarrollo de la pudrición.

Si no se puede prescindir del empleo de esta madera, debería desecársela completamente, aun valiéndose del calor artificial, y como la humedad es necesaria para el desarrollo de la pudrición, todas las maderas que se emplean en la construcción deberían mantenerse lo más secas que fuese posible por medio del hormigón y el asfalto. No es preciso que advirtamos cuán peligroso puede ser para la salud el que se impregnen las maderas con disoluciones de arsénico ó mercurio. En el caso de que se haya de recurrir á preservativos químicos, sólo deben usarse los productos obtenidos por la destilación del alquitrán.

* * *

TEMPERATURA DEL INTERIOR DE LA TIERRA.—Ante la Real Sociedad de Londres ha leído Mr. Prestwich un extenso y notable trabajo sobre la temperatura de las regiones profundas del suelo, manera de evaluarla y causas de error inherentes á este cálculo, ya por las condiciones en que la investigación se efectúa, ya por la naturaleza del suelo.

Las primeras experiencias datan de Gensanne (1740), que las verificó en las minas de Giromagny (profundidad: 430 metros), pero sólo después de los trabajos de Arago y Walfer-

din y de la apertura de pozos artesianos, se han obtenido algunos datos más exactos, muy variables por cierto. Así, las cifras que resultan de las observaciones hechas en diferentes minas de Inglaterra, indican que la temperatura aumenta un grado por cada 30 á 120 pies. La cifra media adoptada en Francia y demás naciones del continente varía entre 30 y 60 metros. Este desacuerdo ha hecho sospechar á Prestwich que había causas de error no advertidas, y ha creído que eliminándolas, sería posible llegar á conclusiones más precisas, ó, por lo menos, que señalando cuáles son (de no ser eliminables), se explicaría la variedad de las cifras adoptadas.

Las observaciones del autor inglés se refieren á las minas de hulla, á todas las demás, á los pozos artesianos y á los túneles. Las causas de error que indica, son: el olvido de anotar la altura de la superficie sobre el nivel del mar y otros errores experimentales. A éstos se agregan los que resultan de las condiciones geológicas ó físicas; en las minas deben citarse las corrientes de aire de ventilación, las aguas subterráneas que por ellas circulan y las reacciones químicas. Para los pozos artesianos, la presión del agua sobre los termómetros y las corrientes.

En las minas de hulla, la ventilación es un inconveniente de importancia para la exacta anotación de la temperatura, puesto que viene á enfriar las capas profundas. Entran de cinco á 150.000 pies cúbicos de aire por minuto en las galerías, y cuanto más profundo es un pozo de mina, más activa es la ventilación; por consiguiente, más rápido es el enfriamiento, hasta el punto de que á veces determina el aire la formación de hielo en la boca del pozo. El enfriamiento comienza tan pronto como la hulla se pone al descubierto. En algunos días, el aire frío (cuya temperatura es inferior en 10 á 12 grados á la de la hulla), obra ya sobre la hulla hasta los tres ó cuatro pies de profundidad á que ordinariamente se coloca el termómetro. Otra causa de enfriamiento es debida á que se desprende el gas que existe en el carbón, sea bajo fuerte presión, sea en estado líquido, como cree Prestwich. Se ha observado que la hulla pierde calor con más rapidez que la roca. Las variaciones de la distancia á la superficie

son muy activas en ciertas minas de hulla, que pasan alternativamente por bajo de valles y colinas; la temperatura se eleva debajo de éstas y disminuye debajo de aquéllos, para un mismo nivel. En las observaciones, en las que se ha cuidado de eliminar las causas de error que preceden, se ha obtenido como resultado que la temperatura aumenta un grado (Fahrenheit) por cada 49 pies y medio.

En las minas que no son de hulla también influye la ventilación, pero menos activamente. En cambio interviene otro factor para enfriar las capas profundas: las corrientes de agua.

En ciertas minas es escasa la cantidad de agua que se extrae con las bombas: 5, 10, 40, 50 galones por minuto; en otras alcanza á 200 galones en el mismo tiempo; en la mina *Dolcoath*, salían próximamente 500.000 galones por día; en la *Huel Abraham*, 2 millones de galones. Ahora bien; esta agua sale á 60 ó 70° (F.), es decir, á una temperatura superior en más de 12 grados á la temperatura media de la superficie, y este calor lo ha robado á las capas profundas. He aquí, pues, una causa de enfriamiento. Por otra parte, ciertas descomposiciones químicas son una causa de elevación de la temperatura. Tomando en cuenta estas causas de error, se halla que la temperatura sube un grado por cada 43 pies de profundidad.

En los pozos artesianos son más uniformes los resultados, por ser generalmente idénticas las condiciones geológicas, al paso que en las minas varían en grado considerable. Eliminando las causas de error debidas á la presión sobre los termómetros y á ciertas corrientes, se llega á la cifra media de un grado por cada 51 pies. En el Sahara, sin embargo, se vió que á cada 36 pies de profundidad aumentaba un grado la temperatura.

En el monte Cenis, tomando en cuenta la convexidad de la superficie, se halla 79 pies; en el San Gotardo, 82 pies para un grado. Estas diferencias se deben á la naturaleza de las rocas y á la variabilidad de éstas. Con efecto, la conductibilidad de las rocas y su aptitud para retener ó abandonar el calor, varía mucho. Además, para rocas idénticas, varía

esta aptitud con la sequedad y la humedad y con la dirección de las capas estratificadas.

En suma; Mr. Prestwich deduce que la cifra media es de un grado para 48 pies, y fundándose en la imposibilidad de excluir ciertos factores, cree que se les toma en cuenta admitiendo que la temperatura se eleva un grado Farenheit por cada 45 pies de profundidad. Esta cifra difiere mucho de las que se habían obtenido hasta ahora, que dan, por término medio, un grado C. por cada 30 metros. Es verdad que en ciertas condiciones se ha encontrado un grado por cada 10 metros, y en otras uno por cada 40. Pero en estas investigaciones se había prescindido de los factores que tan juiciosamente enumera Mr. Preswich, los cuales se deberá tener muy en cuenta siempre que en lo sucesivo se hagan trabajos de esta clase, á fin de llegar á resultados exactos y comparables.

*
* *

PUBLICACIONES.—Continúa repartiendo puntualmente sus obras la casa editorial de Daniel Cortezo. Ahora distribuye el tomo segundo de los *Dramas musicales de Wagner*, tan lleno de interés ó más, si cabe, que el primero. Basta decir que contiene la letra de la famosa ópera *Tannhauser*, la tragedia titulada *El anillo del Nibelungo*, con su preludio, y las tres partes denominadas respectivamente: *La Walkiria*, *Sifredo* y *El crepúsculo de los Dioses*. Termina con *Parsifal*. Adornan el libro preciosos fotograbados de Meisenbach.

A la «Biblioteca Clásica» de la misma casa editorial pertenece el volumen titulado *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, escrita por Francisco Manuel de Melo, y con un prólogo de José Yxart. A la importancia del asunto se une la maestría é imparcialidad con que Melo expone los acontecimientos de aquella época, abriantando su mérito, la pureza de la dicción y la elegancia de la frase. Aunque algo desigual en el conjunto y no siempre desprovisto de artificio, es digna de atenta lectura la *Historia* de Melo, en la cual breves comentarios á veces, son

verdaderas máximas morales y políticas sentenciosamente expresadas.

Nuevamente y con gran complacencia nuestra, hemos de hablar hoy de la ilustre naturalista Miss Eleanor A. Ormerod, que acaba de escribir y dar á la estampa un libro muy útil denominado *Guide to methods of insect life*. Forma un tomo de 167 páginas con 123 grabados en el texto, resultando éste de haber coleccionado su inteligente autora las diez conferencias que dió en el Instituto Agrícola de Inglaterra acerca de la vida y costumbres de algunos insectos dañosos y de los medios preventivos y destructivos más convenientes.

Con la sincera modestia del verdadero talento, duélese en el prefacio de su libro de no reunir condiciones para salir airoso de la empresa; y eso que tantas pruebas ha dado ya de distinguidísima entomóloga. Prívanos la índole especial de la REVISTA CONTEMPORÁNEA de hacer extensa reseña del libro de Miss E. A. Ormerod, quien con tal habilidad expone las cosas que el simple labrador que consulte su *Guía* y se ayude de las figuras, puede reconocer, sin ajeno auxilio, y clasificar el insecto ó insectos que le perjudiquen, siéndole fácil también tomar nota del mejor procedimiento para concluir con aquéllos.

Al propio tiempo que felicitamos cordialmente á la célebre naturalista Miss Eleanor A. Ormerod, sentimos que en España no se publiquen obras que, como la *Guía* que nos ocupa, serían muy provechosas para los agricultores, que han menester de los hombres de ciencia para que progrese el cultivo, se evite la pérdida de las cosechas, se perfeccionen los instrumentos agrícolas y aumente la riqueza de nuestro país, que se funda principalmente en los productos del suelo.

No ya entre las señoras ó señoritas—que esto fuera mucho pedir en España,—sino entre los agrónomos que tanto abundan y tan entendidos son, quisiéramos que tuviese imitadores la incansable escritora Miss E. A. Ormerod.

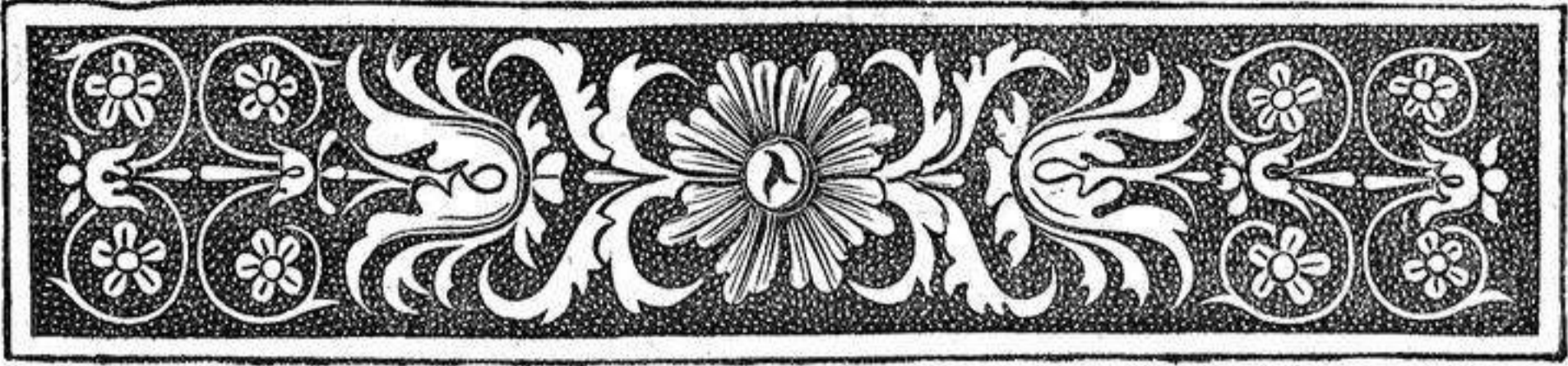
El acreditado editor Agustín Jubera ha repartido últimamente los cuadernos quinto y sexto del *Diccionario Enciclopé-*

dico de Medicina y Cirugía Prácticas, escrito en alemán por el doctor Eulenburg y traducido al español por nuestro sabio compatriota el doctor D. Isidoro de Miguel. Con el cuaderno quinto termina el tomo primero de esta obra monumental; contiene aquél detenidos estudios sobre la asfixia, el asma bronquial, aspermatismo, astringentes, ataxia, atropina, auscultación, bacilo, etc., y en el cuaderno sexto se habla extensamente del bario, el bazo, la bilis, el bismuto, la blenorragia y otros particulares de igual interés.

Como era natural en las circunstancias actuales, leímos con prefente atención el artículo que Eulenburg dedica á la clase de esquizomicetos denominada *bacilo* por Fernando Cohn. Y ya que tanto se ha dicho en pro y en contra de las inoculaciones, bueno será transcribir lo que sobre el procedimiento en general opina Eulenburg:

«Respecto de la cuestión—dice—de hasta qué punto puede ser utilizable en la práctica la inoculación profiláctica con un virus carbuncoso atenuado, los experimentos practicados en grande escala en Francia, Hungría y Alemania se hallan de acuerdo, demostrando sus resultados que hasta el presente no puede considerarse como un hecho la preparación de un virus verdaderamente profiláctico y al mismo tiempo inofensivo, por lo menos relativamente. Pasteur, por la inoculación repetida por lo menos dos veces, empleando en la primera un virus muy atenuado, y en la segunda otro no tanto, trató de salvar ambos escollos; pero no con resultado completo, como indica Koch en sus publicaciones. Es de esperar, sin embargo, que andando el tiempo llegaremos, no sólo á evitar ambos peligros, sino también á resolver un postulado no menos importante, esto es, el de encontrar una buena inoculación profiláctica que dé seguridad absoluta de que el virus inoculado no determina la enfermedad contra la cual ha de protegernos. Esta condición, hasta el presente, únicamente la llena la inoculación del virus vacuno. La producción de la vacuna será tal vez el punto de partida para obtener hongos radiados inofensivos, pero que produzcan inmunidad.»

R. ÁLVAREZ SEREIX.



NOVELAS NORTE-AMERICANAS

EL CORONEL.—MI SUEGRA

Continuación (I)



la una de la madrugada del día siguiente, el dichoso ladrón de que antes he hablado entraba en el edificio por una ventana del piso bajo y subía cautelosamente la escalera sin ser visto de nadie. Todo el mundo dormía, excepto yo, ocupado como estaba noche y día en combinar planes á cual más impracticables para vencer las prevenciones de mi futura suegra. Inútil es decir que mi modesto y sencillo asilo tenía una puerta que daba al mismo corredor donde estaba también el cuarto de la Sra. Pínkerton. El calor era sofocante, y las ventanillas, colocadas encima de las puertas, estaban todas abiertas para ventilar los cuartos.

Un rayo de luz sospechoso que me pareció provenir de una linterna sorda, y que atravesó el campo de mi visión sin acompañamiento de ruido alguno, me hizo ponerme un pantalón á toda prisa y coger un revólver que tenía en mi maleta.

(1) Véase la pág. 481 del tomo anterior.

Abrí la puerta con precaución, y sin encender fósforo alguno ví... oscuridad completa. Permanecí inmóvil y atento, conteniendo la respiración.

Mi vigilancia dió muy pronto resultado, porque distinguí vagamente una forma humana que trataba de deslizarse por la ventanilla del cuarto de la Sra. Pínkerton. Tenía ya dentro la cabeza y las espaldas, en tanto que las piernas le colgaban de la parte exterior, no sin que las agitara silenciosamente para penetrar por aquel hueco. En un instante salí de mi cuarto, subí á la silla de que el ladrón se había valido para intentar su ascensión, y agarrándome á sus piernas, tiré vigorosamente de ellas. Un vago presentimiento de las consecuencias posibles de aquella hazaña, duplicaba mis fuerzas, sin duda, porque el resultado de esta maniobra fué rápida como el rayo. Ladrón, linterna, ventanillo, silla y yo, todos rodamos por el suelo con un estrépito espantoso.

En un abrir y cerrar de ojos la casa entera estuvo en pie. Parecía que la gente salía de debajo tierra. La mayor parte se pusieron á gritar: *¡Fuera!... ¡Al asesino!... ¡Socorro!...* Las mujeres, unas chillaban y otras se desmayaban. La colección de trajes de dormir que allí se reunió era una de las más variadas y pintorescas.

La ansiedad de los espectadores, sin embargo, fué mal recompensada, porque todo lo que pudieron ver fué un hombre en mangas de camisa, que era yo, sentado sobre los restos de una silla rota, con una linterna á sus pies y un ojo amorado. El ladrón se había contentado con darme un vigoroso puñetazo en la cara, escapándose en seguida. ¿Y el revólver?—dirán algunos.—No me pude servir de él por la sencilla razón de que lo llevaba en el bolsillo.

Conté lo ocurrido, y quince minutos después de haberse tranquilizado todo, la Sra. Pínkerton entraba en mi cuarto para darme las gracias con la mayor eficacia. Mi modestia estuvo en aquella ocasión á la altura de mi heroísmo, y rogué á la excelente señora que no volviese á hablarme en la vida de semejante bagatela, como no fuera con el carácter de yerno suyo.

Al día siguiente tuve el honor de acompañar á paseo, á ca-

ballo, á la Sra. Pínkerton y á su hija; y de repente, sin que ningún signo precursor hubiese anunciado el deshielo, esta singular mujer se puso á hablar de las galas que había que comprar para la boda, como si este fuese un plan suyo conducido por ella exclusivamente á su término.

II

Es preciso hacerle justicia; si la madre de mi prometida se mostró reacia en un principio, después desplegó un gran ardor en los preparativos de boda, pudiendo asegurar que asumió por completo la dirección exclusiva de este asunto. Cuando le consultaba algún detalle, me daba á entender con toda claridad que su gran experiencia y conocimiento de las cosas le otorgaba una verdadera dictadura.

Por mi parte, la verdad era que le dejaba con gusto la responsabilidad de los verdaderos derroches de telas á que se entregaba con el mayor entusiasmo.

Mi pobre inteligencia no ha podido nunca comprender para qué necesita una joven, bajo pretexto de su casamiento, un número infinito de cosas nuevas que nunca ha usado ni podrá usar, especialmente una infinidad de trapos cubiertos de encajes, gasas, pliegues y *entre-doses*. ¿No se podría creer, en vista de esto, que no había usado hasta entonces más ropa blanca que la que está á la vista?

Y aun suponiendo que una pequeña parte de estas zaran-dajas forme parte integrante y esencial del traje de boda que va á vestirse por la primera vez, ¿á qué viene esa inmensa provisión de batista destinada á ser guardada de modo que no alcancen á ella los ojos profanos? ¿No se adornan las mujeres precisamente para ser vistas? ¿Tendría que ver que el único fin de estos gigantescos preparativos tuviese por único objeto excitar la envidia de cierto número de amigas, ó de dar á conocer á la juventud la naturaleza de la heroicidad que se lleva á cabo al casarse!

Cierto día, por una muy rara casualidad, me presenté en casa de la Sra. Pínkerton, cuando ésta acababa de salir para hacer su peregrinación á las tiendas de modas á la hora más cómoda. Bessie aprovechó esta ocasión para hacerme entrar en su cuarto y enseñarme los enormes montones de telas nuevas que había almacenado en sus cajones. La pobre niña, espantada de su audacia, parecía como avergonzada de aquel paso. Me eché á reír y la pregunté quién era, entonces, el que debía ver todo aquello. Me dirigió una mirada de despecho y se mordió los labios, en tanto que yo me acusaba de idiota, para mis adentros. Desde aquel momento resolví no decir jamás ni siquiera una palabra sobre las galas, como no fuese para expresar una admiración ilimitada.

Por lo demás, allí había ropa blanca, cobertores y lienzos en tan gran número, que con ellos se hubieran podido arreglar las camas de un batallón entero. Ibamos, pues, á habitar una casa muy bien provista de todos los elementos domésticos de comodidad; tanto que parecía como que se trataba de prever también las necesidades futuras de un aumento considerable de población.

Todo esto me abrumaba; primero, porque era absurdo; y segundo, porque Bessie se distraía con estos detalles hasta el punto de robarme muchos de los dulces coloquios que manteníamos sobre nuestro casamiento. Yo ya sabía bien quién tenía la culpa de todo esto, porque lo cierto es, que la pobre niña se cuidaba poco de las galas y tocados, aun cuando vestía siempre con gusto y elegancia sin violencia alguna; pero su madre la había dicho que todo debía hacerse como ella quería, y esto bastaba para que se quedase convencida.

Así, por ejemplo, acerca de un punto en que yo tenía ya formada mi opinión, el de la ceremonia del casamiento, que deseaba celebrar tranquilamente sin pretensiones ni ruidos, porque me parecía que en el día á este acto destinado se debía atender sólo á los deseos de las partes interesadas arreglando las cosas á medida del gusto, tuve que chocar de frente con las preocupaciones de mi futura mamá política. Bessie pensaba sobre el particular como yo; su deseo hubiera sido ir á la iglesia con la mayor sencillez, despedirse de

un corto número de amigos escogidos, convidados á la ceremonia, y partir en seguida hacia las Montañas Blancas.

Pero no contábamos con la huésped, como jóvenes sin experiencia que éramos; la viuda sabía mejor que nosotros cuáles eran las exigencias de la sociedad en semejantes casos, vanagloriándose de la amplitud de sus ideas y de conocer á fondo la importancia de los preceptos de la etiqueta. ¡La etiqueta! ¡Rabiando estaba yo para que se fuera al diablo! ¿Acaso no éramos, Bessie y yo, los mejores jueces para resolver lo que más nos convenía? Pero ¿á qué conducía entablar la lucha? Esto no podía hacer más que establecer malos precedentes, y como era preciso mostrarse deferente con mamá, acabé por ceder, después de celebrar una tierna discusión con Bessie.

Desde aquel día en adelante no entré nunca en la casa sin ser notificado de la adquisición de algún nuevo apéndice añadido por la Sra. Pínkerton á las magnificencias con que soñaba:

—¿Se ha mandado V. hacer un frac nuevo?—me preguntó una tarde.

—¿Un frac nuevo? En verdad que no. Confieso francamente que no se me había ocurrido, pero no dejaré de hacerlo.

—¿Y las esquelas de invitación? Se encargará V. de escribir las direcciones. ¡Tiene V. una letra tan bonita!

—Desde luego; con mucho gusto.

—Ruego á V. también que se pase por casa de Draper mañana temprano, para hacer algunas pequeñas compras, según indica esta lista... Esto no le molestará á V., ¿no es verdad?

—De ningún modo. Al contrario, me causará mucho placer.

—La cinta blanca debe ser un poco ancha... Y ahora que pienso en ello, ¿ha escrito V. á su amigo Forest rogándole que acepte el cargo de *caballero de honor*?

—Lo había olvidado, pero no dejaré de escribirle cuatro letras. Y ahora, si no soy indiscreto, ¿querría V. decirme, señora, á qué vienen esos cientos de metros de cinta blanca?

—Es para establecer una barrera dentro de la iglesia, para

mantener á cierta distancia el vulgo indiscreto. Bessie y V., precedidos de cuatro comisarios y seguidos inmediatamente de sus *caballeros y señoritas de honor*, penetrarán en ese recinto, colocándose á derecha é izquierda los parientes y amigos, de modo que todos los invitados estarán separados del público. Esto será de muy buen efecto. Belle Graham se casó así en Santo Tomás, y todo el mundo se hizo lenguas de la esplendidez del acto.

Esta es casi la única clase de conversación que tuve que sostener durante cinco ó seis semanas.

Yo no era ya, en manos de la Sra. Pínkerton, más que un maniquí que ella movía á su antojo. Se convino en que la ceremonia tendría lugar en *su iglesia*, que era una de las de más tono de la ciudad. *Su párroco* debía celebrar el oficio asistido de un vicario joven, que tenía una cabeza como un becerro, y que hacía poco que había salido del seminario. Habría cuatro *señoritas de honor*, y un número igual de caballeros, sin contar los comisarios. En cuanto á la elección de estos comparsas, tal vez hubiera sido conveniente consultarme; pero apenas hice la menor indicación, la Sra. Pínkerton me cerró la boca diciendo que la lista estaba ya completa. Uno sólo de mis amigos fué elegido, Forest; los demás pertenecían á la sociedad de mi futura suegra. Todo lo que de los tres sabía, era que vestía con elegancia uno de ellos y que á los otros dos apenas los conocía de vista, si bien no ignoraba que habían aspirado á ocupar el puesto que iba á serme concedido en casa de la Sra. Pínkerton. Fácil es formarse una idea de los sentimientos que me inspiraba semejante elección.

Los cuatro comisarios eran, naturalmente, jóvenes que conocían á todo el mundo, y nada tenía que alegar contra ellos, dado que iban á ejercer gratuitamente sus penosas funciones.

Las señoritas de honor iban á ser dos lindas compañeras de colegio de mi prometida, y las otras dos, jóvenes muy elegantes. Lo que yo sentía más era que Jorge, el hermano de Bessie, se hallaba en París para completar sus estudios de medicina, y no podía asistir á la boda. Yo le profesaba ya un afecto fraternal, porque fué el primero que me destinó á su hermana.

Por fin, llegó el gran día. Los recuerdos que de él me han quedado son algo sombríos. Me acuerdo vagamente de una lucha muy larga con una rebelde corbata blanca, que Forest acabó por domar á fuerza de alfileres, y de una mortificación atroz que me causaron unas botinas de charol que me estaban estrechas. A excepción de estos pequeños detalles y de algunos otros del mismo género que se han fijado en mi memoria, no sé por qué, todo lo demás se me representa tan sólo como un sueño. Paréceme haber estado encerrado entre los cristales de una carroza que rodaba por las calles separando la muchedumbre, y desde la cual descubría á derecha é izquierda algunas caras regocijadas de parientes ó amigos.

Después, Bessie, presentándose bajo una nube de seda y gasa, con su corona de azahar; las señoritas de honor muy rozagantes con sus trajes de color de rosa y lazos azules; la marcha triunfal por el centro de la iglesia, las campanas lanzadas á vuelo, el párroco con su rostro grave y paternal á la vez, el vicario de cabeza de becerro, los santos oficios con sus entonaciones de una insinuante unción, el anillo de oro que no suele encontrarse en el momento preciso en que es necesario... y por encima de todo, destacándose como de entre una niebla, la temible fisonomía de mi suegra, genio inspirador de aquellas pompas, incógnita de la ecuación de mi existencia conyugal, comenzada en medio de mil felicitaciones, besos, apretones de manos, sonrisas y cuchicheos de un ejército de tías, tíos, primos, primas y parientes de todos grados.

Por fin concluyó todo, y yo estaba casado. Aprovechando una licencia que me fué concedida por la casa de banca en la cual estaba empleado, partí con mi esposa para las montañas, dejando á mamá Pinkerton que se arreglase como pudiera. ¡Oh! ¡Cuando recuerdo los goces de estos primeros quince días de aislamiento y de libertad! En los hoteles todo el mundo adivinaba, á la primera mirada, nuestro reciente casamiento. Sorprendíamos en los huéspedes miradas, sonrisas y señales de inteligencia. ¿Qué nos importaba? ¡Con qué aire de orgullo y desenfado escribía yo en el registro de los hoteles con temblorosa mano: *El señor y la señora*

de Carlos Travers! ¡Con qué alegría solicitaba el mejor aposento!

El regente del hotel, sonriente, pero discreto, parecía gozar de tanta calma como su caja de fondos, pero en seguida conocía, el muy avisado, que éramos novios, y procuraba atender con igual cuidado nuestras personas y nuestra cuenta.

Nos levantamos temprano para ir á respirar con libertad el aire matinal y para saludar al sol naciente; gozábamos por igual todas las bellezas del paisaje y vagábamos todo el día por los valles cogidos del brazo, la vista perdida en el horizonte azul y el oído acariciado con las armonías de la brisa. Éramos felices.

Dos semanas se pasaron de esta suerte; pero se recibió una carta en la que se nos citaba para una estación termal, próxima á nuestra residencia. Fué necesario partir, y reintegrarnos á la sociedad civilizada. Por la tarde nos apeamos en un hotel de provincia, donde todo el mundo se puso á examinarnos como si fuéramos unos animales curiosos ó unos intrusos. Las personas que llevan siquiera tres días de residencia en una estación balnearia, les parece que son los amos de aquel lugar.

Al día siguiente llegó mi madre política.

Apenas puso el pie en tierra, cuando dió órdenes muy secas al cochero para la descarga de su baúl, tan forrado de hierro, que por su peso y solidez, hubiera podido desafiar los esfuerzos de toda una banda de ladrones. Bessie se adelantó corriendo. El encuentro fué muy cariñoso. En cuanto á mí, la vieja se contentó con tenderme su mano, cubierta por una especie de mitón ó guante con las puntas de los dedos cortadas, á la vez que me decía:

—Deseo que esté V. bueno, caballero—con un tono que me hizo daño. Y fijando en mí su mirada investigadora, se decía interiormente, sin duda alguna:

—Vamos, veo que no ha cometido V. todavía ninguna atrocidad, lo cual me sorprende mucho...

Lo repito: si hay en mi carácter algo de lo cual esté orgulloso, es la facultad que poseo de dominarme y de tenerme las tias con cualquiera, devolviendo golpe por golpe; pero

los ojos azules de mi suegra, con su mirada imperiosa y soberbia tenían el privilegio de hacerme perder los estribos. Ni aun podía oponerles un aire de impertinencia fingida, lo cual no impedía que aquella digna mujer, estoy convencido de ello, me considerase como la encarnación de la impertinencia.

Por lo demás, yo no era el único que sufría esa fascinación. Apenas dió la Sra. Pínkerton dos vueltas por la terraza del hotel, examinando con su lente de pies á cabeza á los bañistas, cuando parecieron todos reconcentrarse en sí mismos y experimentar cierta vergüenza por permanecer ociosos.

Adviértase que mi suegra tiene una vista excelente. Si echa mano del lente es tan sólo por el efecto que produce este aparato montado en oro, y por la cadena del mismo metal con que se lo suspende del cuello. He observado que antes de mirar á un objeto se coloca el lente sobre la nariz, ó por el contrario, se lo quita, si lo tiene puesto.

Terminada su desdeñosa revista, entró en el salón y se puso á contemplar el paisaje desde la ventana.

—La vista es hermosa—se dignó decir al fin.—Estas montañas tienen mucha majestad.

—No tanta como tú—pensaba yo.—¡Qué buena eres, querida mamá, dignándote concedernos tu alta aprobación!

Pero me guardé bien de expresar este pensamiento; me contenté solamente con responder con humildad:

—Sí, nos encontramos muy bien aquí.

Volvióse de repente y me miró como quien dice:

—No hablo con V., caballero. No haría V. mal esperando á que le dirijan la palabra, antes de abrir su pico.

Mi frente se cubrió de confusión; pero había resuelto ser amable á toda costa; así es que devoré silenciosamente esta humillación.

—El establecimiento parece que no está mal arreglado—replicó después de dirigir una mirada alrededor del cuarto.—¿Quién hay aquí en la actualidad?

Su tono parecía decir claramente:—Hablo con Bessie y con nadie más.

—Muy buena sociedad, por lo que he podido observar—

respondió mi mujer.—Como llegamos ayer, aún no hemos tenido tiempo de hacer relaciones. Un amigo de Carlos, Fred Marston, está aquí con su esposa. Hay también una joven que me agrada mucho, la Srta. Van Duren, rica heredera á lo que parece, heredera rica y huérfana; está acompañada de su tío, un director de una sociedad financiera, de seguros ó cosa así; aquel arrogante caballero de patillas grises y americana blanca que has visto al entrar en la terraza...

—Sí, creo que le he visto. Un viejo arrogante y pretencioso, ¿no es esto?

—¡Oh, Dios mío! ¡Pretencioso!

—De lo más pretencioso que se conoce—dijo apresuradamente la reina madre.—Voy á entrar un momento en mi cuarto—repuso mirándome de soslayo.

Yo no tenía maldita la gana de seguirla; de modo que volví á la terraza.

Cuando Bessie volvió á mi lado, le dije:

—¿Qué tal, está contenta de su habitación?

—No; los muebles le parecen mezquinos y muy usados, el agua insuficiente, las sábanas ordinarias, y se queja además de que las lámparas dan mal olor... pero no tengas cuidado, ya se irá acostumbrando...

Necesité mucha fuerza de voluntad para no exclamar en alta voz:

—Esto es más de lo que yo por mi parte podría prometer.

A la hora del té, mamá Pínkerton bajó al comedor. Yo le ofrecí una silla á mi lado, pero la rechazó sin ambajes ni rodeos y fué á sentarse al lado de su hija. Después, desplegó con lentitud su servilleta y se puso á examinar con su famoso lente á todos los que estaban sentados á la mesa, formando su opinión sobre cada uno de ellos.

La Srta. Clara Van Duren y el Sr. Desmond, su tío, estaban sentados delante de nosotros. Se hizo la presentación que era de rigor. A la primera ojeada, mi suegra afirmó de plano que la niña era frívola y parlanchina. No era esto cierto, sin embargo. La Srta. Van, como le llamábamos nosotros, poseía una vivacidad encantadora, pero no se la podía

tachar de frívola. En cuanto á su pretendida charlatanería, lo que hay de cierto es que estaba reducida al discreteo de una joven hermosa, que desea agradar. Daba gusto verla con sus grandes ojos negros, sus magníficos cabellos castaños y su fina tez animada por el sol y el aire.

El Sr. Desmond se hacía notar por la immaculada blancura de su americana y su camisa. Era un hombre discreto, que parecía gustar poco de las futilidades de la conversación, pero muy atento con las damas, y especialmente con la señora Pínkerton. Supe muy pronto que era viudo sin hijos y tutor de su sobrina, en la cual había concentrado sus afecciones.

Al otro extremo de la mesa se sentaban Marston y su mujer; el primero presa de un visible acceso de impaciencia, y la segunda, como diciéndole con la vista que no se pusiera en ridículo. Los demás huéspedes eran viajeros de paso ó gentes cuyo nombre ignoraba.

Después del té todo el mundo salió á la terraza. Fred, que con bastante descortesía había tomado la delantera, apenas me vió se puso á gritar:

—¡Carlos, ven á fumar un cigarro!

Júzguese de mi confusión. Cuando hacía la corte á Bessie renuncié al tabaco para atraerme á su madre; pero después de casado, y estando solos en el campo, las largas estancias en la terraza del hotel me habían hecho contraer los antiguos hábitos. La misma Bessie había llevado su bondad hasta el extremo de hacerse mi cómplice, asegurándome que no le haría daño el humo de un buen cigarro, y que por el contrario, encontraba placer en saborearlo. Habiendo llegado mi suegra, mi primera idea fué alejarme sin meter ruido, para satisfacer mi pasión, pero la ligereza de Fred echaba por tierra todos mis planes. No tenía más que dos salidas: ó bien declarar mi vicio con la frente alta, ó bien cubrirme con un manto de hipocresía, respondiendo que no fumaba. Desgraciadamente, y aun sin contar con la pena que una humillación de este género hubiera infligido á mi amor propio, Fred no era hombre para sostener esa mentira, de la cual se hubiese reído. Me decidí, pues, por la audacia, y atravesando

con seriedad toda la terraza de punta á punta, acepté el cigarro que me había sido ofrecido.

Mientras lo encendía miré con el rabo del ojo á mi suegra, y observé que me dirigía su lente con una especie de desdén compasivo. Por lo demás, no pareció sorprenderse, creyéndome, sin duda, capaz de todas las perfidias.

—¿Por qué no hacemos una partida de billar?—añadió Marston, después de un instante de silencio.—Te doy veinte puntos, y me prometo zurrarte de lo lindo.

El juego de billar era otro de mis vicios, y aun cuando no me importaba que la Sra. Pínkerton lo supiese, lo cierto es que nunca había hecho mención de ello en su presencia, sospechando que debía tener horror á toda clase de juegos. Ese animal de Fred, ¿qué necesidad tenía de hablar de ese modo, para que todo el mundo lo oyese? Pero ya no podía retroceder; así es que reuniendo todo mi valor, me dirigí á la sala de billar.

En mi vida había jugado tan mal. No podía quitarme del pensamiento á mi suegra, ni pensar más que en lo que diría de mí á Bessie. Yo hubiera deseado únicamente congratularme con ella; pero, ¿era preciso que le sacrificase todos mis gustos? Y de otro lado, si acudía á la hipocresía, ¿qué papel tan miserable!

A las tres partidas comencé á sentir escrúpulos por permanecer tanto tiempo separado de Bessie; así es que dije á Fred:

—Voy á reunirme con las señoras.

—¡Que se vayan al diablo!... Pueden pasarse muy bien sin nosotros—replicó aquel malvado.—Yo hablo por mi mujer al menos... Y la tuya, querido, ya se acostumbrará pronto á vivir sola... Además, como tiene á su madre... Por cierto que es una majestuosa señora esa vieja Pink...

—Mi suegra se llama la Sra. Pínkerton—le dije con toda la gravedad de que era capaz.

—Ya lo sé; pero ese nombre es muy largo... Me recuerda esas grandes dalias moradas algo marchitas... ¿Va á vivir con vosotros?... Te esperan grandes placeres domésticos, querido... Creo que llevará los pantalones...

—Nunca—exclamé con energía salvaje.

—¿No? Pues entonces tendrás guerra segura, te lo aseguro... Y después de ofrecerme ese lisongero horóscopo, se puso á silbar con una llave una canción á la moda.

Yo me apresuré á reunirme con Bessie, la cual había sentido evidentemente cierta impaciencia al verme separado de ella tanto rato. El Sr. Desmond, sentado á cierta distancia, hacía girar sus pulgares á la vez que contemplaba las montañas, como si éstas le hubiesen de enviar algún despacho telegráfico.

La Sra. Pínkerton, tranquila y llena de dignidad, estaba sentada al lado de su hija luciendo la majestad de sus cabellos grises, de ese hermoso gris plateado que prematuramente aparece sobre las sienes aristocráticas cual si estuviese destinado á llevar una corona real.

La Srta. Van distraía á la concurrencia con el relato de las aventuras que habían sucedido durante el día, porque nunca dejaba de conocerlas, ni tampoco de contarlas con una gracia especial que las hacía mucho más agradables de oír.

—Y bien, querida mía; ¿eres dichosa?—murmuré al oído de Bessie.

—Sí, pero me aburría sin tu compañía—me dijo estrechándome la mano con ternura.

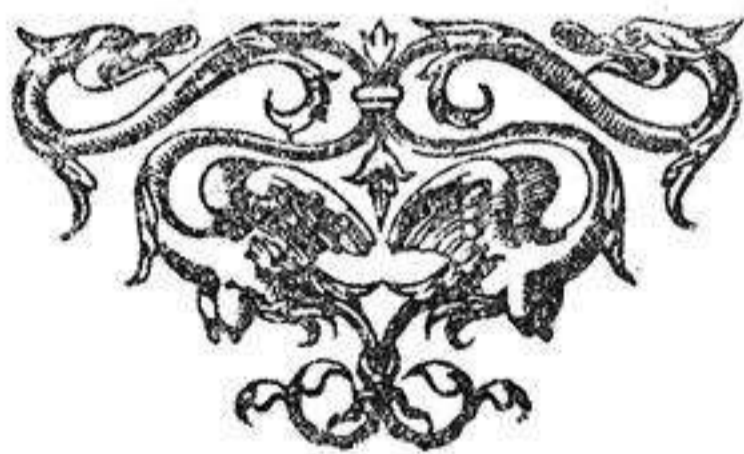
Mientras que á nuestro alrededor se hablaba de las excursiones en proyecto, yo no podía menos de pensar en mi suegra. No era ésta, á la verdad, una mujer vulgar; una comadre habladora y áspera; todo lo contrario, era una persona muy bien educada y de una gran distinción. Inteligente, instruída, tenía opinión formada sobre todas las cosas y se distinguía, sobre todo, por su profundo conocimiento de las costumbres sociales de mejor tono. Todo complicaba el problema.

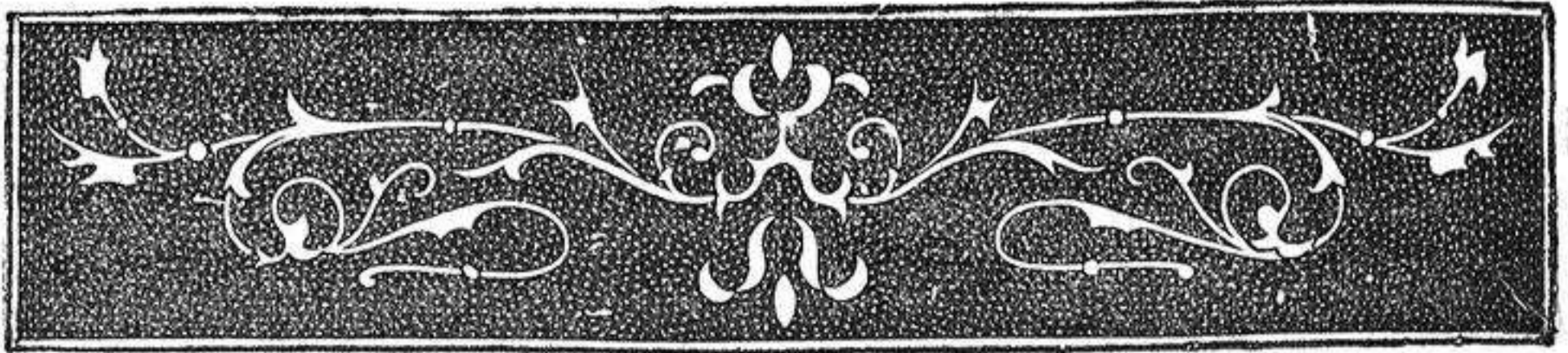
Si hubiese sido cuestión tan sólo de una energía común y vulgar, entonces hubiera sido más fácil el afirmar mi autoridad de marido; pero me era forzoso convenir en que la señora Pínkerton era incapaz de descender á persecuciones mezquinas.

Esto no obstaba para que su presencia me empequeñeciera.

¡Habíamos sido tan dichosos sin ella y tan libres para ir y venir á nuestro antojo! Ahora era preciso contentarla y consultarla. Era un factor que modificaba necesariamente el resultado, porque después de todo, no podía olvidarme de que estaba allí y que debía tener en cuenta en algún modo sus opiniones. ¿Y quién puede conjurar la influencia sobre las ideas y sobre los actos de un «tercero importuno,» como dicen los italianos? Ella podía muy bien, sólo con callar ó con dejar de hacer ciertas cosas, con tratar con desdeñosa frialdad á mis amigos, ó con chocar sordamente con mis costumbres y mis gustos, amargar todo el placer de mi excursión veraniega. En fin, cuando volvamos á casa ya será otra cosa, me dije. No hay atajo sin trabajo, y en último extremo, después de mí, el diluvio... Me acosté presa de estas lúgubres reflexiones, para gozar el sueño reparador que proporciona de ordinario el fresco aire de las montañas.

(Continuará.)





REVISTA DE TEATROS

CONTINUACIÓN (I).



UNA de esas desgracias que, aunque por momentos se aguardan, sorprenden siempre cuando llegan, y dejando un vacío eterno en nuestra existencia pesan sobre nosotros como fuerte plancha de plomo, acibarando nuestra vida, que cubren de un denso y negro velo, á cuyo través sólo se refleja el pesar y la angustia; una ley suprema que el mísero mortal no puede eludir, y que sólo la resignación evangélica puede hacernos sobrellevar, nos ha impedido cumplir nuestra misión en la pasada quincena, por lo que rogamos á nuestros lectores nos dispensen en gracia de la pena que nos aflige y del dolor que nos atormenta.

*
* *

La gimnasia *Atlética ó viciosa* comprendida en la *Paléstrica* de que anteriormente nos hemos ocupado, va á ser hoy el objeto primordial de nuestros trabajos.

El atleta, tipo de gladiador que describiremos más tarde, es la figura más clásica y típica del circo y del gimnasio ro-

(I) Véase la pág. 340 del tomo LVIII.

mano y griego; su figura, su fuerza, su provocativa arrogancia, su cínico valor, el desprecio con que miraba la vida, el goce con que buscaba la muerte en medio de un pueblo voluptuoso y sanguinario, que redoblaba sus muestras de aprobación y prorrumplía en bravos, á medida que la contienda tomaba proporciones horribles y la sangre cubría la arena del circo, y los golpes estremecían el pavimento de la Palestra, eran las cualidades que le distinguían, amén de otras muy en consonancia con su triste oficio y muy en armonía con su género de vida, pasiones, afectos y vicios que engendrabán su modo de vivir y constituían su peculiar y genuíno modo de ser.

El atleta, en fin, embrión del gladiador, era la parte principal de este género de gimnasia que se desarrollaba en la *Palestra*, y al que conducía y guiaba únicamente el afán del lucro, entremezclado con un típico amor á la gloria y al aplauso popular.

La robustez y desarrollo de su cuerpo contrastaba visiblemente con la limitación de sus facultades intelectuales, reduciéndolos al deplorable estado de un montón de materia fuerte para la lucha y débil para las enfermedades (á las que eran muy propensos), en el que la luz del entendimiento presta escasos y pálidos reflejos, lo que dió ocasión á Plutarco para que los comparase á las piedras ó columnas de los gimnasios, declarando al mismo tiempo que ninguna otra cosa introdujo entre los griegos la cobardía y la esclavitud, sino esta gimnasia viciosa, calificada por Galeno de arte malo, por la que se convertían los hombres en torpes y débiles para las armas, contentándose más con que los llamasen buenos jugadores de Palestra y atletas, que ágiles y valerosos soldados.

Casiodoro, en el libro V de sus lecturas, al ocuparse de los juegos solemnes que ejecutaban los atletas, los atribuye á los atenienses, que los celebraban en honor de Diana, demostrando claramente cómo se hacían, con qué arte y con qué instrumentos peleaban contra las fieras, consiguiendo el premio con la muerte de éstas. Recuerdo que se trae á nuestra memoria cuando en los circos ecuestres de la actualidad vemos los domadores de fieras, que, presentando elefantes en

libertad ó leones encerrados en una sólida jaula, donde penetran, como se verificó en las primeras funciones que tuvieron lugar en el Circo del Príncipe Alfonso en la temporada de su inauguración, y que, á su imitación y competencia, Mr. Price expuso otros á la par, y así se han seguido verificando estos repugnantes espectáculos, en donde el arte y la inteligencia desaparecen para dejar un puesto á la ignorancia y á la barbarie, hasta nuestros días, en que los nombres de Edward, Williams y otros han figurado con este objeto en los carteles, recibiendo aplausos, heridas graves, la muerte algunos, y exponiéndose, como recientemente ha sucedido, á que las autoridades, tomando cartas en el asunto, supriman estas horribles diversiones, como impropias de pueblos cultos y civilizados. Varios nombres, siguiendo la opinión de Aristóteles, se aplicaban á los atletas en conformidad con los juegos y suertes que verificaban y de los que eran parte integrante y cualidad precisa la agilidad y la fuerza.

Al que movía los pies con velocidad y ligereza se le llamaba *corredor*; al que los comprimía, conteniéndolos á la vez, *luchador*; al que los movía con ímpetu, *pugil*; al que realizaba ambas cosas, *pacrasista*; *quinquetercio* al que ejecutaba todos los mencionados ejercicios.

Entre los atenienses, Teseo fué el que sobresalió en este ejercicio, uniendo la agilidad á la robustez.

Cinco eran los juegos en los que se ejercitaban: la lucha, el pugilato, la carrera, el salto y el disco, de donde se derivaban las denominaciones de luchadores, pugiles, corredores, saltadores y discóbolos.

Los antiguos tuvieron en grande estima á los atletas, por consideraciones fáciles de comprender, y tanta fué la importancia que adquirieron, que ocupaban asientos contiguos á los senadores, no pagaban contribución alguna sus ascendientes, y los senadores entraban en triunfo en su patria, llevando su superstición al deplorable extremo de contarlos en el número de los dioses, absurdo palmario é inconcebible que salta á la vista y describe las costumbres de aquellos pueblos con solo fijarse en que se les permitía dar muerte y herir á los nobles en la lucha, teniendo esto como hecho heroico y honorífico.

Honor y heroísmo que sólo aspira á la satisfacción de un goce repulsivo y al desahogo de un instinto feroz y sanguinario, atendiendo á que el premio que se disputaban y que coronaba la victoria era tan pequeño como insignificante, que aunque no fué siempre igual el que se ofrecía, consistió en un regalo después en aplausos; á éstos seguía el de arrojarlos flores, y el último se cifraba en una corona de laurel ó mirto, los que se conocían con los nombres de *Dosés* ó *Dosén Coginario Athloadosín* y *Spagermón*, aunque algunos sostienen debe escribirse *apergemón*.

Dicho esto como proemio de este asunto, forzoso es añadir algo más como complemento de estas clases de juego. Entrando en el lleno de la germaica paléstrica en que éstos estaban comprendidos, la lucha era el primero, conocido por los griegos con el nombre de *Palé* y por los lacedemonios con el de *Catableque* ó *Caída*, discutiéndose mucho si se derivaba de las voces *Palai*, *Palé Pelou*, *Palemán*, *Palestran Paleanai* ó *Plesiasein*, según en lo que era y consistía la suerte, ó ya por su antigüedad, por el polvo y cerote con que se presentaban, indispensables por las caídas, ó por la astucia y engaño ó por el enlace de los cuatro dedos entre los luchadores, ó por el significado de arrojar y echar al suelo; ó finalmente, por la proximidad de unos y otros.

Pero sea de esto lo que quiera, pues en nada altera la naturaleza del juego, éste se verificaba en el lugar llamado *Xysto*, de que antes hemos hecho mención, en el que los luchadores, desnudos, untados con aceite y rociados de polvo, y después de haberse calentado los muslos y dilatado con friegas suaves para evitar, según Galeno, dislocación ó fractura, peleaban agarrándose por los brazos, procurando tirar el uno al otro, para cuyo fin empleaban las *embolas*, *parateses* y *xystasis*, procurando coger primeramente los pies.

También empleaban las manos, sosteniéndolas al contrario, y los dedos entrelazados de particular manera ó extendiéndolas, siguiendo la escuela de *Melancomas Pugil*, á quien el Emperador Tito amó sobremanera, según refiere *Timesio*.

Otras variantes contaban estos juegos, y entre ellas merece mencionarse el pugilato y la lucha natural de fuerzas con

fuerzas, que constituían lo que conocemos con el nombre de prancracia, en su primer modo, y el *voluctatorio*, que constituía el segundo, el que consistía en dos diferentes maneras, en echarse al suelo dando vueltas mutuamente y empleando el mutuo esfuerzo en ponerse uno encima del otro, ó en oponer el pecho á los golpes del contrario; por último, en correr de rodillas el espacio, á lo que se daba el nombre de *Clinópola* y *Alindeseos*.

Basta parar la atención un momento para comprender que los dichos juegos se reflejaban en lo que vemos hoy en los circos ecuestres, los cuales consisten en elevarse un acróbata sobre los hombros del otro, ya sosteniéndole con una mano, ya con ambas, unas veces subiendo á las espaldas ó á la cabeza de un salto, otras arrojados ambos en el suelo, levantarse y sostener á la par el uno al otro. También los clowns dan vueltas á las pistas imitando una rueda, ejercicio que el público aplaude y celebra y al que distinguen con el nombre de *ferrocarril*, por llevar uno de los gimnastas un pito que imita al de las locomotoras.

A cuatro fines encaminaban entonces los pugiles, luchadores y prancracistas, en general los atletas, sus esfuerzos al primero para ejercitarse y alcanzar la victoria en los juegos, sacrificios y anfiteatros; el segundo, para adquirir aptitud para la guerra, como Teseo y Forbante, y el tercero, para adquirir la salud y habituar el cuerpo á esta clase de fatigas.

Seguía á la lucha *El pugilado prancracio* y *cestones*, especies del primero y que puede decirse son la parte elemental de la *Gladiatoria*, porque en ellos el golpe acompañado de la lucha y el golpe seco, constituyen su parte esencial, consiguiendo con él arrojar al suelo al contrario, contundirle y herirle á veces, para lo que se presentaban los pugilatores desnudos, ya valiéndose de los puños solos, ya armados de bolas de bronce ó piedra, ó bien cubiertos de cuero ó malla, de donde les vino el nombre de *Sferomajien*, siendo la señal de la victoria la señal que el vencido hacía con la mano cuando yacía en el suelo, ó la imposibilidad material de continuar la lucha.

Este ejercicio, como su naturaleza indica, se usó poco en

los gimnasios y constituyó una parte integrante de la gimnasia militar y atlética.

De la lucha y el pugilado nació el Prancracio, que se diferenciaba poco del pugilado, pero que participaba de ambos juegos, esforzándose en vencer á su contrario, conforme con la opinión de Pansamias, con los dientes, rodillas, pies y con todo el cuerpo, distinguiéndose de los pugiles en que aquéllos peleaban con los dedos encorvados, y éstos con los puños cerrados, por lo que adquirió el nombre de *Paminaquion* y *pammacion*.

Las mujeres también usaban de este ejercicio cuando estaban en edad de contraer matrimonio, y el lugar propio para él era el gimnasio.

Los *cestones* era una especie de pugilado que consistía en una pelea que se verificaba llevando armadas las manos de unas planchas de bronce, sujetas con correas, y con las cuales se herían, y á la que denominaban *cestos*. Este ejercicio fué del dominio de los Atletas, y Propercio nos enseña que también lo ejercitaron en él las mujeres, cuando dice ata risueño para el ejercicio del cesto sus brazos con las correas.

Se distinguieron en este ejercicio Amyco, rey de los Bebryecos, Entelo y Darita.

Cuando se ejercitaba sin contrario, tomaba el nombre de *squiamaquia*.

*
* *

La *carrera* fué otro de los ejercicios más conformes con la naturaleza humana, y así lo expresan Galeno y Aristóteles, fundándose en la figura de las piernas.

Siguiendo la opinión de Plutarco, se usaba en los ejercicios militares y en los que contribuían al cuidado de la salud.

Los primeros inventores fueron los Eleos, contendiendo en la carrera los nobles y plebeyos á la vez.

No había lugar determinado para verificarlas, y lo mismo se veían en los gimnasios, que en las calles, los circos y el campo.

Apesar de la opinión sustentada por Aristóteles, Clynico y

Diógenes, que no consideraban este ejercicio como útil para la guerra, fué de gran interés, sin embargo, en la gimnástica militar, en la que comprendió cuatro clases: del *estadio atlético*, del *dólico*, del *diáulico* y del *armato*, en que Pausamias escribe que Calisatres había vencido dos veces, por lo que se llamaron *stadodromos*, *dolicodromos*, *dialudromos* y *opilotrodomos* á los que usaban de este ejercicio.

En nuestros tiempos la carrera ha constituido uno de los ejercicios gimnásticos, y hemos contado últimamente entre los artistas (así llamados) que á él se dedicaban, á Bargossi, y entre los que reunían condiciones naturales para él á su competidor Bielsa.

*
* *

El salto llamado *alma* por los gimnastas griegos tuvo grande importancia entonces, y uno de los juegos que tienen cabida en la gimnasia atlética, médica y militar, advirtiéndose que no debe confundirse con la saltatoria, de la que ya nos hemos ocupado y de la que la separan diferencias muy notables, pues la una se estribaba en un movimiento semejante á la carrera, en la que el cuerpo permanece en el mismo lugar, doblando y encogiendo las rodillas, y el salto ó *alma* es un movimiento casi continuo á lo alto ó al medio ó la mitad, hecho con ciertas reglas, y distinguiéndose del baile en que aquél está sujeto á ciertos preceptos, números é imitaciones.

Las especies de saltos las enumeró Séneca cuando habló del que se eleva á lo alto, el que impele el cuerpo á lo largo, el que se denomina *saliario*, y el *fulonio*.

Se ejecutaba, ya con las manos vacías, ya en los lugares llanos en los que tenían su límite llamado *Batera*, su medida *Canona*, y su término *Scamman*.

También usaron contrapeso en las manos, sobre la cabeza, sobre los hombros, algunos en los pies, y también saltaban sobre pellejos de vino y aceite, constituyendo el premio de la victoria la adquisición gratuita de ellos.

Hoy el salto es uno de los ejercicios más apreciados en nuestros circos, que se ven muy concurridos cuando se eje-

cuta la batuda *americana*, en la que no hace muchos años se distinguió en el Circo del Príncipe Alfonso el célebre saltador *Blondeau*, y nos lo ha recordado en el Hipódromo de Verano *Mr. Dan-Obrien*.

*
* *

Caso omiso haríamos del ejercicio que entre griegos y romanos se conocía con el nombre del *disco*, si no tuviera alguna conexión y no pudiéramos conjeturar, fuese el origen, digámoslo así, ó la base de los ejercicios de fuerza y de *tiro* de precisión y al blanco que tanta aceptación tienen en esta época, y que recuerdan los nombres de Mr. Cardoni y mister Pain y su esposa, recientemente aplaudidos y celebrados por los *amateurs* á este género de espectáculos.

Entre los antiguos tuvo varias significaciones. Suidas atestigua que era un instrumento redondo, tan pesado á veces, que apenas podía levantarlo un hombre solo, á semejanza de un globo ó bola de gran tamaño, pero tan macizo y sólido, que admiraba ver al atleta arrojarlo al aire y recogerle.

También tenía la figura del sol, por lo que Alejandro dió este nombre al sol, é igualmente se llamó *disco* al plato en que servían los manjares.

Eustasio afirmaba era de piedra pesada, y algunas veces de hierro, tomando entonces el nombre de *massa* ó barra, lo que dió origen al juego así llamado que hoy se usa y en el que se ejercitan las gentes del campo, especialmente en los pueblos de Aragón y Navarra.

Otros sostienen que era una plancha de hierro ó piedra, ya cuadrada, ya redonda, ya en figura de lenteja, con la cual hacían prodigios de equilibrio y fuerza.

Como estos discos se emplean á gran distancia y sobre objetos fijos, á semejanza de los que hoy conocemos por el nombre de juego de los *Bochas* ó el tejo, de ahí vino lo que hoy se llama *Tiro*, que se dividió en dos especies, *tóxica* y *acontisma*, en lo que se distinguieron Apolo y Esculapio; á la primera puede comprendérsela en el género de tiro de lanza ó saetas, y á la segunda de expulsión de dardos.

Las lanzas se arrojaban de tres maneras, con correa, con arcos y con ballesta, en las que se colocaban las saetas delgadas y punzantes, disparándolas después los llamados *toxotas* ó *toxutas*, de donde el médico Paulo Ejenita dejó su denominado *toxicon*, veneno con que los bárbaros untaban sus saetas para herir de muerte. La expulsión de los dardos se ejecutaba sin correa, arco ni ballesta, sino que poniendo las varas más largas y gruesas, los tiradores se valían sólo de los brazos que volvían para la expulsión, los extendían hacia atrás, doblando y conmoviendo la espalda y los muslos á pie firme, como hoy lo practican los tiradores de barra ó de palo. Este ejercicio fué el origen sin duda de la escopeta, ballesta y catapulta y del tiro del blanco, puesto que los que se ejercitaban tenían límites ó blancos, á los que cada uno procuraba llegar ó traspasar para adquirir la victoria.

Estos ejercicios tuvieron lugar preferente también en la gimnasia atlética militar y médica, y sirvió para la caza y aprehensión de las fieras.

Queda por terminar esta parte elemental de los ejercicios gimnásticos, la relación de los jugadores de *Haltaves*, así llamados por llevar este nombre los pesos que acostumbraban á llevar los jugadores en la mano: su figura era la de un círculo ovalado, sin ser por completo redondos, y construídos de tal manera, que se podían introducir los dedos como por el asa de un escudo. Con estos instrumentos luchaban, se golpeaban y acometían, á semejanza de los pugiles y prancrasistas.

También arrojaban piedras con cuerdas, de donde se originó la honda.

Este ejercicio constituía parte de la gimnástica militar.

(*Se continuará.*)

La campaña teatral se ha iniciado, y los teatros por secciones han empezado sus maniobras bajo malos auspicios, si se atiende á haber tenido que suspender algunos de ellos

sus funciones inaugurales por razón de las circunssancias; bajo buenos, si se considera el numeroso público que acude á las primeras representaciones, y á lo escogido del cuadro de compañía—dentro de su género—que en ellos actúa.

Eslava fué el primero que anunció los primeros disparos, con una reunión de aplaudidos actores dirigidos por el conocido primer actor D. Antonio Riquelme, y entre los que figuraban las Sras. Abril, Muñoz, Boisggontier, Montes, Auñón, Sabater y los Sres. Riquelme, Peña, Ruiz, Altarriba y Ramiro—no el que firma estas líneas.

Las primeras obras que se han puesto en escena han sido *Genio y figura* y *Conspiración femenina*, por el cuadro dramático, y *¡Cómo está la sociedad!* y *Meterse en honduras*, por el lírico.

En Lara está encomendada la dirección á Julián Romea, que cuenta con las actrices Sras. Valverde, Gorriz, Campini, Mavillard, Durán, Romea D'Elpas y Nogales, y con los actores Ruiz de Arana, Tamayo, Manso, Romea D'Elpas, Balada, Tojedo, Belver, Cebrián y Pérez.

Cuentas atrasadas y *Medidas extraordinarias*, ambas originales del inmortal Bretón, constituyeron la primera función de la temporada. Aunque ambas han pasado de moda, requieren que los actores sepan hacer caracteres, mérito intrínseco de todas las obras del mismo autor, y como esto tampoco está de moda, la representación resultó fría.

Martín abrió sus puertas con una regular compañía lírica, á cuyo frente está el conocido actor D. Rosendo Dalmau. *El loco de la guardilla*, *Música clásica*, *De tal árbol tal astilla* y *La cabra tira al monte* fueron las obras elegidas para el comienzo de sus tareas, las que fueron interpretadas por las Srtas. Folgado, Martín Grúas é Iglesias, y los Sres. Dalmau, Sánchez, Navarro y otros que no conocemos y constituyen el personal de la compañía.

A la Alhambra se ha trasladado el cuadro de ópera que actuaba en los Jardines del Buen Retiro, mereciendo aplausos en las óperas *Trovador*, *Hernani* y *La Favorita* las señoras Natividad Martínez, Serra y Sanctis, y los Sres. Arago, Carrión, Conti, Villani y Beuzi.

Price enseñó unos leones amaestrados por Mr. Williams, que no debían estarlo mucho cuando á poco deja el maestro la vida entre las garras de sus discípulos, acto de insubordinación que castigó el Gobernador suspendiendo el espectáculo.

El Circo Hipódromo sigue favorecido por extraordinaria concurrencia.

El Teatro Felipe cerrará sus puertas con el beneficio de Luján, que dicen será notable, tanto por las obras que se pondrán en escena, como por los actores que en ellas tomarán parte.

Los conciertos de los Jardines cambiaron de hora y los profesores que constituyen la Sociedad Artístico-Musical, dirigidos por el maestro Espino, recogen abundante cosecha de aplausos por el numeroso público que á ellos acude.

Por último, Arderius ha echado á volar los carteles que anuncian la apertura de la temporada teatral de la Zarzuela. El luto del anuncio, la ausencia en él del cuadro de compañía; la forma del espectáculo y la baratura inconcebible de los precios nos impiden decir más.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR



ARRANQUES nobilísimos, espontáneos, como repentinas explosiones de corazones hidalgos; arranques independientes de todo egoísmo y no contaminados por alientos políticos y de bajo vuelo, ha producido España con motivo de la cuestión de las islas Carolinas. Una vez más se ha revelado al mundo que no cambia fácilmente el carácter nuestro, y que no se ha extinguido y subsiste muy vivo en el fondo del alma de las generaciones actuales el antiguo y sagrado fuego del amor á la patria, capaz siempre de dar aliento á los débiles y comunicar nuevos bríos á los fuertes. Es muy cierto, y, ante tal espectáculo, indecibles dulzuras y emociones embargaron el ánimo de los que todavía creemos y esperamos.

Pero—triste es confesarlo—ni es todo oro lo que reluce, ni determinadas manifestaciones pueden clasificarse entre los naturales bríos de los pechos sólo alentados por el orgullo de la noble cuna. Hechos deplorables ha habido que no pueden llamarse fruto del legítimo arrebató de cariño que inspira la tierra en que nacimos.

Es que hay también falsificadores de sentimientos populares, y motivos sobran hoy para condenar esas grandes fábricas que á todo vapor hace funcionar en ocasiones dadas la

política y en las que se elaboran entusiasmos de oropel, manifestaciones epilépticas y opiniones torvas. En varias circunstancias hemos señalado esas fábricas como un grave y peligroso mal que engaña á los menos perspicaces, pervierte el sentido público y puede arrastrar por mal camino á las inconscientes turbas. Ocasión tendríamos ahora de anatematizarlas más que nunca, sobre todo cuando han tenido y tienen la osadía de presentarse con distintivos y disfraces que no permiten, sin embargo, engaños ni confusiones.

*
*
*

¿Quiénes, sin conocer todavía los hechos, sin esperar las explicaciones del Gobierno de Alemania y adelantándose á los acuerdos del Gabinete español, lanzaban á todos los aires el grito de guerra? ¿Quiénes, tratándose de una cuestión nacional, fueron extemporáneamente en busca de banderas francesas, daban atronadores vivas ante la Embajada de la calle de Olózaga, y parecían implorar simpatías y protecciones que con esquividad y mejor sentido eran luego negadas?

¿Dónde han estado desde el principio los depresores de la raza germánica que más se distinguían por el encono de sus apasionados sarcasmos?—Precisamente en los fanáticos de la filosofía profesada por los Sanz del Río y sus discípulos famosos; precisamente en los idólatras que, en medio de sus lucubraciones krausistas, no cesaron de llenar nuestra cabeza y la de nuestros hijos con la supremacía en todo de los alemanes, con la interminable apología de la manera de ser de la joven Alemania, esa atleta de los tiempos modernos, ese cerebro de Europa donde fermenta hoy la quinta esencia de todas las ciencias sociales y donde todo lo abarcan y protegen las más atrevidas concepciones y un saber inmenso. ¿Quién olvidó ya las antiguas y tradicionales cantinelas?... ¿Cómo no hay más que invectivas en la prensa de cierto color para aquellos que ayer eran aclamados como vencedores en Sedán y en cuyas manos se dijo que la fortuna y la fuerza guerrera habían puesto en definitiva el cetro de la influen-

cia diplomática en el mundo? Aquí sí que encajaría de molde la pregunta: *¿Cur tam varie?*

Pero no es posible pedir consecuencia á lo por naturaleza inconsecuente. Ante la perspectiva de la caída de los adversarios ó de la subida al poder de los amigos, todo es halagüeño á veces, no importando ni significando nada para los que de la cábala viven los consejos de la prudencia ni los amagos de la desventura, la prosperidad nacional ó la ruina, la paz ó la guerra. *Après moi le déluge* parece su lema.

* * *

El lenguaje alcanzaba en su tono el período álgido de la locura. «Alemania—decían muchos, dirigiéndose al pueblo,—ha invadido á mano armada nuestro territorio. ¿Qué hacer ahora? Pocas palabras y muchas obras. ¡La guerra! La guerra, haciendo España patente á Europa y al mundo, al emprenderla, que sabe lo que arriesga, el poderío de su enemigo, las catástrofes que pueden venir sobre ella; pero que prefiere no existir á existir vilipendiada; que el recuerdo de Numancia la anima á pegarse fuego por los cuatro costados, antes que rendirse á la imposición bárbara de la fuerza. Y después de esto, ¡adelante! ¡O vencer, ó desaparecer, si es preciso, como nación de la haz de la tierra!»

No sabemos qué expresiones se guardaban para el momento crítico de la lucha; no sabemos ya qué altos ejemplos de civismo reservaban en su exaltación á sus compatriotas algunos periodistas.

Verdad es que gran parte del empuje venía de Francia y otra parte nacía al calor de ilusiones, entre nuestros vecinos nacidas. «Alemania es fuerte—decían los franceses, que muy bien la conocen;—tiene conciencia de su fuerza, y osa sin escrúpulo y violentamente adquirir todo lo que puede serle útil. Ni la justicia, ni la equidad, ni las bases fundamentales del derecho de gentes la contienen. Si ella no ha hecho nacer el derecho de la fuerza, ha extendido desmesuradamente su empleo y no retrocede.

»Hasta el presente sólo Inglaterra había dado el ejemplo de las anexiones instantáneas de territorio sin dueño. Alemania va más allá, poniendo la mano sobre territorios cuya legítima posesión es conocida de hace un siglo. Consúltense las obras de geografía, ábranse los diccionarios, mírense los mapas, todos los documentos diplomáticos, y encontraremos que todos ellos están conformes en reconocer como una posesión incontestable de la monarquía española al archipiélago oceánico de las Carolinas. El almanaque de Gotha, edición de 1885, página 680, esta recopilación de todas las informaciones diplomáticas oficiales, sometida á la aprobación de la ilustrada crítica geográfica alemana, inscribe sin reserva ni comentarios el archipiélago de las Carolinas entre las posesiones coloniales pertenecientes á España.

»Descubiertas parcialmente por el décimosexto siglo, reconocidas más completamente en el siglo XVIII, las islas Carolinas fueron exploradas por los navegantes españoles, y por tanto pertenecen bien á España. En el año 1633 recibieron el nombre expresado anteriormente del Soberano de España Carlos II, y después de la toma de posesión solemne bajo el nombre del Gobierno español, ninguna protesta se ha hecho sobre los derechos de esta potencia acerca de la soberanía absoluta del archipiélago de las Carolinas.

»Después de un siglo y medio de dominación no interrumpida, el Gabinete de Madrid tiene conocimiento de la instantánea aparición de un pabellón extranjero en una de sus posesiones oceánicas. Este no pertenece á una potencia hostil con la cual esté en conflicto abierto ó tácito; no, es Alemania, de la que el joven Soberano español ha llevado el uniforme con tanta complacencia, uniforme que servía de escudo á la monarquía contra los ataques republicanos, que no veían con gusto este lazo de sincera amistad entre ambos Soberanos. Ahora bien; esta nación notifica pura y simplemente á la corte de Madrid que la bandera alemana flotará en adelante sobre las islas Carolinas, y que el Imperio germánico ha establecido allí su protectorado.

»De Cádiz á Pamplona, de Zaragoza á la Coruña, no hay más que un solo grito de indignación. Olvidando sus diver-

gencias políticas, todos los partidos han protestado con la misma energía, todos, carlistas, conservadores, liberales, republicanos de todas fracciones, han hecho igual protesta de común acuerdo contra el cínico atentado cometido por Alemania. El honor español ha sido atacado: todos los españoles se han levantado para defenderle. Desde luego se ha pedido la ruptura de las relaciones diplomáticas y comerciales entre España y el Imperio alemán. Si Mr. de Bismarck no cede ante esta importante manifestación, la guerra puede estallar. España, que rechazó con ventaja al Gran Capitán y al más poderoso Soberano de los tiempos modernos, no se doblegará ante el plagiario de Napoleón I.

»Protegida por la interposición de Francia entre los Pirineos y las fronteras germánicas, la Península queda inaccesible á los ejércitos alemanes. Su flota, provista de marinos ejercitados, está en estado de disputar con ventaja el dominio del mar á las escuadras alemanas. Aunque la marina germánica se halla acrecentada desde hace algunos años, está falta de tradición y jamás ha recibido el bautizo del fuego. No sucede lo mismo con la marina española, cuya historia se remonta á varios siglos, y que hace algunos años bombardeó con resultados satisfactorios el Callao, y combatió hace diez años cuando la última guerra civil. La flota española se halla en estado de defender su litoral. Aun cuando ella fuera vencida, puede causar inapreciables perjuicios marítimos á Alemania, sin que esta potencia pueda usar de represalias. El efectivo de la marina mercante alemana pasa de 1.100.000 toneladas, mientras que el de España sólo cuenta con 600.000 toneladas. Por otra parte, más discreta que la Francia nuestra vecina del Sur, no se ha atado de manos como las demás por aquella funesta declaración de París relativa á la supresión de los corsarios. Los 67 buques de vapor de segunda clase de la flota española, armados y lanzados sobre todos los mares, reducirán á estado lastimoso todos los barcos mercantes de Alemania al primer encuentro. Si la nación española parece vulnerable en sus provincias de Ultramar, es muy fácil reconocer que no lo es, teniendo en cuenta su organización militar colonial. Cuba, Puerto Rico y las Fili-

pinas, están defendidas por ejércitos locales sujetos á la disciplina militar. Así, pues, la perla de las Antillas está protegida por 35 batallones de Infantería regular, 35 escuadrones de Caballería, un regimiento de Artillería, etc., y por el mismo estilo las otras colonias. Aparte de Francia en la Argelia, ninguna potencia colonial está mejor preparada que España para defender sus posesiones de Ultramar contra toda agresión extranjera.»

Mucho, muchísimo más se decía y hablaba. Imposible sería hacernos eco de lo grandemente que nuestras fuerzas y nuestros recursos se ponderaban. Pero, en medio del clamoreo de las pasiones exacerbadas, los hombres pensadores y de verdadero patriotismo tenían que reconocer la triste verdad, la verdad desnuda, confesando que no tenemos flota, material ni hacienda; que nuestras costas están muy mal defendidas y nuestros arsenales vacíos. Dígase lo que se quiera, pésimamente pertrechados estamos para una guerra contra la primera potencia de Europa.



Más sesuda la prensa inglesa, apreciaba con mayor frialdad la situación de las cosas. Conocidos son sus juicios. Hasta los Estados Unidos nos han hablado con la severidad propia de la raza sajona. El día 22 de agosto, nos decía el periódico de Nueva York, *The Sun*, con su acostumbrada calma y dicción acerada en un artículo que á Alemania y á España dedica:

«Hay algún fundamento técnico para el resentimiento que manifiesta España ante el acto de la anexión de las islas Carolinas por Alemania. Pero los títulos de España son defectuosos, y es claro que no es la dinastía de los Borbones la llamada á prevalerse de las actuales circunstancias para provocar la animosidad de la más poderosa potencia de Europa. Mal informados estarían los consejeros de Alfonso XII, y hasta resultarían inconscientemente desleales si abrigasen la candidez de creer que la amistad de la República francesa,

cuyos intereses y aficiones son inconciliables con los de la monarquía española, es capaz de hacer contrapeso de la malevolencia de Bismarck.

»Por otra parte, varios de los argumentos en que se fundan las pretensiones de España á la posesión de las islas Carolinas, son débiles sin disputa alguna. El archipiélago, llamado así desde Carlos II de España, archipiélago que se encuentra al Este de las Filipinas y al Norte de la Nueva Guinea, comprende una multitud de islas, diversamente computadas, cuyo número se ha hecho variar desde ochenta á doscientos, y las que se extienden al través de cerca de treinta grados de longitud. Algunas del grupo fueron, como su nombre indica, descubiertas por navegantes españoles que tomaron nominalmente posesión de ellas hace dos centurias; pero no hay evidencia de que la mayoría de ellas de que todas hayan sido igualmente vistas por súbditos de España, pues consta que la situación de algunas ha sido dada á conocer á los geógrafos por marinos de otras partes de Europa. Parece, pues, cosa bastante llana que algunas de aquellas islas, arbitrariamente clasificadas juntas, no han sido antes actualmente visitadas ni ostensiblemente anexionadas por los delegados del Gobierno de Madrid, y no puede, por consiguiente, España sostener sus pretensiones sobre el archipiélago entero con mayor derecho que el que asistiría á Holanda, por ejemplo, para reclamar toda la Nueva Guinea ó toda la isla de Borneo, porque los holandeses hace tiempo tuvieron algunos pequeños establecimientos de comercio en algunos extremos de aquellas islas. El mismo principio, llevado al extremo, daría á los portugueses el derecho único á la conquista y á la posesión de las Indias.

»Imparcialmente examinado el derecho de los españoles á poseer todo el archipiélago de las Carolinas, es aún más dudoso é insostenible que el de los holandeses á la Nueva Holanda, cuando los alemanes é ingleses repartieron entre sí las dos terceras partes de aquella gran isla. Ni siquiera España ha sancionado en el trascurso del tiempo y por medio de la ocupación su derecho á aquellas islas del grupo en que tenía por el descubrimiento y por formal declaración un derecho incoado

y más evidente. La situación de los españoles es precisamente análoga á la de los portugueses cuyas pretensiones al protectorado sobre los países del Bajo Congo fueron desconocidas en virtud del *no-uso* por la Conferencia celebrada en Bruselas. Es verdad que últimamente se han acordado los españoles de la reivindicación de unos derechos que habían dejado dormir durante doscientos años, y el Gobernador de las Filipinas, sabedor de que los alemanes intentaban adquirir lo que había abandonado España, encaminó sus medidas de una ocupación efectiva de las Carolinas, justamente de la misma manera que procedieron los portugueses para asegurar su protectorado en la embocadura del Congo, cuando los movimientos de la Asociación Africana habían abierto ya esperanzas y una perspectiva de fructífero comercio con el interior. Pero es fácil que la expedición española de las Filipinas *llegue demasiado tarde*, porque los colonos alemanes están ya en posesión de alguna de las islas, y para ellos, en todo caso, confirmaría el derecho posesorio una Conferencia europea...

»Que Bismarck desea hacer buena presa en las Carolinas, es bastante obvio. Las islas están á 700 millas de la costa Norte de la Nueva Guinea, y por razones estratégicas y comerciales, serían utilísimas á las colonias alemanas que el Canciller intente fundar en la Papuasia. Por otra parte, no serían de tanto valor para España, que podría encaminar sus esfuerzos y recursos con mejor cálculo, emprendiendo una verdadera colonización en la mayor parte de las Filipinas que permanecen todavía en una inmovilidad incorregible. Pero la intrínseca importancia del archipiélago carolino es cosa en absoluto ajena á las decisiones del areópago internacional que entienda en la cuestión de derecho y la falle. Lo que decidirá simplemente una conferencia es si el derecho *prima-facie* de España ha quedado ó no extinguido por el *no-uso* (*non-user*); y téngase en cuenta que es muy probable que la misma Inglaterra, inclinada en Bruselas á sostener las pretensiones de Portugal, preferirá ahora, como su acción en el caso de Zanzíbar indica, tomar partido en favor de Alemania.»

Es claro que algunos puntos de vista del periódico de Nueva York no pueden ser los nuestros; pero es también ciertísimo que están fundadas y no tienen réplica algunas de las verdades que nos dice.

* * *

Después de todo, queda demostrado que sobró exageración en el movimiento de los manifestantes, y que una calculada violencia tuvo grandísima parte en las mal dirigidas expansiones populares. La anarquía mansa y la fiera iban en busca de conflictos diplomáticos y militares, aventuras y desgracias conjurados al fin por el verdadero patriotismo y una energía digna de todo aplauso.

Se ha reconocido oficialmente que España está en posesión de la isla de Yap, y la pasada crisis tendrá, como no podía menos de tener, una solución pacífica y amistosa. La guerra entre España y Alemania, esa calamidad inmensa que hace pocos días se aclamaba por los espíritus más levantiscos, como recurso supremo y necesidad inevitable, es poco menos que imposible ahora, y no cabe duda que veremos muy pronto reconocidos todos nuestros derechos, mediante negociaciones más ó menos difíciles; pero tranquilas y conciliadoras, que respondan á la afectuosa intervención del Emperador Guillermo III en este delicado asunto.

El satisfactorio giro que de algunos días á esta parte vienen tomando nuestras disidencias internacionales normalizan, pues, la sobrenatural excitación de los ánimos é influyen poderosamente en restablecer la calma material y moral que faltaba. Hasta se advierten mejores acuerdos en los círculos políticos y no políticos de la corte.

El Centro Militar, que ya en más de una ocasión pareció olvidar sus fines, llegando á prestar en momentos solemnes y en manifestaciones de la calle su tribuna y sus balcones á señaladísimos oradores de marcado matiz, ha visto cómo la mayoría de sus miembros desapruaba con enérgica entereza la marcha hasta aquí seguida, marcha que muy bien pudiera

desnaturalizar las tendencias consignadas en el reglamento que aceptaron todos.

Si el Centro Militar ha de corresponder á su título, será ante todo una sociedad de instrucción y recreo para militares; y una de las primeras obligaciones de sus socios ha de ser cerrar la puerta á políticos paisanos y á propagandas que pretendan explotar en provecho propio la imparcialidad, la significación social y el buen nombre de los asociados.

*
* *

Otra nota discordante ha partido del salón donde el Ayuntamiento madrileño celebra sus sesiones. En medio de las generales preocupaciones surgidas por el estado de nuestros asuntos con Alemania, en medio de los múltiples conflictos de la epidemia y de una cuestión latente de orden público, los distinguidos concejales de la minoría, los de la famosa coalición de antaño han abandonado los humildísimos puestos que con tanto afán y tan regeneradoras miras buscaron en el municipio.

El pretexto aparente es un fracaso sufrido en su propósito de que se declarase letra muerta una ley del Estado, la de 16 de junio de este año mismo. Decimos pretexto, porque las verdaderas razones á nadie se ocultan. Sabido es que prohombres de la talla política y de la importancia de los Sres. Sagasta, Pí y Margall, Martos, Figuerola, Vega Armijo, etc., sólo aceptaron el mandato popular con fines meramente políticos, y nadie esperaba ni exigía tampoco ver á los famosos ediles de nuevo cuño en la enojosa tarea de mejorar personalmente los servicios de hospitales, mataderos y mercados. Así ha sucedido, quedando al fin evidenciado lo que todo el mundo ya sabía. Los preclaros señores estadistas *vel quasi* y los excelentísimos exministros no son los mejores y más celosos administradores del concejo. *Aquila non capit muscas.*

Se acabaron, eso sí, los grandilocuentes discursos preparados para las ocasiones solemnes, para los días de mucho é impresionable auditorio de amigos en la primera de las casas

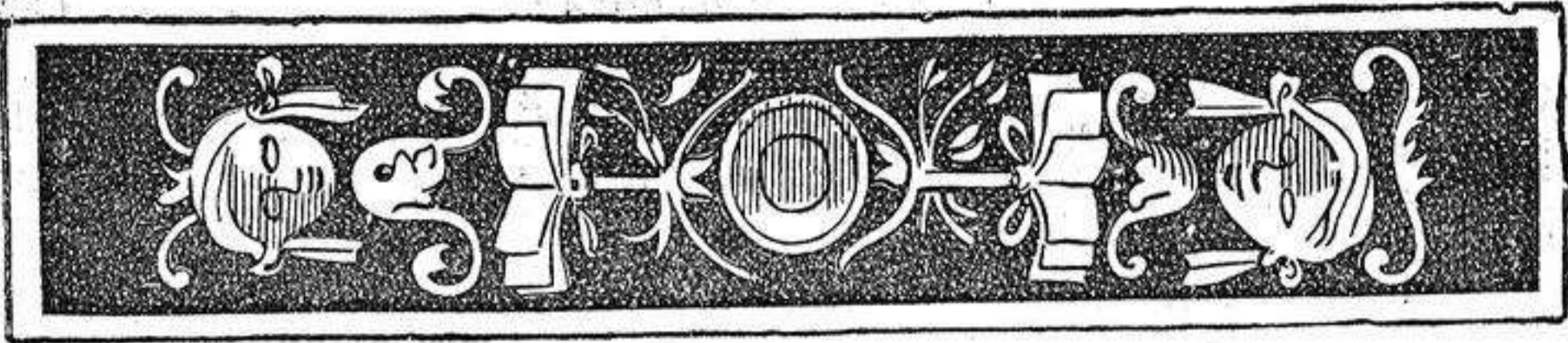
consistoriales; pero la nota final es que la coalición fué un disparate sin ningún beneficioso resultado práctico, y los ditirambos y los apasionamientos de sus mantenedores han de perderse ahora en la fatal lógica del hecho, siendo sus endechas acogidas por el sentido común con la sonrisa en los labios, cuando en son lastimero nos repitan:

Aqueste mar turbado
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero airado?

No han de faltar algunos hombres que, más modestos, no tan encopetados y menos sabios, mejor y más propiamente llenen las vacantes del concejo.

S.





REVISTA EXTRANJERA



ABSOLUTAMENTE todos los asuntos de política extranjera palidecen ante la gravedad del conflicto hispano-alemán, que tiene hoy los tristes honores de asunto candente y llena las columnas de la prensa del mundo. Pero no hemos de volver á las andadas; este asunto es para nosotros objeto de la crónica interior, y reseñado queda en otro sitio. Por otra parte, la cuestión de las islas Carolinas, que hace pocos días tuvo el privilegio de amenazar seriamente la paz de Europa, entra ahora con buen pie en la vía diplomática, y no puede decirse que fué siempre inútil estorbo ese complicado mecanismo de frases pulcras, palabras rebuscadas, promesas, ofrecimientos y pactos más ó menos sinceros á que suelen acudir todas las naciones civilizadas en los momentos más solemnes de su vida.

*
* *

Apenas ha quedado tiempo ni holgura en la quincena pasada para alguna noticia relativa á esa eterna cuestión de Oriente que en sus múltiples fases viene periódicamente preocupando la atención pública y preocupará todavía á las generaciones que nos sucedan.

El telégrafo nos ha dicho, sin embargo, que entre Inglaterra y Rusia se había firmado al fin un arreglo provisional que

establece y define ciertas bases é inteligencias acerca de las disputadas fronteras del Afghanistan. No puede creerse definitivo lo acordado y no hay duda que á la corta ó á la larga renacerá la misma cuestión de sus cenizas; pero desaparecen por el momento las causas de un rompimiento inmediato de hostilidades.

Muy apreciable y plausible es ya este primer resultado.

* * *

Grandes esfuerzos hace en Londres el Gabinete Salisbury para liquidar las cuentas pendientes que en la cartera de los asuntos internacionales dejó el Ministerio Gladstone.

La tenacidad británica lucha hoy á brazo partido con la astuta Turquía, comunicando instrucciones á su enviado especial á Constantinopla, Sir H. D. Wolff, para que queden definitivamente arregladas con la Puerta Otomana las dificultades que se oponen al dominio definitivo de los ingleses en el turbulento Egipto. ¿Tendrá Lord Salisbury la misma buena suerte á orillas del Bósforo que en la frontera afghana? Mucho más complicada está la madeja en la antigua tierra de los Faraones.

Pero el Gabinete conservador inglés no olvida los factores que el liberal despreciaba. Sabe que el Sultán Abdul-Hamid es depositario de una fuerza moral que fué gran locura tener desconocida. Es Soberano de Egipto como de todos los pueblos de religión musulmana, en su dignidad de comendador de los creyentes, y su autoridad de Califa en el mundo islámico, es sólo comparable á la del romano Pontífice en el mundo católico. No carece de habilidad el haber sabido tomar á tiempo el camino de Londres á Constantinopla.

La dificultad del Foreign-Office estriba en saber llevar el convencimiento á la Sublime Puerta y en contar luego para la solución definitiva del problema con el asentimiento de Europa; pues al lado de los derechos del Sultán hay también prerrogativas de otras potencias, prerrogativas consignadas y basadas en tratados varios y en muchos firmanes.

Parécenos que la cuestión de Egipto es eminentemente internacional; parécenos que las misteriosas sendas que andan buscando los ingleses no son las exclusivamente adecuadas á sus propósitos, y parécenos también que sólo con la autoridad de un concierto europeo podrán todas las dificultades en definitiva resolverse.



Mucho podría darnos que discurrir y hablar el movimiento electoral que agita á los franceses. No son ya sólo las individualidades y los partidos los que vertiginosamente se mueven. Sucede allí lo que en todas las grandes crisis en que el poder público se ve comprometido.

Las máquinas á disposición del Gobierno constituido funcionan á todo vapor, y no dejan de ser curiosos los escándalos que diariamente se denuncian.

Bien puede repetirse que en todas partes cuecen habas. No sólo no deben sorprendernos los meetings y programas deslumbrantes, sino también las *falsificaciones electorales* que forman el obligado título de rúbrica con que gran parte de la prensa francesa encabeza hoy sus artículos de fondo.

Tiempo tendremos, sin embargo, y muy oportuno para juzgar en conjunto ese gran movimiento y esos inusitados esfuerzos de los que indudablemente depende en estos supremos instantes la suerte de las instituciones que se ha dado Francia.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Colón y la Historia póstuma.

—Con este título hemos tenido el gusto de leer un nuevo libro del señor D. Cesáreo Fernández Duro, en que examina la obra que escribió, hace poco tiempo, el Conde de Roselly de Lorgues y que produjo una impresión tan extraña entre los extranjeros poco conocedores de nuestra historia patria, como desagradable entre los que, amantes de las letras, se consagran con fe y constancia á la investigación y al estudio.

El trabajo del Sr. Fernández Duro, leído ante la Real Academia de la Historia, en junta extraordinaria y secreta, celebrada el 10 de mayo último, es una vindicación de la España de los siglos XV y XVI, fundada en los testimonios más irrevocables en que descansa la verdad de los hechos.

Contrasta ciertamente la forma se-

vera y la crítica imparcial y justa con que el erudito académico presenta á nuestros hombres de aquella época, que á costa de inmensos sacrificios y trabajos, resolvieron el gran problema de constituir la unidad nacional, con las ligerezas y falta de respeto, que bien pueden llamarse insultos, empleados por el Conde escritor en sus publicaciones.

Nada tenia que envidiar á las demás naciones de Europa ni al mundo conocido, el estado de cultura y civilización de España bajo el reinado de los Reyes Católicos; pero el Sr. Roselly, que ni conoce nuestros autores, ni nuestros archivos, ni nuestras bibliotecas, ni nuestro idioma, falto de sana crítica y profundo análisis, emplea un lenguaje poco serio é impropio de hombres de ciencia, para presentar un estudio de dicha época.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Y no se crea que este bueno de escritor ha tratado con su libro de buscar la celebridad en el escándalo, ni la fama en la calumnia, no; su objeto principal es que Cristóbal Colón sea beatificado, por más que al colocar al descubridor divorciado completamente de España, haya sido el resultado de su obra contrario al fin que se propone. El Conde se anticipó con esto á desempeñar el papel de *abogado del diablo* en la causa de la beatificación.

Los sacrificios que España se impuso en medio de los conflictos y escaseces de aquella época para el logro del descubrimiento, y los esfuerzos y constancia de Colón para llevarlo á término, se corresponden y completan. La gloria debida á la realización de tan colosal empresa, antes, como ahora y siempre, pertenecerá lo mismo al genio que se atrevió á intentarla como á la nación que la hizo posible.

Dar una idea, siquiera sea aproximada, de la publicación de Roselly, sería largo trabajo; tantos son los inapropiados calificativos que emplea y las erróneas apreciaciones de que se vale, en apoyo de sus singulares

caprichos y de las invenciones de su estupenda fantasía.

La contestación del Sr. Duro es un erudito extracto de verdades incontables que sólo se refieren á alguno de los hechos más culminantes de la obra que impugna, dejando muchas veces al ilustrado lector la libertad de juzgar la falta de ilustración de su contrincante. Este trabajo, hecho con demasiada templanza, honra ciertamente las letras españolas, dejándonos en un todo á cubierto de los irrespetuosos ataques de que han sido objeto muchas de nuestras glorias nacionales, y dando dura lección al que osado intente colocar el pedestal de sus glorias sobre cenizas que deben ser veneradas.

Esta es sencillamente la impresión que nos han causado ambos libros, sin que nos hayamos atrevido á entrar en materia por la demasiada extensión que sería preciso dar á cualquiera de los puntos que se estudian en la notabilísima obra del Sr. Fernández Duro, llamada á producir verdadera sensación entre los hombres que seriamente aman la ciencia y buscan la verdad.

X.

